

*Diarios de
damas de la corte
Heian*

Izumi Shikibu
Murasaki Shikibu
Diario de Sarashina



La era Heian, que se inició el año 794 con el traslado de la capital nipona a Kioto, supuso la primera eclosión de la literatura japonesa, circunscrita hasta entonces a la expresión en chino. La literatura de Heian, «la ciudad de la paz», circuló en ámbitos predominantemente femeninos, entre un público que leía diarios y memorias y gustaba del intercambio de poemas y acertijos. Sutiles evocaciones de libros leídos, pasajes contemplados, sueños y prodigios: exquisitos trajes de seda y delicadas maneras; el amor, el placer, la alegría y la espera, la vida en su transcurrir, lo público y lo íntimo: ésa es la materia femenina de estos deliciosos diarios de caligrafía suave, cuajados de poemas de una belleza deslumbrante, que, justamente por tratar de lo que aparentemente no importa, mantienen su vigencia tantos siglos después.

Izumi Shikibu, Murasaki Shikibu y la autora anónima del Diario de Sarashina vivieron entre finales del siglo X y principios del XI en los aledaños de la corte imperial japonesa de Heian y formaban parte de una aristocracia letrada y refinadísima.

Izumi Shikibu fue la poetisa más ilustre de Japón y su diario, el único texto en prosa que escribió, es el relato de una historia de amor apasionada. Su carácter desbordante, provocativo y encantador contrasta con la desapasionada observadora y suprema crítica de las costumbres que fue su contemporánea Murasaki Shikibu, autora del segundo diario aquí recogido. Muy diferente, por último, resulta el Diario de Sarashina, que cubre un largo período de la vida de su autora, cuyo nombre desconocemos.



Murasaki Shikibu, Izumi Shikibu, Dama Sarashina

Diarios de damas de la corte Heian

ePub r1.1

Primo y Murasaki 20.12.15

Título original: *Murasaki-Shikibu Nikki, Izumi-Shikibu Nikki, Sarashina Nikki*

Damas Heian, siglo XI

Traducción, versión y notas de Xavier Roca-Ferrer

Editor digital: Primo y Murasaki

ePub base r1.2



He decidido incluir la imagen de las guardas (Musée Guimet, Musée National des Arts Asiatiques, París) porque es preciosa. Si la podéis ver a color, mejor. Es un biombo para mostrar kimonos.



INTRODUCCIÓN

Los japoneses tienen un sistema de bautizar los períodos de su historia que consiste en referirlos a la ciudad que fue sede del gobierno mientras duraron. El primero de dichos períodos de una cierta relevancia fue el llamado Nara, que empezó en el año 710 d. C. y se prolongó hasta 794. Todo lo anterior se considera «arcaico». Antes de la época Nara, los japoneses habían sido un pueblo casi nómada. Cuando un nuevo emperador subía al trono, se hacía construir un nuevo palacio y fundaba una nueva capital. Se sabe de más de sesenta capitales distintas anteriores al período Nara. Esta provisionalidad no favorecía el desarrollo de la literatura ni de las artes en general. Sólo cuando se estableció un gobierno permanente en Nara, la civilización y la cultura niponas empezaron a florecer. Este no es seguramente el lugar de trazar una historia de la literatura japonesa, pero para entender estos deliciosos diarios de damas de la corte del antiguo Japón hay que saber algo del mundo en que vivían, ser capaces de «sentir» su atmósfera y reconocer sus alusiones.

Hoy^[1] conocemos bastantes cosas de Japón, pero el Japón que nos resulta familiar se parece muy poco al que reflejan estos diarios. Lo separan varios siglos de «edades oscuras» (el feudalismo nipón) que cambiaron decisivamente sus estructuras fundamentales. Tenemos que dar un «salto atrás» y «volver a empezar». Todos hemos oído hablar de los «cuarenta y siete ronin» y del drama No, de *shogunes*, *daimios* y *samuráis*, y muchos de nosotros vivimos rodeados de xilografías japonesas.^[2] Conviene recordar que las muestras más tempranas de este arte son casi tan próximas a nosotros como alejadas de las autoras de estos diarios. *Shogun* quiere decir sólo «general», y, como es natural, también había generales en aquellos tiempos, pero el poder de los *shogunes* y el feudalismo militar, del que *daimios* y *samuráis* eran elementos esenciales, no empezaron hasta mediados del siglo XII y no alcanzaron su máximo apogeo hasta 1350.

El drama No tiene su origen en las danzas y pantomimas religiosas de mediados del siglo XII, los *kagura*, pero no se añadió un texto recitado hasta el XIV (y fue entonces cuando empezó el No propiamente dicho). La práctica de la xilografía en color se retrotrae a 1695,^[3] pero los primeros grandes artistas como Utamaro, Hokusai e Hiroshige son producto del siglo XVIII y principios del XIX. Para hallar a esas damas *detrás* de la era militar que las separa de nosotros tenemos que retroceder mucho, casi hasta un siglo antes de su nacimiento, y sólo así obtendremos una auténtica perspectiva sobre el tiempo en que vivieron.

La literatura y la civilización chinas se introdujeron en Japón entre los años 270 y 310 d. C., y les siguió el budismo en 552. Claro está que todas estas fechas deben leerse como aproximadas: los historiadores de Oriente no destacan por su precisión. Para entender Japón hay que partir de la influencia de China y del budismo, y, considerando el peso enorme que tuvieron, no deja de resultar admirable que Japón lograra conservar su propio carácter. Ciertamente el sintoísmo nunca llegó a verse desplazado por el budismo, pero este último resultó tremendamente atractivo para el temperamento nipón, según muestran los diarios. De hecho, hubo que esperar hasta el período Meiji (1867-1912)^[4] para que el sintoísmo fuese elevado a la categoría de religión de estado. Con la llegada de la civilización china entró el arte de la escritura, no se sabe exactamente cuándo, pero la

impresión mediante bloques de madera móviles vino de Corea en el siglo VIII. Los eruditos japoneses escribían en chino. Todos los libros «serios» —historia, teología, ciencia, derecho— se escribían en chino. En el año 712 apareció un volumen llamado *Recopilación de cuestiones antiguas*, el primero redactado en la lengua del país. Es el libro más antiguo en japonés de que tenemos noticia.

Aunque los sabios escribían en un idioma «prestado», los poetas tuvieron la inteligencia de desmarcarse. Escribieron en el suyo propio, y la poesía del período Nara se nos ha conservado en una antología, el famoso *Manyōshū* o la *Colección de las mil hojas*. La siguió a principios del siglo X *Kokinshū* (*Poemas antiguos y nuevos*), para la cual, sin embargo, su editor, Tsurayuki, se sintió obligado a escribir un prefacio en chino. Las autoras de estos diarios se conocían al dedillo esas antologías, y sus escritos están plagados de alusiones a los poemas que las integran. Sei Shōnagon,^[5] que escribe en el siglo XI, nos describe la educación de una señorita. Consistía en el estudio concienzudo de la caligrafía y de la música... y de los veinte libros del *Kokinshū*. He aquí cómo, mientras los caballeros instruidos seguían escribiendo en chino, la poesía, la ficción, los diarios y los estudios desenfadados llamados *Zuihitsu* (algo así como «Improvisaciones del pincel») se escribían en japonés.

La posición de las mujeres en esta época era muy distinta de la que hallamos en el posterior período feudal. Los chinos llamaban a Japón «el país de las reinas» por el ascendiente de que gozaban las mujeres en la sociedad. Se las educaba, tenían derecho a una parte de la herencia y disponían de casas propias. Es un hecho sorprendente e importante que una gran parte de la mejor literatura japonesa sea obra de mujeres. Tres de esas mujeres «excepcionales» son las autoras de los diarios que siguen. La cuarta, a la que acabo de aludir, Sei Shōnagon, fue su contemporánea.

En el año 794, la capital se trasladó de Nara a Kioto,^[6] a la que se denominó Heian-jo^[7] o la Ciudad de la Paz, y con este cambio dio principio una nueva era, la llamada Heian. Se prolongó hasta 1186, y nuestras damas vivieron en su mitad.

En este tiempo, Japón había sido completamente civilizado, casi en exceso, si nos atenemos al tremendo refinamiento que encontramos en todo. Al menos, la anterior afirmación vale para la vida que giraba en torno a la corte imperial de Kioto. Para los historiadores, la época Heian representa el auge y la caída de la familia Fujiwara. Este poderoso clan había servido a los mikados desde tiempo inmemorial ocupando los cargos más relevantes del clero sinto, y, a partir de mediados del siglo VII, fueron ministros y primeros ministros. Era un clan inmenso y, poco a poco, fue absorbiendo todas las funciones civiles del reino, mientras que las militares se dejaron en manos de las familias Taira y Minamoto. Fue el auge de estas últimas, mientras los Fujiwara perdían poder, el hecho «desencadenante» que dio lugar al gobierno de los shogunes y a los largos siglos de feudalismo y guerras civiles. Pero a mediados del período Heian, los Fujiwara estaban en todas partes.

Muchas de las damas de la corte que escribieron textos espléndidos eran hijas de gobernadores de provincias, es decir, estaban más o menos emparentadas con los Fujiwara. En aquel tiempo, la poligamia florecía en Japón^[8], y la familia había crecido hasta alcanzar unas dimensiones impensables. Como casi todos los cargos mínimamente importantes estaban en manos de los

Fujiwara, tenían sus necesidades regíamente cubiertas, pero, con el tiempo, llegaron a ser tan numerosos que sobrepasaron los organigramas «de poder» previstos, y hubo que crear cargos nuevos, supernumerarios, para que los ocuparan.

Para entonces, la corte estaba llena de personas de ambos sexos titulares de sinecuras, con mucho tiempo por delante y nada que hacer salvo escribir poesía, cosa que hacían excepcionalmente bien, y cumplir con los innumerables requisitos que la etiqueta prescribía. Había muchas ceremonias, a cuál más magnífica, y escribir poesía no sólo era un juego, sino un complemento natural de todo acontecimiento. Los japoneses están dotados de un gusto exquisito, y en la era Heian este «gusto» fue cultivado hasta extremos inconcebibles.^[9]

Murasaki Shikibu nos ha conservado un ejemplo de las cimas de refinamiento alcanzadas en un pasaje de su diario. Al hablar de las damas del emperador durante un festival cortesano, escribe sobre el atuendo de un par de ellas: «Todas las mujeres estaban espléndidas, excepto dos que, por falta de gusto, no acabaron de acertar la combinación de los colores de sus mangas. Además, siendo las encargadas de traer la comida, todos los nobles y cortesanos pudieron examinarlas de arriba abajo. Luego oí decir que Saisho estaba escandalizada, aunque no había para tanto. En realidad, no se las puede acusar de nada. Digamos que estuvieron *poco inspiradas*. Kodayo llevaba una túnica carmesí sin forrar y un conjunto de cinco *uchikis* de diversas tonalidades de encarnado forrados de púrpura. Su chaqueta china era blanca y forrada de granate. Parece que Gen Shikibu vestía un atuendo de seda estampada de tonos rojos y púrpura. Muchos la criticaron, diciendo que *no era de brocado*, pero seguramente ello responde a una mentalidad un tanto convencional...».

Pocos comentarios requiere este pasaje, que habla por sí solo. En él queda reflejada la época entera.

Kioto era una ciudad pequeña, de diecisiete mil pies (unas tres millas y media) de largo, por quince mil pies (unas tres millas) de ancho, y resulta difícil saber si todo el espacio que había dentro de las murallas de la ciudad llegó a estar ocupado por casas. El palacio estaba construido en el estilo llamado Azumaya, una forma de arquitectura que hallamos también en las casas de los nobles. El techo (o, mejor, los techos, porque había varios) estaba recubierto de corteza, mientras que, en su interior, el espacio se dividía mediante paredes móviles a modo de mamparas. En el tiempo de los diarios, el emperador reinante, Ichijo,^[10] tenía dos esposas: Sadako, su primera «reina», era la hija del anterior primer ministro Michitaka, naturalmente un Fujiwara; la otra, Akiko, hija de Michinaga, el primer ministro que aparece en los diarios, hermano menor de Michitaka, era la «segunda reina» o Chugu. Cada una de las reinas ocupaba un lugar distinto dentro de palacio. La mansión de Sadako se llamaba Kokiden y Fujitsubo la de Akiko. Existía una gran rivalidad entre las dos damas, que se extendía a su *entourage*. Ambas luchaban por rodearse de damas que no sólo fueran hermosas, sino también cultas. La «estrella» de la corte de Sadako era Sei Shonagon, autora de un libro notable, el *Makura no Shoshi* o *El libro de la almohada*, mientras que Murasaki ocupaba el mismo lugar preeminente en el círculo de Akiko.

Hemos de imaginar una corte según el modelo chino, pero no tan elaborada. Una cohorte brillante de personas girando alrededor de un centro restringido pero excepcionalmente brillante.

Desde este centro, los altos funcionarios partían para desempeñar el cargo de gobernadores de provincias distantes y los menos importantes les seguían para ocupar cargos menores, pero a pesar del honor que estos nombramientos llevaban consigo, la distancia y los inconvenientes de los viajes^[11] convertían la «gloria» en una especie de exilio dorado. Estos «afortunados» caballeros partían de Kioto ocultando su pesadumbre y regresaban exhibiendo su alegría. Pero esas partidas y los años de residencia en un lugar lejano formaban parte de la vida social de la época. Por más Fujiwara que uno fuera, había que saber esperar y luchar por un cargo realmente apetecible, y los diarios están llenos de referencias a esas largas esperas y los amargos desengaños que se producían cuando la recompensa no era la esperada.

Los funcionarios marchaban con un numeroso cortejo de soldados y criados, pero, por más buena voluntad que le echaran, los desplazamientos resultaban siempre tediosos e incómodos. A veces, alguna circunstancia daba lugar a una compensación, precisamente por el «gusto» al que me refería hace poco. Con frecuencia, el escenario era muy hermoso, y el viajero (el gobernador o su hija) podía detenerse a admirarlo. El *Diario de Sarashina* está lleno de esos momentos de comunión con la naturaleza. Nos habla de «una playa muy bella de alargadas olas blancas», de un torrente cuya agua «era tan blanca que parecía que se había mezclado con harina de arroz». Nos basta con recordar los grabados (muy posteriores) que han llegado a nosotros para comprobar la exactitud de esta descripción: «En alta mar, las olas nos parecían enormes y pudimos verlas a través de los gruesos pinos que crecían sobre la franja arenosa que nos separaba del agua. Parecían estrellarse contra las copas de los pinos y deshacerse en piedras preciosas mínimas que resplandecían». La autora llega a decir que «era un panorama muy interesante», y tenemos que darle crédito, pues despierta en nosotros el deseo de verlo.

Se solía viajar a caballo, pero había otros medios de locomoción que, desgraciadamente, no podían utilizarse para largas distancias. Los nobles se servían de carros y carretas de diversas clases tirados por un buey, y los muy afortunados, de palanquines llevados por portadores.

No sólo viajaban los funcionarios: también viajaban los demás, especialmente a templos y santuarios para cumplir con sus devociones. Los diarios están llenos de inquietudes religiosas y no pocos emperadores acabaron sus días habiendo tomado el hábito como el propio Michinaga. En la corte se recitaban continuamente sutras y encantamientos. Nos da una idea de la devoción casi fanática que despertaba el budismo en las mentes «ilustradas» el hecho de que la familia Fujiwara hiciera levantar templos tan importantes como los de Gokurakuji,^[12] Hosohoji, Jomyoji, Muryoju-in, etc. Se sabe que, en una fecha algo posterior a la de los diarios, el emperador Shirakawa peregrinó cuatro veces a Kumano, y allí «adoró 5.470 budas pintados, 127 estatuas de Buda de dieciséis pies de altura, 3.150 budas de tamaño natural, 2.930 más de altura inferior a los tres pies, 21 pagodas y 446.630 pagodas en miniatura». Obviamente no tuvo tiempo de aburrirse. Se ignora cómo funcionaron los asuntos de estado mientras el mikado «se santificaba»... Cualquier lector del *Diario de Sarashina* comprobará que no se trataba de una devoción meramente «de boquilla». También nos consta que se mezclaba con muchas supersticiones y la creencia en los sueños. Pero pasemos, por un momento, a evocar la época en su conjunto. Nos hará descubrir las maravillas de aquella civilización antigua y curiosa como muy pocas.

Grecia y Roma habían existido, pero ya pertenecían al pasado, o, al menos, su grandeza, de la que no quedaba ni rastro. Mientras esas damas niponas escribían sus diarios, Europa se hallaba sumida en las tinieblas de su edad más oscura. Alemania estaba fundando golpe a golpe el Sacro Imperio Romano Germánico; la civilización islámica vivía un momento de apogeo en la España árabe; Roberto Capeto era rey de una Francia muerta de hambre; Etelred el Dubitativo reinaba en Inglaterra y su máxima preocupación era librarse de los daneses pagándoles o con la fuerza de la espada. Mientras se escribía el *Diario de Sarashina*, el rey Canuto, sentado en su trono, daba órdenes *al mar*. ¡Qué mundo más extraño! Todo tan distinto de lo que leemos en los diarios... ¡Y pensar que quinientos años después Cristóbal Colón enviaba cartas a Cuba *dirigidas al emperador de Japón!*

En cambio, estos diarios nos muestran un mundo muy parecido al nuestro, si bien difiere de él en algunos extremos que merecen nuestra consideración. Los nobles (hombres y mujeres) de la corte del emperador Ichijo eran poetas y prosistas de genio, y su «buen gusto» no ha vuelto a ser igualado, pero sus conocimientos científicos eran excepcionalmente rudimentarios. Las enfermedades y los incendios estaban a la orden del día. En cincuenta y un años, el palacio imperial ardió hasta los cimientos nada menos que *once veces*. Durante ese mismo período hubo cuatro epidemias de peste, una sequía terrible y un terremoto. Ciertas regiones del país eran terreno abonado para las bandas de salteadores de caminos, que constituían el principal terror de viajeros y peregrinos. Los partos resultaban peligrosísimos. El cuadro del parto de la emperatriz Akiko, tal como lo describe Murasaki, muestra todo el horror de esos trances. Leemos las páginas que lo narran con auténtico «suspense» cuando al fin la parturienta se restablece,^[13] casi nos cuesta creerlo.

Sea como fuere, las enfermedades y los incendios suelen ser episodios normales a lo largo de una vida, y es precisamente por el hecho de que estos diarios reflejan la vida cotidiana de sus autoras que resultan auténticamente importantes. El mundo que revelan es, en la mayoría de sus aspectos, tan avanzado como el nuestro y, a veces, mucho más. El arroz era la base de su alimentación, y aunque las enseñanzas budistas prohibían comer carne de animal, tenían pescado en abundancia (excluido de la prohibición), que los japoneses devoraban hervido, empanado, crudo o macerado, y no faltaban la fruta ni las nueces. Carecían de azúcar, que suplían con pasteles confeccionados a partir de fruta y de nueces, y abundaba el vino de arroz o sake. La aristocracia solía vestir con seda. Llevaban diversas capas de prendas de colores una encima de la otra («en cascada») y se deleitaban con las armonías y contrastes derivados de las combinaciones de colores de la seda sobre la seda, o de un forro brillante «matizado» por el tono más oscuro de la prenda exterior. Todas las damas se pintaban la cara, y la *toilette* femenina en general revestía la complicación propia de una auténtica obra de arte.

Murasaki describe numerosas escenas deliciosas sobre el particular, como, por ejemplo: «Saemon no Nashi portaba la espada imperial. Llevaba una chaqueta de color amarillo verdoso, una cola oscura y un cinturón de seda naranja y blanca ricamente bordado. Su *uwagi*, de seda carmesí, cubría un conjunto magnífico de cinco *uchikis*. Su actitud y la parte del rostro que el abanico dejaba entrever parecían rebosantes de vitalidad y frescas como una flor. Ben no Naishi llevaba la joya imperial en un cofrecito. Sobre un conjunto de *uchikis* carmesí vestía un *uwagi* color púrpura, y una

cola y una chaqueta parecidas a las de Saemon no Nashi. Tratándose de una mujer pequeña y atractiva, su reconocida timidez la hacía parecer un tanto embarazada y nerviosa. Empezando por su abanico, evidenciaba mejor gusto que su compañera, y la faja era a cuadros verdes y púrpura. Sus ropas y fajas serpenteaban en torno a ambas como dragones mágicos y nos preguntábamos si no serían un par de esas danzarinas que, según cuentan, descienden del cielo».^[14] Un poco más adelante nos cuenta: «las telas estampadas evocaban una combinación de hojas claras y oscuras de arce en otoño»; y, al describir con detalle la fiesta a que asistieron las damas, comenta: «sólo los hombres del cuerpo de guardia de la derecha llevaban ropas de color rosa». Al leer esos pasajes, los amantes de los colores suspiran con nostalgia pensando en aquella corte brillante y sofisticada donde esos espectáculos resultaban *posibles*.

Y la poesía asoma por todas partes. Un caballero pone en manos de una dama un poema garabateado junto al borde de su abanico, esperando de ella (¡faltaría más!) que conteste inmediatamente y del mismo modo. Los poemas son un elemento importantísimo en el capítulo del amor y del matrimonio. Las muchachas de buena familia no toleraban que las viera un hombre, costumbre ésta, sin embargo, que admitía muchas excepciones. Los hombres escribían cartas tiernas a las damas que les interesaban, y ellas estaban obligadas a responder afablemente aunque el remitente no les importara en absoluto. Pero si ella se mostraba también interesada, el hombre la visitaba de noche y permanecía junto a ella hasta el alba. A continuación, él volvía a escribirle, y la dama organizaba un banquete para presentarlo a su familia. A partir de aquí, él ya podía visitarla abiertamente, aunque ella siguiera viviendo en casa de sus padres. Esta costumbre de intercambio de correspondencia y de visitas aparece en el diario de Izumi Shikibū. Obviamente se trataba de poemas breves, de manera que, para poder entender los del texto, vale la pena detenerse en la poesía japonesa.

El japonés es un idioma silábico como el nuestro, pero, a diferencia del que usamos, desconoce la acentuación. Por otra parte, todas las sílabas terminan en una vocal. Como consecuencia de ello, únicamente existen cinco rimas posibles. Como sea que el empleo de esas rimas resultaría de una monotonía insoportable, los japoneses optaron por «contar» las sílabas. Nuestro verso también tiene en cuenta el número de sílabas, pero lo combina con la acentuación. Al carecer de acento, ello no era posible, de modo que el poeta japonés optó por limitar el número de sílabas y usarlas formando estructuras que se iban alternando. La prosodia nipona se basa en conjuntos de cinco y de siete sílabas, y una de sus estructuras favoritas, el *tanka*, consta de treinta y una sílabas, distribuidas como sigue: 5 + 7 + 5 + 7 + 7. Hay una estructura más compleja aún, el *naga-uta*, pero nunca fue tan popular.

Todos los poemas de los diarios son *tankas*. Está claro que no puede decirse mucho en tan pocas líneas, aunque cabe, en cambio, sugerir bastante. Y es precisamente en el terreno de la «sugerencia» que los japoneses resultaron maestros absolutos. Todavía es más breve el *hokku*,^[15] en el cual se suprimen los dos versos finales, que en los *tanka* son precisamente los que contienen el «significado» —la clave— del poema. Por ello, el *hokku* resulta mera esencia, una idea incompleta pero sugerente que debe ser completada por el oyente o el lector. Pero los *hokku* no se inventaron hasta el siglo xv. Antes de ellos fueron los *tanka*, con variaciones ocasionales mediante el añadido

de versos, el cambio de orden de éstos, o la combinación de series estróficas, etc., los auténticos reyes, y siguen siendo hasta hoy la forma clásica por esencia de la poesía nipona.

Tras comentar brevemente el trasfondo de los diarios, vale la pena detenerse en las tres damas que los escribieron.

Murasaki Shikibu fue hija de Fujiwara Tametoki, miembro de una rama secundaria de la ilustre familia de la que ya se ha hablado. Nació en 978. No se llamaba Murasaki, sino, al parecer, To Shikibu (Shikibu es un título) por el nombre de su padre. Dos leyendas explican el origen del nombre con el que ha pasado a la historia. Una dice que lo recibió como una alusión jocosa a la heroína, Murasaki, de su obra maestra, *La novela de Genji*. Más encanto tiene aún la otra leyenda. Parece que su madre fue una de las amas del emperador Ichijo, que la apreciaba tanto que dio este nombre a su hija por un viejo poema que decía:

Cuando la hierba púrpura (*murasaki*) está en el apogeo de su color,
apenas se distinguen las demás hierbas del campo.

Murasaki es el nombre del espliego,^[16] y, a partir de ahí, ha venido a significar un color que abarca todos los tonos del púrpura, el violeta y la lavanda. Hacia 996 acompañó a su padre a la provincia de Echizen, de la cual había sido nombrado gobernador. Al año siguiente regresó a Kioto y, a los doce meses, se casó con otro Fujiwara llamado Nobutaka.^[17] Parece que el matrimonio fue feliz pues en su diario se lamenta con frecuencia de la muerte de su esposo, ocurrida en 1001, año en el que Japón se vio atacado por una terrible peste. Tuvo una hija en el año 1000. Parece que entre la muerte de Nobutaka y 1005 vivió en el campo, pero ese año se integró en la corte en calidad de dama de honor de la consorte imperial Akiko^[18]. Antes de esta fecha (y debo insistir en que las fechas consignadas son dudosas) ya se había hecho famosa, y no sólo para su tiempo sino para todos los tiempos, al escribir la primera novela realista de Japón (y de la literatura universal), el *Genji Monogatari* o *La novela de Genji*.^[19]

Hasta entonces, las narradoras japonesas se habían limitado a historias no muy largas que giraban por regla general en torno a un acontecimiento maravilloso. El *Genji Monogatari* se orientó de manera completamente distinta. Retrataba la vida en Kioto tal como podía experimentarla un contemporáneo de su autora. Su interés radicaba en el hecho de que a la gente le gusta leer sobre personas como ellos mismos, pero eso, que para nosotros resulta obvio, no lo era cuando Murasaki Shikibu se puso a escribir su gran obra. Fue indudablemente una intuición genial. El libro cuenta la vida del príncipe Genji desde su nacimiento hasta su muerte a los cincuenta y un años, y los libros finales se centran en la carrera de uno de sus hijos. Es una obra enorme, dividida en cincuenta y cuatro libros y que se extiende a lo largo de cuatro mil páginas, de las cuales sólo el árbol genealógico de los personajes ocupa casi ochenta, pero todos los lectores de la novela están de acuerdo en que no sólo es ingeniosa y cautivadora, sino de una potencia difícil de igualar. La dama era brillante (ignoramos si también era hermosa) y supo contemplar la realidad con ojos absolutamente desapasionados, y hacer de su narración el colmo de la «objetividad». Sus facultades críticas jamás se aletargan, y captan hasta el más ínfimo detalle de cuanto ven, descubriendo simultáneamente lo que está bien y lo que está mal en ello. Veamos un ejemplo. Nos cuenta la

llegada del emperador: «Los porteadores, aunque eran personas honorables, inclinaban la cabeza con enorme humildad a medida que subían los escalones. Incluso dentro de la alta sociedad hay grados de cortesía, pero aquellos hombres me parecieron *demasiado* serviles».

Una persona con esas dotes excepcionales está condenada a sentirse sola, pero no nos hallamos ante la rebelión apasionada de Izumi Shikibu ni ante la melancolía de la autora del *Diario de Sarashina*, sino con la desilusión de alguien que conoce bien el mundo y sabe con cuán poca comprensión ajena puede contar. Me he referido ya al gusto extraordinario de Murasaki en materia del vestir, pero resulta extensivo a todo. Cuando nos dice que «el jardín (a la luz de la luna) resultaba admirable», podemos estar seguros de que hubo de serlo por fuerza.

El diario muestra su sentido dramático, como lo haría el *Genji* si hallara un buen traductor.^[20] No puede extrañar que «saltara a la fama» de manera casi inmediata. Se cuenta una hermosa leyenda según la cual escribió parte del libro en el templo de Ishiyama al sur del lago Biwa. La historia gana en verosimilitud a ojos de los visitantes del lugar, puesto que se les muestra la estancia del templo en que escribía y la pastilla de tinta que utilizaba, pero, ay, es falsa... Lo cierto es que ignoramos dónde y cuándo lo escribió. Parece que lo empezó en 1002 y muchos comentaristas creen que estaba concluido en 1004.^[21] No puede extrañar que se la reclamara a la corte al año siguiente, y la consorte imperial Akiko tuvo por fuerza que considerarse especialmente honrada por el hecho de contar entre sus damas con una personalidad tan excepcional.

El resto viene contado en el diario. No sabemos nada más de Murasaki, salvo que nunca dio pie a escándalo alguno.^[22]

Una de las cosas que más nos sorprende de esos tres diarios es que sus autoras fueran tres personalidades tan distintas. Resulta difícil imaginar una mujer más distinta de Murasaki que Izumi Shikibu. Tan diferente como la poeta más grande de una determinada época pueda serlo de su novelista más emblemática, porque Izumi Shikibu ha sido la poeta más ilustre que ha dado Japón.^[23] Escribió siete libros de poemas,^[24] y este diario es el único texto en prosa que de ella nos ha llegado.^[25] Se trata del relato de una historia de amor excepcionalmente apasionada y patética.

La personalidad desbordante, provocativa y encantadora de Izumi la invalidaba para convertirse en la desapasionada observadora y suprema crítica de costumbres que fue su contemporánea Murasaki. Su vida azarosa y dramática no pudo con su carácter exuberante ni con sus sentimientos excesivos. Jamás dio muestras de resignación. Vivió tan intensamente como nos cuenta el diario. Así lo había hecho antes de escribirlo, y con toda seguridad siguió haciéndolo después. Nos la imaginamos como un ser indomeñable, un genio incapaz de resistirse a sus inclinaciones. Seguro que fue difícil tratar con ella (hubo de ser algo así como beber un vino muy fuerte), pero su trato tuvo que resultar excepcionalmente estimulante.

Nació en 974, y fue la hija mayor de Oe Masamune, también gobernador de Echizen. En 995 se casó con Tachibana Michisada, gobernador de la provincia de Izumi (y de ello deriva el nombre con el cual es conocida). Se divorció de su esposo, aunque no sabemos cuándo, y él murió al poco tiempo, víctima seguramente de la gran peste que asoló Japón y que también se llevó al marido de

Murasaki Shikibu. Tuvo una hija, poetisa como su madre, que nació en 997. Pero Izumi Shikibu era demasiado fascinante como para encerrarse en una «casta viudez» y se convirtió en la amante del príncipe Tametaka, que también murió en 1002. Su diario empieza poco después. Su nuevo amante fue el príncipe Atsumichi, y parece que escribió este diario con la única finalidad de tranquilizar su conciencia y conservar los poemas que se escribieron los dos, y que Izumi Shikibu consideraba la quintaesencia de sus espíritus.

En los primeros tiempos, la relación se mantuvo en secreto, pero parece que los encuentros clandestinos no satisfacían a la pareja, y al fin el príncipe la convenció de que fuera a vivir en el Palacio del Sur como una de sus mujeres. Conociendo los usos de la época,^[26] resulta extraño entender que ello provocara el escándalo que desató. Porque todo apunta a que hubo un auténtico escándalo. La princesa se sintió muy ofendida por la actitud de su esposo y abandonó el palacio, instalándose en casa de sus padres, donde permaneció largo tiempo. Tantas protestas generó aquella relación en el mundillo de la corte, que en 1004 Izumi Shikibu abandonó el palacio y se separó definitivamente del príncipe. Para rubricar la separación con un «portazo» y darle públicamente carácter definitivo, se casó al poco tiempo con Fujiwara Yasumasa, gobernador de Tango, y lo acompañó a su provincia en 1005. Parece que fue así aunque no lo cuenta en su diario, puesto que se interrumpe cuando llega al Palacio del Sur.

En 1008 se la llamó a Kioto para que sirviera a la misma emperatriz que contaba con Murasaki Shikibu en su círculo desde 1005. Cualquiera que hubiese sido el efecto del gran escándalo ocurrido cuatro años atrás, el hecho de que recibiera el puesto de dama de honor de la emperatriz permite suponer que su fama de poetisa había logrado borrarlo. ¿Y qué duda cabe de que Akiko se sintió muy orgullosa de añadir este nuevo trofeo a su círculo de damas eminentes? Está claro que tuvo que haber historias de celos. Ningún lector de los diarios llegará a la conclusión de que Murasaki Shikibu e Izumi Shikibu podían simpatizar, y no deja de resultar significativa esta cáustica observación que nos ha llegado de la primera sobre la segunda: «Aquella a la que llaman Izumi Shikibu escribe unas cartas espléndidas, pero su conducta deja mucho que desear. Hay en su carácter aspectos francamente negativos, aunque debe reconocérsele auténtico genio a la hora de escribir cartas llenas de espontaneidad, y la observación más banal brilla como un astro gracias a su pluma inimitable. Sus poemas son verdaderamente deliciosos. Aunque su conocimiento de nuestro canon poético y su criterio a la hora de juzgar poesía ajena distan mucho de ser perfectos, es capaz de improvisar cuantos poemas le venga en gana y siempre consigue poner en ellos alguna frase brillante. En cambio (lo hemos dicho ya), a la hora de juzgar los poemas ajenos, pocas veces acierta plenamente. Es de la clase de personas excepcionalmente dotadas para la improvisación, pero sus limitaciones me impiden colocarla entre los poetas de primerísima categoría». ¿Cabe imaginar que Izumi Shikibu tuviera la «desfachatez» de criticar algún poema de su insigne compañera?

Ninguna traducción es capaz de preservar todo el efecto del original, pero, incluso traducidos, los poemas de Izumi Shikibu son excepcionalmente bellos y evocadores. En su propio país se considera que nunca nadie los superó en frescura ni libertad de expresión. Hay algo infinitamente triste en éste, escrito, según parece, en su lecho de muerte tras su apasionada vida.

Salgo de la oscuridad
para pisar un oscuro sendero
que debo recorrer:
brilla sobre mí desde lejos,
luna del horizonte montañoso.

En la poesía japonesa es frecuente comparar a Amida Buda con la luna que se eleva por encima de las montañas e ilumina el sendero del caminante.^[27]

Muy distinto es, a su vez, el *Diario de Sarashina*, y se trata de un documento de otras características. El diario de Murasaki Shikibu se refiere a unos pocos años de su vida, el de Izumi Shikibu trata de un único episodio de la suya, pero el *Diario de Sarashina* cubre un largo período de la vida de su autora. El comienzo fue escrito cuando sólo contaba doce años de edad, y sus últimas páginas a los cincuenta años cumplidos. Empieza con un viaje de Shimosha a Kioto por el Tokaido en 1021, seguido por otro que tuvo lugar unos cuantos años después de Kioto a Sarashina, lugar nunca satisfactoriamente identificado, aunque algunos críticos lo sitúan en la provincia de Shinano. El resto del diario consiste en entradas escritas en momentos diversos, en descripciones de libros que la autora había leído y de paisajes que había visto, de peregrinaciones a templos, de sueños y prodigios ocurridos, de pensamientos íntimos sobre la vida y la muerte y de manifestaciones de dolor y de resignación.

El nombre del libro, *Sarashina Nikki*, procede del segundo viaje que relata, pues, por extraño que parezca, desconocemos el nombre de su autora. Sí sabemos, en cambio, que fue hija de Fujiwara Takasué y que nació en 1009.^[28] En 1017 su padre fue nombrado gobernador de una provincia, y se marchó con su hija a ocupar su nuevo cargo. El diario empieza con la narración del viaje de regreso en 1021.

La hija de Takasué compartía con muchas de sus contemporáneas un profundo amor por la naturaleza y la capacidad de verbalizarlo. Ya he citado un par de «entradas» de su diario. Seguimos a la comitiva por encima de montañas y atravesando ríos, acampamos con ellos de noche y temblamos como ellos al pensar en la posibilidad de ser atacados por bandidos. También podemos contemplar lo que veía la niña: «La cordillera de Nishitomi parece un biombo exquisitamente pintado», «No hay encanto alguno en la provincia de Musashi. La arena de sus playas no es blanca, sino del color del barro. La gente asegura que el espliego crece, abundante, en esta provincia, pero, por cuanto pude ver, es un páramo en el que sólo se encuentran cañas de diversas clases, tan altas que no vemos los arcos de nuestros propios jinetes cuando se abren camino entre ellas». A veces nos hace partícipes de su desencanto: «Dejamos atrás un lugar llamado Ocho Puentes, pero se trata sólo de un nombre, pues no vimos puente alguno».

Cuando llegan a Kioto, empieza para la autora una vida aburrida, solamente animada por la ávida lectura de novelas como *La novela de Genji*. Cuando su hermana muere al dar a luz, su existencia ya no sólo es aburrida, sino también dolorosa. Al cabo de un tiempo obtiene un puesto en la corte, pero ni su educación ni su temperamento resultan adecuados para su nueva forma de vida. «Mi madre fue una persona de manera de pensar profundamente anticuada», escribe, y resulta

evidente que la había preparado mucho más para la meditación introspectiva que para llevar una vida pública. Una breve historia de amor anima por poco tiempo la mediocridad de su existencia. La vida se ensaña con la pobre muchacha y de año en año parece más amargada, pero de pronto ocurre algo —como un chispazo— que parece prometer un futuro más luminoso. No sabemos quién fue él, pero sí sabemos que se encontraron un atardecer «en que no brillaban las estrellas y lloviznaba en medio de la oscuridad». Hablaron y se intercambiaron poemas, pero ella no volvió a verlo hasta el año siguiente. En aquella ocasión, tras un festejo nocturno al que no asistió, «cuando, abriendo la puerta que daba al corredor, miré hacia afuera y vi la luna de la mañana muy tenue y hermosa», allí estaba él. Volvieron a intercambiar poemas y la dama creyó que la felicidad había llegado al fin. Él acudiría con su laúd y le cantaría. «Deseaba oírlo», escribe, «y esperaba una ocasión propicia, pero no se presentó nunca.» Pasó un año entero, perdió las esperanzas, escribió un poema y añadió: «Compuse este poema... y no hay nada más que contar». Y no hubo, efectivamente, nada más, pero lo contado es más que suficiente para dejar constancia de su frustración.

El resto del diario se ocupa mayoritariamente de peregrinaciones y sueños. La autora se casó (no sabemos cuándo ni con quién) y tuvo hijos. Pero su esposo murió y con ello puso punto final a la primavera de su vida. La última entrada resulta muy triste: «Los míos se fueron a vivir a otra parte y me quedé sola en mi casa solitaria». Y así dejamos para siempre este «espíritu hermoso y tímido que tanto dolor conoció mientras viviera».

AMY LOWELL

NOTA SOBRE EL CALENDARIO HEIAN

Como tendrá ocasión de comprobar el lector de estos diarios, la referencia a los meses y a los días es constante, puesto que sirve para «situarnos» en el momento del año o de la estación en que ocurre lo narrado. Se ha dicho que el primer «invento» de todas las civilizaciones es el calendario y que, *grosso modo*, los calendarios pueden ser de dos tipos: solares y lunares. Los japoneses estuvieron utilizando, por influencia china, el calendario lunar hasta 1873, año en que el emperador Meiji lo sustituyó por el gregoriano, que tiene, como es sabido, base solar. En el viejo calendario, empleado desde los tiempos del emperador Jimmu (660 a. C.), los meses coincidían con las lunaciones: así el primer día del mes era el de la luna nueva y el 15 coincidía con el plenilunio. Ello daba lugar a doce meses de 29 días y pico, y, por lo tanto, a años de unos 354 días aproximadamente. Para recuperar el «tiempo perdido», había que introducir periódicamente un mes intercalar (*uruu-zuki*), con lo que se generaba un año *excepcional* de trece meses y de 383 a 385 días. Algo así ocurre con el veintinueve de febrero en nuestro calendario.

En un calendario de este tipo, los equinoccios y los solsticios tenían una especial relevancia, pues permitían poner más o menos de acuerdo el calendario lunar con el solar. Así, en el viejo calendario japonés el primer día del año coincidía con la segunda luna nueva después del solsticio de invierno. Por ello, el primer mes del año, que se consideraba el inicio de la primavera, empezaba entre mediados de enero y mediados de febrero, según nuestro calendario, con un *décalage* que podía llegar a ser de más de cuarenta días. Los días se dividían en doce horas, designadas con arreglo a los signos del zodiaco chino (el Ratón, el Buey, el Tigre, el Conejo, el Dragón, la Serpiente, el Caballo, etc.). Cada una de sus horas, pues, venía a durar el doble que una de las nuestras.

Este era, pues, el calendario de Murasaki y los suyos, y lo siguió siendo del Japón de los Tokugawa hasta la gran revolución que supuso el desembarco americano a mediados del siglo XIX. Téngase en cuenta que, tanto en China como en Japón, países ambos extremadamente supersticiosos, los calendarios primitivos cubrieron funciones más astrológicas (determinar qué días eran fastos y cuáles funestos) que astronómicas (ser rigurosamente exactos en el cómputo, la fijación y la expresión del tiempo).

Los chinos, mucho más científicos, procuraron perfeccionar su calendario mediante la observación y el cálculo, a lo que contribuyeron no poco los conocimientos de los misioneros jesuitas del siglo XVI. No ocurrió lo mismo en Japón, donde se mantuvieron fieles al viejo sistema hasta que, de un plumazo, el emperador Meiji impuso a sus súbditos el calendario de París, Londres y Nueva York. De todos modos, el nuevo calendario mantuvo las fiestas más importantes en el día señalado en el antiguo: así, la de los Amantes Celestes (o de Tanabata) sigue celebrándose hoy como en tiempos de Murasaki el día siete del mes séptimo.

I.
IZUMI SHIKIBU

Diario^[29]

(1002-1003)

Había pasado muchos meses lamentando el mundo,^[30] más turbio que una pesadilla. Acababa de dejar atrás el día diez del cuarto mes, el primero del verano. Los árboles pintaban una sombra más profunda sobre el suelo y la hierba de la ribera^[31] era más verde que antes. Otras damas no apreciaban esos cambios, pero ella^[32] sí, y mientras meditaba sobre ellos, un hombre se le acercó sin hacer ruido por detrás del seto. La dama sintió curiosidad por saber quién era pero, al acercarse a ella, reconoció al paje del príncipe difunto.^[33] Llegaba en un mal momento, y ella se lo dijo:

—¿No has tardado mucho en venir? ¿Vienes por ventura a hablar del pasado?

—¿No habría parecido inconveniente? Sea como fuere, te ruego que me perdones —repuso el paje—. He estado recitando plegarias para la salvación de mi señor en los templos de las montañas. Pero no es bueno vivir sin un amo, de modo que acudí al príncipe Atsumichi^[34] por ver si se dignaba aceptar mis servicios.

—¡Magnífico! Es un príncipe muy elegante. ¿Sabes si sigue soltero? —dijo ella, y él respondió:

—No, se ha casado, pero sigue siendo muy amable. Me preguntó si todavía te visito. «Sí, la visito», contesté yo, y entonces su alteza arrancó esta rama de flores de tachibana^[35] y me ordenó: «Dale eso, y dime en qué términos lo acepta». El príncipe estaba pensando en el viejo poema que dice:

El aroma de las flores de *tachibana*
en primavera
evoca las mangas perfumadas
del que se fue para no volver.

»Y aquí me tienes... ¿Qué quieres que le conteste?

Resultaba embarazoso contestarle con un mensaje de viva voz a través del paje, pero el príncipe no había mandado el suyo por escrito. Descontenta por su actitud, la dama escribió este poema y se lo dio al paje:

Ciertamente este perfume
nos trae recuerdos,
pero, antes que pensar en el que dices,
preferiría oír la voz del cuco.^[36]

El príncipe estaba en la galería de su palacio, y en cuanto el paje se le acercó con cara de personaje importante, le hizo pasar a un aposento y le dijo:

—¿Qué me cuentas?

El paje le dio el poema, el príncipe lo leyó y escribió esta respuesta:

El cuco canta
en la misma rama
con la voz de siempre,
como tú bien sabes.

Su alteza lo entregó al paje y se fue, diciendo: «No se lo digas a nadie. Pensarían que estoy enamorado». El joven llevó el poema a la dama. Aunque le pareció encantador, optó por no contestar de momento.

Al día siguiente, él le envió otro poema:

Te abrí el corazón...

Ay, haber confesado aumenta la pena,
y arrastra consigo días dolorosos...

La dama, que odiaba la soledad y empezaba a sentirse atraída por él, le contestó:

Si te lamentas hoy,

tal vez signifique que tu corazón
siente algo por el mío...

¡Cuántos días y meses he pasado penando!

Su alteza le escribía con frecuencia y ella contestaba a veces, y se sentía un tanto consolada en su soledad. Un día recibió otra carta. Tras expresarle emociones muy delicadas, le decía:

Me gustaría solazarte
con palabras de consuelo,
pero si han de ser en vano,
prefiero callar.

«¿Quieres hablar del que se fue?^[37] ¿Por qué no vienes a verme una noche?»

Ella respondió:

«Al oír hablar de consuelo, quisiera hablar contigo, pero, hallándome quebrada, no me veo con fuerzas para tenerme de pie. No puedo ir a verte...»

Así le escribió, y su alteza decidió ir a visitarla como un particular.

Como aún era de día, llamó en secreto a su criado Ukon no Zo, que se había encargado de traerle las cartas de la dama, y le dijo:

—Voy a cierto lugar...

El otro entendió y se puso a hacer los preparativos.

Su alteza se presentó en un humilde palanquín y fue anunciado por su paje. La dama se sintió desconcertada y no sabía qué hacer. No podía pretender que se hallaba ausente, puesto que le había escrito una respuesta aquel mismo día. Y parecía cruel obligarle a regresar a su casa sin dejarlo entrar. Pensando que sólo hablaría con él, dispuso un cojín en la puerta oeste de la galería, e invitó al príncipe. ¿Fue porque el mundo lo admiraba tanto que le pareció un hombre tan extraordinariamente fascinante? Pero esa fascinación sólo sirvió para que se pusiera más en guardia... Mientras hablaban, la luna fue adquiriendo un brillo inusual y casi incómodo.

Dijo él:

—Como he estado viviendo a la sombra y al margen de la sociedad, no estoy acostumbrado a un lugar tan espléndido como éste... Déjame entrar donde tú estás sentada,^[38] y te prometo que no seré grosero como otros... Supongo que no piensas recibirme a menudo...

—¡De ningún modo! —dijo ella—. ¡Qué idea más extravagante! Sólo esta noche hablaremos un rato, pero nunca más.

—¿Vamos a pasar toda la noche así? —preguntó él, y añadió:

Pasa la noche,
y no soñamos ni el más vago de los sueños...
¿Qué recuerdo quedará en mí
de esta noche de estío?

Y ella repuso:

—Al pensar en el mundo,
mis únicas compañeras de lecho
son las mangas húmedas de llanto.
No es ésta una noche
para compartir dulces sueños...

Pero él contestó:

—No me resulta fácil abandonar mi casa. Tal vez me juzgues grosero, pero mis sentimientos hacia ti son demasiado ardientes...

Y, apartando la cortina que los separaba, se introdujo en la habitación de la dama. Aunque al principio ella se sintió profundamente embarazada, luego estuvieron conversando^[39] hasta el alba. Con ella, el príncipe regresó a su casa.

Al día siguiente, el hombre le envió esta carta:

«¿Qué estarás pensando de mí? Estoy ansioso por saberlo...»

Tal vez para ti resulte algo trivial
hablar de amor...
Pero lo que siento esta mañana
a nada puede compararse...

Ella repuso:

Trivial o no...
No estoy pensando en ello.
Por primera vez en la vida
me siento atrapada.

¡Qué pasión la del príncipe! ¿Y qué había hecho ella al ceder? Si pensaba en la ternura con que le hablaba^[40] el príncipe difunto... Estaba arrepentida y se sentía intranquila... Entonces volvió a presentarse el paje, pero, para su decepción, no llevaba carta alguna. ¡Se sentía tan enamorada!

Quando el paje regresó, llevaba una carta dirigida a su amo. Decía:

¡Ojalá se permitiera a mi corazón
sentir el dolor de la espera!
Seguramente esperar es una pena menor...
Esta noche... ¿A qué esperar más?

Cuando el príncipe la hubo leído, se apiadó de ella, pero estaba obligado a mostrar una cierta reserva si de salir de noche se trataba. Poco le importaba su esposa, pero no podía andar saliendo de casa todas las noches. Quizás debiera esperar a que concluyera el período de duelo^[41] por el príncipe difunto, pero podía interpretarse como que su amor era superficial. Le envió una carta al caer la tarde.

De haberme dicho ella
que me estaba aguardando de todo corazón,
me hubiera sentido empujado
a visitar la casa de mi amada sin tardanza.

Y ella contestó:

«¿Por qué has de importarme poco?»

Me siento como una gota de rocío
prendida de una hoja,
pero no estoy inquieta,
pues pienso que he habitado en esta rama
desde antes de que el mundo empezara.

«Te ruego que pienses en mí como en el rocío fugaz que sólo existe mientras la hoja lo sostiene.»

Su alteza recibió la carta, y, aunque deseaba acudir, pasaron los días sin que llegara a materializar su deseo. El último día del mes, que era de luna nueva, la dama le escribió:

Si pasa el día de hoy
sin noticias,
¿cuándo volveré a escuchar,
cuco, tu voz apagada del cuarto mes?

Le envió el poema, pero como el príncipe tenía muchas visitas que hacer, no lo recibió hasta la mañana siguiente. Respondió:

El canto del cuco en primavera
resulta doloroso.
Presta atención y pronto oirás su canto de estío,
rotundo y alegre a más no poder.^[42]

Y al fin volvió a verla, evitando la curiosidad del público. La dama se estaba preparando para ir al templo y procedía a purificarse. Pensando que las pocas visitas del príncipe traicionaban su

indiferencia y convencida de que había acudido sólo para mostrar que no había dejado de importarle, pasó la noche entregada a sus devociones y le dirigió muy poco la palabra.

A la mañana siguiente, el príncipe comentó:

—He pasado una noche extraordinaria...

Tengo la sensación nueva
de que hemos estado cerca el uno del otro,
aunque la noche ha pasado
sin que nuestras almas se unieran...

Y añadió:

—Me siento desgraciado...

Ella notó su frustración y le compadeció. Le dijo:

—Mi corazón carga con un dolor infinito...
Paso noche tras noche,
y ni siquiera consigo unir
mis propios párpados...

—Pero no es una sensación nueva, al menos para mí...

El día dos del quinto mes el príncipe le escribió:

«¿Irás hoy al templo? ¿Cuando volverás a estar en casa?»

Y ella contestó:

Rezaré en el templo para que pase la estación de las lluvias.
Esta noche voy a arrancar de raíz los iris^[43]
para adornar mi casa y hacerla
digna de un visitante como tú.

Marchó al templo, y al regresar dos o tres días después halló una carta de él:

«Mi corazón te anhela y deseo verte. Pero el trato que me diste la última noche resulta descorazonador. Me siento triste y avergonzado. No pienses que me quedo en casa porque mis sentimientos sean superficiales».

Es fría de corazón, pero no puedo olvidarla.
El tiempo borra la amargura
pero aumenta el anhelo
que hoy no me deja vivir...

«No es poco lo que siento por ti...»

Y ella repuso:

¿Dices que vendrás?

Me cuesta creerlo.

Ni siquiera una sombra

pasa por delante de mi casa.

El príncipe se presentó sin anunciarse según solía. La dama, que no creía que iba a acudir y estaba muy fatigada tras las observancias religiosas de los últimos días, se hallaba profundamente dormida. Nadie oyó, pues, los discretos golpecitos en la puerta de la calle. El príncipe, que había escuchado ciertos rumores, sospechó la presencia de otro amante y se retiró sin hacer ruido. A la mañana siguiente le escribió en estos términos:

Estuve ante tu puerta cerrada

que nadie me abrió.

Al mirarla,

vi en ella el símbolo de tu corazón implacable.

«Probé la amargura del amor, y me compadecí de mí mismo.»

En cuanto ella supo que el príncipe había estado allí la noche anterior, lamentó la profundidad de su sueño, y le contestó:

¿Cómo has podido escribir

lo que has escrito?

La puerta de madera preciosa

estaba cerrada, y no dejaba

leer en el corazón que se ocultaba detrás.

«¡Son sólo sospechas tuyas! ¡Ojalá pudiera abrirte el alma!»

La noche siguiente quiso él regresar a verla, pero se le aconsejó que no lo hiciera. Como temía las críticas del chambelán y del príncipe heredero, el número de sus visitas disminuyó. Durante las copiosas lluvias, la dama contemplaba las nubes mientras trataba de imaginar qué estaría murmurando la corte sobre ambos. En otros tiempos tuvo allí muchos amigos: ahora únicamente le quedaba el príncipe. Circularon varios rumores acerca de la dama, que ella no se molestó en desmentir pues estaba convencida de que nunca nadie sabría la verdad.

Un día el príncipe le escribió una carta hablándole del tedio de la lluvia.

Tan sólo piensas en las lluvias que no cesan,

que caen sin parar en todas partes,

pero debes saber que también llueve

sobre mi corazón.

¡Días melancólicos que parecen eternos!

El hecho de que aprovechara cualquier ocasión para escribirle un poema volvió a pintar una sonrisa en su rostro, y ella acabó pensando que había llegado la hora de la reconciliación.

Le contestó:

Ajena a la tristeza de tu corazón,
sólo siento la lluvia en el mío.

Y en otra hoja de papel pergeñó este poema:

Fluye, triste, la vida
en este mundo.

Pero gracias a las largas lluvias
que nos hacen meditar,
queda memoria de la cota alcanzada por las aguas.

«¿Cuánto falta para que regreses?»

El príncipe leyó la carta y el mensajero regresó con esta respuesta:

Estoy harto de mi vida
y me siento inerme ante sus golpes.
No sólo a ti, debajo de la capa del cielo,
afectan la lluvia y el tedio.

Llegó el día seis del quinto mes, y seguía lloviendo. El príncipe se había sentido muy afectado por la respuesta que recibiera la víspera, mucho más apasionada, y aquella mañana de diluvio envió a preguntar por ella, dejando muy patente su interés:

Fue terrible la noche de lluvia...
No quieras saber
qué cosas llegué a pensar
mientras oía la lluvia en mis ventanas...

Eso escribió ella al príncipe, y él recuperó el ánimo. He aquí su respuesta:

La noche entera no hice sino pensar en ti.
¿Cómo se vive en una casa
solitaria sin nadie
con quien compartir la lluvia?

A mediodía, el río Kamo^[44] se desbordó, inundando media ciudad, y muchos corrieron a verlo, entre los que se contaba el príncipe. Al regresar a su palacio le escribió:

«¿Cómo te encuentras? Acabo de volver de contemplar el Kamo...»

Los sentimientos fluyen de mi pecho
como el agua de la inundación.
Pero su profundidad
es mucho mayor
que la de nuestro río...

«¿Lo sabías?»

Y ella le escribió:

En mí las aguas
no se desbordan,
pues carezco de profundidad,
pero mi pradera
está completamente inundada.

«¿De qué sirven a veces las palabras?»

Así le contestó la dama. Su alteza decidió acudir a ella y mandó que le trajeran perfumes para acicalarse. Entonces se presentó Jiju-no-Menoto, su anciana nodriza:

—¿Adonde vas? —le dijo—. La gente sólo habla de ello. No puede decirse que ella sea de muy alta cuna... Si quieres que te sirva, hazla venir como una criada más... Tus idas y*Ve— nidas nocturnas nos ponen en ridículo a todos. El oficial de la guardia Ukon no Zo^[45] anda repitiendo esas historias. Aunque ya sabes que también sirvió al príncipe difunto. Si sales de casa para perderte en las entrañas de la noche, nada bueno vas a sacar de ello. Revelaré a su excelencia el gran canciller^[46] los nombres de las personas que te acompañen en tus aventuras nocturnas. El mundo cambia permanentemente y nadie sabe qué ocurrirá mañana. El difunto ministro^[47] te amaba mucho y pidió al actual que te mostrara su favor. Debes mantenerte al margen de esas indiscreciones hasta que todo esté arreglado.^[48]

El príncipe dijo:

—¿Adonde quieres que vaya? Estoy tan aburrido que necesito un poco de diversión. La gente es absurda en su afán de magnificar las cosas.

Lo dijo, pero se sentía profundamente herido. Además consideraba que la dama no era indigna de él y deseaba traerla a su palacio para hacer de ella su concubina. Por otro lado, pensaba, estaba seguro de que le tocaría escuchar reproches mucho más duros que los que ya había oído, de modo que vivía sumido en mil perplejidades.

Finalmente fue a visitarla.

—No podía venir a pesar de mi deseo de hacerlo. Te ruego que no pienses que he dejado de pensar en ti... Toda la culpa es tuya. Ha llegado a mis oídos que tienes muchos amigos que están celosos por mi culpa. Eso me ha hecho reservado y explica mi larga ausencia.

El príncipe hablaba suavemente, y añadió:

—Ven al menos esta noche. Sé de un lugar discreto que nadie conoce. Allí podremos hablar tranquilamente.

A la hora fijada llegó el príncipe en el palanquín, y ella se vio obligada a entrar en él, aunque lo hizo de mala gana y con sentimientos confusos. Seguía pensando que la gente se enteraría, pero como la noche estaba muy avanzada, nadie los vio. Depositaron el palanquín en un corredor tranquilo, y allí le dijo su acompañante:

—Como la luna brilla mucho, sal deprisa.

Estaba profundamente asustada, pero le obedeció puntualmente.

—Aquí nadie nos verá —prosiguió él—. Cuando estamos en tu honorable mansión, tiemblo pensando en los demás hombres... Allí me resulta imposible relajarme.

Le habló con suma afabilidad, y, al apuntar la aurora, la llevó de nuevo al palanquín, diciéndole:

—Me gustaría acompañarte, pero ya es de día. No quiero que la gente piense que he pasado la noche fuera de la corte.

El príncipe permaneció en su palacio,^[49] y mientras ella volvía a su casa, meditaba sobre aquella extraña salida y los rumores a los que daría lugar. Pero no podía quitarse de la cabeza las bellísimas facciones del príncipe. Le escribió:

Preferiría pedirte
que acudieras a mí más temprano por la tarde,
a hacerte levantar
tan de madrugada...
¡Parece tan triste!

Y él contestó:

¡Cuán triste verte partir
bajo el rocío de la mañana!
Puestos a comparar...
Mejor sería que regresaras
este atardecer... Quedé insatisfecho...

«Dejemos de pensar en esas cosas. Esta noche no puedo salir a causa de los malos espíritus que pueden sorprenderme por el camino, salvo para ir a buscarte...»

La mujer se sentía muy desgraciada porque aquella situación no podía prolongarse indefinidamente, pero él regresó a ella en el mismo palanquín y le exigió que se apresurara. Como en el lugar donde habían pasado la noche anterior se oían voces, fueron a otro pabellón. Al alba, él se quejó del canto del gallo, y, acompañándola al palanquín, salió con ella. Durante el trayecto dijo a la dama:

—En momentos como éste, acude siempre a mí...

Y ella repuso:

—¿Cómo quieres que lo haga?

Luego la dejó en su casa y regresó a palacio.

Pasaron dos o tres días. La luna brillaba magníficamente, y al salir la dama a la galería para verla, le trajeron una carta que decía:

«¿Qué estás haciendo ahora? ¿Tal vez contemplar la luna?»

¿Estás pensando como yo
en la luna que asoma tras la silueta
de las montañas?

¿Lamenta tu memoria aquella noche breve y deliciosa?
El canto del gallo, el horror de levantarse...

La lectura de la carta resultó extrañamente placentera: pensaba en la luna radiante que los había acompañado en su última noche juntos y en que no había temido las miradas de los curiosos. Respondió:

Aquella noche
brilló la misma luna...
Por eso la miro con el corazón insatisfecho.
Pero mis ojos no se contentan
con contemplar la luna...

La dama estuvo meditando hasta el atardecer. La noche siguiente el príncipe regresó, pero ella no se enteró. En la casa de enfrente vivía otra dama. El escudero del príncipe vio un palanquín que se detenía delante de la puerta y dijo a su alteza:

—Alguien se acerca... Hay un palanquín...
—Retirémonos —dijo el príncipe, y partió.

Entonces empezó a dar crédito a los rumores que corrían.^[50] Estaba furioso con ella, pero no siendo capaz de llegar a conclusión alguna, le escribió:

«¿Sabes que fui a visitarte la noche pasada? Sentiría muchísimo que ni siquiera llegaras a enterarte...»

Sabía que altas olas
se estrellaban contra la colina de los pinos en la que ella me espera.
Pero lo que he visto hoy...
¡Oh, visión terrible!^[51]

La dama recibió la carta en un día de lluvia. ¡Terrible desastre! Temiendo las lenguas de los calumniadores, le escribió:

Sólo tú eres la isla
que no dejo de esperar continuamente...
¿Qué otras olas quieres que la barran?

Esa fue su respuesta, pero el príncipe, incapaz de olvidar lo que había visto la noche anterior, pasó un tiempo sin escribirle. Al fin le envió este poema:

Amor e infortunio,
bajo mil formas diversas,
entran y salen de mi cabeza sin parar
y me privan del anhelado reposo.

La dama quería contestar, pero le daba vergüenza tener que dar explicaciones, de modo que le escribió:

«Sea como tú quieras, ¡pero una separación sin amargura aliviaría no poco mi dolor!»

Desde aquel día, él le envió muy pocas cartas.

* * *

Una noche de luna llena estaba ella en su casa atormentándose con pensamientos dolorosos. Envidió la serenidad de la luna, y no pudo resistirse a la tentación de escribir al príncipe:

En su casa solitaria

observa la luna...

El no vendrá

y ella no puede abrir su corazón...

¿Quién va a escucharla?

Envió el poema con instrucciones de entregarlo a Ukon no Zo. En aquel momento, el príncipe estaba hablando con otros delante del emperador. Cuando se retiró a sus aposentos, Ukon no Zo le dio la carta.

—¡Preparad el palanquín! —ordenó él, y fue a verla.

La dama estaba sentada en la galería contemplando el cielo. Al intuir que alguien se acercaba, hizo bajar las persianas. El príncipe no iba vestido de corte, sino con su atuendo de diario, que aún le sentaba mejor. Mediante la punta de su abanico deslizó su poema por debajo de la persiana hasta ponerlo delante de la dama.

—Como tu mensajero partió sin esperar mi respuesta...

La dama se lo acercó también usando de la punta de su abanico.

Por un instante, el príncipe pensó en entrar, pero prefirió salir al jardín cantando: «Mi amada es como una gota de rocío sobre una hoja...». Al fin se acercó y le dijo:

—Esta noche debo partir a casa. Vine en secreto, pero en una noche de luna brillante como ésta resulta imposible no ser espiado. Mañana habré de permanecer en palacio cumpliendo ciertas obligaciones religiosas, y la gente sospechará de mí si no me dejo ver...

Parecía a punto de marcharse, pero ella le interrumpió.

—¡Ojalá caiga un chaparrón! En tal caso quizás permaneciera un rato a mi lado un resplandor, mucho más dulce que el que el cielo nos brinda...

Él notó que la dama era más gentil de lo que se decía.

—¡Querida mía! —dijo, y volvió atrás, pero luego partió, diciendo:

En contra de su voluntad,
por culpa de la luna
que desplaza su luz entre las nubes,
su cuerpo ha de partir
pero su corazón permanece.

En cuanto se hubo ido, la dama hizo levantar la persiana y leyó el poema del príncipe a la luz de la luna.

Mi dama está contemplando la luna,
pero sólo piensa en mí.
Al oírlo
me siento atraído a su lado.

¡Qué gran dicha! «Me ha tenido por una mujer fácil hasta hace poco —se dijo ella—, pero su opinión sobre mí ha cambiado.» El príncipe pensaba que la dama le importaba más de lo que osaba confesarse, pero mientras se hacía esas reflexiones, alguien le repitió que cierto general era su favorito y que la visitaba de día. Otros sostenían que Hyobukyo era uno de sus amantes. Al oír aquellos rumores, el príncipe se asustó y dejó de escribir.

Cierto día un pajecillo de su alteza, que era amante de una azafata de la dama, se llegó a su casa. Mientras hablaban, la muchacha le preguntó si había traído alguna carta para su ama, y él respondió:

—No. Una noche mi señor vino a esta casa y vio un palanquín en la puerta. Desde entonces ya no escribe cartas. También le han contado que otros suelen visitarla.

En cuanto el pajecillo se marchó, fue a repetírselo a la interesada. La dama se sintió profundamente humillada. No fue la ambición ni el deseo de ser mantenida por todo lo alto lo que la llevó a amar al príncipe, pues sólo estaba dispuesta a ser suya si la amaba y respetaba como merecía. Hubiera podido soportar verse privada de él por cualquier otro motivo, pero se le partía el corazón al pensar que él la despreciaba. Mientras lloraba su infortunio, le llegó una carta de él:

«Estoy enfermo y muy agitado... No hace mucho visité tu casa, pero, a lo que parece, en un mal momento. Me siento un cobarde...»

Déjalo correr...

No miraré a la playa...

La barquita del marinero^[52]

se ha hecho a la mar...

Ella repuso:

«Te han dicho cosas horribles sobre mí. Me siento humillada y no puedo seguir escribiéndote. Seguramente ésta será mi última carta.»

En la playa de Sodé, con fuego en el corazón y mangas chorreantes, soy yo quien tripula la barquita del marinero.

Llegó el mes séptimo. El día siete recibió muchas cartas de personajes importantes, pues era la fiesta de los Amantes Celestes,^[53] pero su corazón las ignoró. Sólo pensaba que él la había olvidado. Aquel día era una oportunidad única para escribirle, y no lo había hecho. Al fin llegó el poema anhelado:

¡Ay! ¡Que yo sea
como el Boyero divino,
que sólo puede contemplar a la Tejedora
desde el otro lado
del Río Celestial...!

Cuando la dama vio que no había sido olvidada, se alegró mucho y escribió:

Ni siquiera puedo mirar a la orilla
donde me espera el Boyero divino.
Todas las estrellas parecen evitarme...

Estaba convencida de que, al leerla el príncipe, volvería a ella. A fin de mes, él le escribió:

«Me siento muy solo. Escríbeme por favor como a uno más de tus amigos.»

Ella contestó:

No puedes oír
porque aún estás durmiendo plácidamente.
El viento gime entre las cañas...
Ay, cuando se acerquen
las largas noches de otoño...^[54]

El mismo mensajero que llevó el poema regresó con otro de él.

«¡Adorada mía! ¿Cómo puedes imaginar mi sueño tranquilo? En estos últimos tiempos me han atormentado tristes pensamientos y nunca duermo bien.»

El viento sopla entre las cañas...
No duermo
sino que escucho
para averiguar si sus suspiros
afectan a mi corazón.

Dos o tres días después el príncipe se presentó al atardecer por sorpresa e hizo entrar el palanquín en el patio. Como ella no lo había visto aún de día, se sentía avergonzado (o eso dijo), pero no le quedaba otro remedio. Regresó pronto a palacio y pasó tanto tiempo sin escribir que el corazón de la dama se llenó de ansiedad. Al fin le envió esta carta:

Los días de otoño se arrastran,
cansinos...
No hay mensajes de él...
¡Silencio ominoso!

«¡Cuán dulces son las promesas de los hombres! ¡Cuán distintos sus corazones!».

Él le escribió, diciéndole que, aunque no la había olvidado, no le había sido posible abandonar el palacio en los últimos tiempos. Y concluyó con este poema:

Aunque los días pasen
y otros puedan olvidar,
yo no olvidaré jamás
aquel encuentro al atardecer
de un día otoñal...

La mujer era digna de compasión, pues nadie se ocupaba de ella, y trataba de consolarse con sus propios recuerdos. Pero la memoria aumentaba su desazón, y cuando llegó el mes octavo, partió al templo de Ishiyama^[55] con la idea de permanecer allí siete días hasta que su espíritu doliente recobrara las ganas de vivir.

Un día dijo el príncipe a su paje:

—Hace mucho tiempo que no le escribo. Aquí tienes una carta para ella.

—El otro día fui a su casa —repuso el paje—, y me dijeron que había partido al templo de Ishiyama.

—Entonces partirás tú también mañana por la mañana —dijo el príncipe, y escribió una nueva carta, que, según lo anunciado, entregó al paje para que la llevara al santuario.

Por más que se concentraba, la mente de la dama no se encontraba en presencia de Buda, sino en el palacio imperial. Pensaba que, de haberla amado él desde el principio,^[56] no hubiesen ocurrido tantas mutaciones... Estaba muy triste, y esta tristeza la llevaba a rogar a Buda de todo corazón.

Al ver que alguien se acercaba, miró en su dirección, preguntándose quién podía ser. ¡Era el paje del príncipe! Al punto envió a su criada a interrogarle. Tomó la carta y la abrió con dedos temblorosos.

«¡Se diría que sólo te preocupan las enseñanzas de Buda! Me hubiese gustado que me lo hubieses hecho saber. Estoy seguro de que no me amas lo bastante para que yo sea un obstáculo para tu devoción al Iluminado. Pero incluso imaginar tu calma me pone celoso...»

¿Sientes que mi alma
corre en pos de ti
atravesando la barrera?^[57]
¡Anhelo sin fin!

«¿Cuándo regresarás?»

Si pensaba que, cuando la tenía al lado, le escribía tan poco... Ella contestó:

El camino del Reencuentro...

La dama creía que él

lo había olvidado...

¿Quién será el hombre

que está ahora atravesando la barrera?

«Me preguntas cuándo regresaré: no lo sé aún.»

En el monte Nagara

anhelo las aguas abiertas

del lago Biwa...

Pero la playa de mi partida

no se encuentra en la dirección de la ciudad imperial.

El príncipe leyó los poemas y dijo a su paje:

—Siento volver a molestarte, pero debes regresar al templo en seguida.

Y le escribió:

Te busqué

en la Colina de los Encuentros,

pero, aunque no podía olvidarte,

me extravié

en el valle sin caminos.

Y éste fue su segundo poema:

Atenazado por el dolor,

quise permanecer en mi retiro,

pero el lago del Reencuentro

está mucho más allá

de la playa de las partidas...

Ella le escribió nuevos poemas:

Las lágrimas que no pude contener

en la barrera de Seki fluyen ahora

en dirección al lago del Reencuentro...

Y, en el margen del papel, añadió:

Deja que te ponga a prueba...

y también a mi corazón.

Acude y tiéntame a regresar

a la ciudad imperial.

Su alteza nunca había pensado en ir tan lejos en pos de ella, pero, en cuanto recibió esta última

carta, vio que no tenía otro remedio. Fue a buscarla y regresaron juntos.

He aquí su poema:

¡Amor aciago!

¿Quién vino

(muy en contra de la ley de Buda)

a tentarte para que regresaras

a la ciudad imperial?

Y el de ella:

Abandono la montaña

y me introduzco en un sendero

mucho más oscuro

porque tú y yo

nos conocimos un día.

Cuando se acercaba el fin de mes, empezó a soplar un viento devastador. Llovía sin cesar, y la dama estaba más triste de lo acostumbrado cuando le llegó una carta. Se dijo que el príncipe no había dejado escapar una ocasión muy apropiada para recordarla, y el rencor, si alguno quedaba en su pecho, se esfumó.

Este era el poema de él:

Dolorido,

contemplo el cielo de otoño.

Las nubes

se arremolinan

y el viento sopla con fuerza.

Y el de ella:

Me entristezco

cuando el viento de otoño

sopla sin ganas...

¡Un día tormentoso!

Eso es lo que me aviva...

El príncipe creyó que entendía sus verdaderos sentimientos, pero tardó unos días en visitarla.

Había pasado ya el día diez del mes décimo. El príncipe se despertó y vio la luna de la mañana. Pensó que hacía tiempo que no veía a la dama y que seguramente ella estaría contemplando la misma luna, de modo que, acompañado por su paje, fue a llamar a su puerta. La dama yacía despierta, perdida en sus meditaciones llenas de melancolía, quizás achacable a la estación. Despertó a la criada que dormía junto a ella, que roncaba sonoramente, y la mujer llamó a un criado. Cuando él salió a la calle, andando con dificultad, los golpes habían cesado y el visitante se había ido. Seguramente el huésped la consideró una dormilona y partió, desanimado. ¿De quién pudo

tratarse? Probablemente, de alguien como ella. El criado, tras dar una vuelta por la calle, regresó y le dijo que lo había soñado.

—Incluso de noche nuestra señora vive agitada... —se quejó el hombre, antes de regresar al lecho—. ¡Detesto las personas inquietas!

La dama se levantó y vio el cielo brumoso. Cuando llegó la mañana, puso por escrito sus pensamientos desordenadamente, y, mientras lo hacía, le llegó una carta.

En la noche otoñal
la pálida luna empezaba a borrarse,
cuando yo me aparté
de la puerta cerrada.

Por fuerza la tenía por una mujer decepcionante, pero la dama se sentía feliz pensando que él nunca dejaba de asociarla con el cambio de las estaciones y acudía a su puerta siempre que el cielo le invitaba a ello, de modo que dobló las notas que acababa de pergeñar y las envió a su alteza.

Las notas decían:

«Oigo los aullidos de un viento que sopla como si fuera a arrancar las últimas hojas de las ramas. El cielo se llena de nubes amenazadoras mientras la lluvia empieza a caer. Me siento terriblemente desolada...»

Antes de que el otoño acabe,
mis mangas estarán podridas de llanto,
y las lluvias diarias
del invierno
en nada podrán ya afectarlas.

«Estoy triste, pero no hablaré de ello. Del mismo modo que las hojas de los árboles y las plantas cambian de día en día, múdase el amor en el corazón del príncipe. Me imagino la desolación que traerán consigo los interminables chubascos de invierno. Los vientos sacuden las hojas de un modo que da lástima, las gotas de agua sobre las hojas pueden desvanecerse en cualquier momento, como mi vida...»

«Contemplar las hojas me hace pensar extrañamente en mi propia desolación. No puedo entrar en casa y permanezco echada en la galería. Quizás el final no esté lejos... Me produce un vago enfado el hecho de que los demás duerman confortablemente y no sean capaces de compadecerme. Acabo de oír el chillido lejano de un pato silvestre.^[58] A otras nada les diré, pero yo no puedo soportarlo.»

¡Ay, cuántas noches
de insomnio!
Sólo las voces
de los patos silvestres...

«No quiero pasar el tiempo así. Abriré la ventana y contemplaré cómo la luna declina hacia el

horizonte occidental. Parece distante y casi transparente. La bruma cubre la tierra. El toque de la campana matutina me llega con el canto de los gallos... Este momento es irrepetible... Incluso el color de mis mangas me parece nuevo...»

Alguien con los mismos pensamientos

puede estar contemplando

la pálida luna matutina

en el mes de las largas noches...^[59]

No hay visión más desoladora...

«Llaman a la puerta. ¿Qué significará? ¿Quién pasa sus noches con pensamientos como los míos?»

Hay alguien

con mis mismos pensamientos

que también se interroga sobre la luna matutina...

¡Pero no sé cómo hallarlo!

Había decidido enviar a su alteza sólo el último poema, pero cuando supo que había acudido él en persona, se los envió todos. En cuanto el príncipe los hubo leído, pensó que su visita no había sido en vano, si ella también estaba despierta y afligida. Escribió de prisa y la carta fue entregada a la dama, que se hallaba a la sazón con la mirada perdida en el vacío. He aquí sus respuestas a cada uno de los poemas de la dama:

Al primero:

Piensa que sólo

están húmedas sus mangas...

Pero las de otro se han podrido ya...

Al segundo:

Gotas de rocío a punto de evaporarse, olvidadas de sí mismas, se posan sobre los pétalos, de la flor del crisantemo^[60] que tanto dura...

Al tercero:

Las voces que profieren

los patos silvestres entre las nubes

te quitan el sueño.

Pero la tristeza

proviene de tu propio corazón.

Al cuarto:

Cabe que existan
pensamientos como los míos,
si hay otro
que también contempla el cielo
de la luna matutina.

Al quinto:

Aunque no pudimos
hacerlo juntos,
tú también estabas contemplando la luna
y pensabas que yo acudiría
aquella mañana a verte... ¡Ay!

«¿Por qué no se abrió la puerta?»

La dama pensó que no le había enviado sus notas en vano. A fin de mes recibió otra carta del príncipe. Tras excusarse por sus ausencias de los últimos tiempos, le decía:

«Voy a preguntarte algo extraño. Hay una dama con la que he intimado en secreto y que está a punto de partir a una provincia lejana. Quisiera enviarle un poema que le dejara una huella indeleble en el corazón. Nada de lo que tú escribes me deja indiferente. Por favor, escribe este poema por mí.»

La dama era demasiado altiva para aprobar sus deseos, pero le pareció impropio rehusar, y le escribió:

«¿Cómo quieres que te complazca?»

Y éste fue su poema:

Tu imagen permanecerá
entre lágrimas de añoranza
mucho tiempo después
de que el otoño haya pasado.

«Resulta muy duro escribir una carta emotiva en tu lugar.»

Y al margen escribió:

¿Adonde irá
dejándote atrás?
En cuanto a mí,
no hay vida
lejos de ti.

El príncipe le escribió a su vez:

«Tan sólo puedo decirte que el poema es magnífico, aunque no puedo afirmar que hayas interpretado mis sentimientos. Me abandona y parte lejos.»

Así sea.

Permíteme que piense en ti,
la incomparable.

No hay otra
para mí.

«Gracias a ti seguiré viviendo...»

* * *

Llegó el décimo mes,^[61] y ya habían pasado más de diez días cuando el príncipe fue a visitarla.

—La habitación está demasiado oscura y me inquieta... —dijo—. Deja que me siente en la galería.

El hombre la llenó de frases tiernas, y ella se sintió muy complacida. No había luna y la lluvia caía sobre el techo. La escena armonizaba a la perfección con los sentimientos de la pareja. De todos modos, el corazón de la dama había sido presa de emociones contradictorias. El príncipe se dio cuenta y pensó: «¿Cómo es posible que la gente la calumnie tanto? Se pasa la vida sola y penando...». La compadeció y la sorprendió (en aquel momento la dama se sostenía la frente con la mano, muy afligida) recitándole este poema:

No se trata de la lluvia que cae
ni del rocío matinal,
pero aquí está
con las mangas húmedas
sobre la almohada del reposabrazos...^[62]

La emoción se apoderó de ella y no pudo responder, pero él vio los destellos de sus lágrimas a la luz de la luna. Conmovido, le dijo:

—¿Por qué no me hablas? ¿Tanto te han desagradado mis palabras?

—No sé por qué —repuso ella—, pero siento que mi corazón está angustiado, aunque tus palabras aún resuenan en mis oídos. Nunca olvidaré tu poema de las mangas húmedas sobre la almohada del reposabrazos...

Así pasaron la noche, y el príncipe se dio cuenta de que ella no tenía otro amante. ¡Cuánto lamentó tener que abandonarla al rayar el día! Al llegar a palacio le envió este mensaje:

«¿Cómo te encuentras hoy? ¿Se han secado tus lágrimas esta mañana?»

Y ella contestó:

Esta mañana estaban secas,
pues las mangas húmedas
sobre la almohada del reposabrazos
son ya sólo un sueño...

Al leer el poema, el príncipe sonrió. He aquí su poema:

Dices que sólo en sueños
las lágrimas humedecieron las mangas,
pero me siento incapaz de secar
las de la almohada del reposabrazos...

«Jamás he experimentado un dolor tan dulce en una noche de otoño. ¿Será cosa de la estación?»

* * *

A partir de entonces, él ya no pudo vivir sin verla. Al tratarla con mayor asiduidad, comprendió que no era una mujer infiel, y la situación de desamparo en que vivía le hirió el corazón. En cierta ocasión le dijo:

—Aunque vivas sola, yo no te olvidaré jamás, pero preferiría que vinieras a vivir conmigo a palacio. Todos esos rumores que te calumnian se explican porque vives sin compañía, pero debo reconocer que jamás he topado con hombre alguno en tu casa: ¿será porque te visito poco? Otros, en cambio, cuentan cosas sobre ti que te dejan en muy mal lugar. No te extrañe, pues, que me sintiera el más desgraciado de los hombres el día que hallé tu puerta cerrada. Considerando tu soledad, a veces he decidido pedirte que vengas a vivir conmigo, pero hasta ahora me he resistido a decírtelo por temor a que pienses que he prestado oídos a todas esas habladurías. Nuestra relación no puede continuar así, pues lo que hoy es únicamente un rumor, mañana puede ser verdad, y temo que al fin te conviertas en algo tan inalcanzable como la luna del cielo. Si de veras te sientes sola, ven a vivir conmigo, te lo ruego. Hay mucha gente viviendo en palacio, pero te sentirás cómoda. Como mis relaciones con la princesa^[63] distan mucho de ser felices, estoy muy poco tiempo con ella, y paso la vida solo, entregado a las devociones. Mi soledad se vería muy aliviada si pudiera hablar contigo, pues nuestras almas se entienden muy bien.

Ella no se sentía inclinada a hacerle caso y nunca le había hablado del amor que le inspirara su hermano, el príncipe difunto. Pero carecía de un refugio entre montañas en que poder ocultarse y escapar de las tribulaciones del mundo, y su existencia era como una noche sin fin. Muchos hombres la habían deseado —de aquí procedían todos los rumores que la manchaban—, pero ninguno le inspiraba confianza, salvo el príncipe. Lo cierto es que, a pesar de todo, se sentía tentada a seguirlo.

Pensó: «Tiene una esposa, pero él vive en un pabellón aparte, y allí su nodriza se encarga de que nada le falte. Pero si exhibo mi amor y me enorgullezco de él, seré muy criticada. ¡Ojalá pudiera ocultarme a los ojos del mundo!».

—Aunque me visitas muy poco —dijo al príncipe—, tus visitas son la mejor medicina para mi corazón. Sea como fuere, me doblegaré a todos tus deseos. Pero ten en cuenta que ya están circulando cosas muy feas sobre ambos. ¡Si nuestra relación se consolida, debemos esperar lo peor!

—Será sobre mí que se dirán palabras duras, no sobre ti —dijo él—. Té encontraré una casita retirada, para que podamos hablar tranquilamente.

La colmó de promesas y partió cuando todavía era negra noche: la puerta que daba a la calle seguía abierta a propósito para dejarlo salir.

La dama pensó, muy agitada: «Si continúo viviendo sola, se me seguirá respetando, pero si le acompaño a palacio y luego me abandona, todos se reirán de mí».

Al poco de haberse retirado, le llegó este poema:

Recorrí el sendero

cuando la noche empezaba a iluminarse...

Las mangas sobre la almohada del reposabrazos

chorreaban aún...

Al ver que no había olvidado el poema de las mangas, ella se alegró y le respondió:

Tus mangas están húmedas del rocío

que cubre la hierba

del sendero matutino.

Las mías también están húmedas,

pero no precisamente de rocío.

La noche siguiente la luna brilló inusualmente radiante. En todas partes había gente que la contemplaba. A la mañana siguiente, el príncipe quiso enviarle un poema, y esperó al paje para que se lo llevara. La dama había observado la blancura de la escarcha y le escribió:

Había escarcha en las mangas

sobre la almohada de mi reposabrazos...

Y, de pronto, esta mañana

todo el mundo aparece blanco de escarcha...

El príncipe lamentó que la dama se le hubiera anticipado. Se dijo: «Pasé la noche pensando en la amada y la escarcha...».

Entonces se presentó el paje y el príncipe le dijo, de mal humor, mientras le entregaba la carta:

—Ya me ha llegado su mensaje. ¿Por qué no has venido antes?

El paje voló al encuentro de la dama, y le dijo:

—El príncipe me había llamado antes de que llegase tu mensajero, pero me entretuve, y ahora está furioso conmigo.

La dama leyó la carta:

«La luna de la pasada noche fue radiante...»

En una mañana escarchada

espero,

insensible al desaliento,

a alguien

que sé que no vendrá.

Su carta no parecía inspirada en la de la dama, y ella se alegró al ver sus sentimientos reflejados en los del príncipe. He aquí su poema:

No dormí en toda la noche
contemplando la luna,
y al amanecer
todo está blanco de escarcha...

«Estás furioso con tu paje. Lo siente mucho y le compadezco.»

El sol de la mañana
resplandece al reflejarse en la escarcha,
y, al igual que el sol,
tu rostro inolvidable.

Pasaron dos o tres días sin que le llegaran noticias de él, pero ella no olvidaba su promesa, y se sentía esperanzada. Con todo, la ansiedad no la dejaba dormir. Un día, estando aún en el lecho, oyó llamar a la puerta. «¿Quién puede ser?», se dijo, y envió un criado a preguntar. Le traían una carta del príncipe. Se extrañó de la hora y se preguntó si el príncipe tenía conocimiento de sus emociones. Abrió la ventana y leyó la carta a la luz de la luna:

¿Ves cómo amanece
y que sobre las cumbres de las montañas
luce
con resplandor sereno
la luna de la noche de otoño?

El puente que atravesaba el estanque del jardín destacaba a la luz de la luna. La puerta estaba cerrada y, pensando en el mensajero que esperaba en la calle, se apresuró a responder:

Amanece y no puedo dormir.
Pero estoy soñando sueños,
y, como me encantan,
no veo la luna.

El príncipe creyó entender la respuesta, y decidió que sería maravilloso tenerla a su lado para que hiciera realidad todos sus caprichos. Dos días después se presentó delante de su casa en un palanquín de mujer. Era la primera vez que iba a verla a la luz del día.^[64] Ella, pensando que resultaría poco gentil ocultarse, salió a la entrada a recibirle. El príncipe se excusó por su ausencia de los últimos días y dijo:

—Decídate deprisa sobre la proposición que te hice el otro día. Esos paseos me angustian, pero aún me siento más angustiado cuando no te veo. ¡Qué horrible resulta a veces este mundo absurdo!

Ella repuso:

—Desearía obedecerte, pero me preocupa cuál va a ser mi suerte, sobre todo si pienso que algún día me repudiarás.

Dijo él:

—Pruébalo. Y piensa que en el futuro te visitaré muy poco.

Y se fue. Junto al seto crecía un espléndido *mayumi*,^[65] y el príncipe, apoyándose en la balaustrada, recitó:

Nuestras palabras son como sus hojas,
que cada vez adquieren
un tono púrpura más fuerte...

Y ella completó las sílabas que faltaban del poema:^[66]

Aunque son sólo las perlas del rocío
las causantes del cambio de tonalidad...^[67]

La respuesta gustó al príncipe y se admiró de su buen gusto. Estaba elegantísimo, y las ropas que asomaban por debajo de la casaca eran exquisitas. Los ojos de la dama se sintieron cautivados, pero se riñó severamente juzgándose demasiado frívola.^[68] nuestro cristal), las persianas de bambú y las cortinas del kichó portátil, una penumbra que favorecía a las poco agraciadas, pero que indudablemente «deslucía» a las auténticas bellezas.

Al día siguiente, el príncipe le escribió:

«Ayer lamenté ponerte en una situación tan embarazosa, pero me sentí más atraído hacia ti que nunca.»

Y ella repuso:

La diosa del monte Katuragi
se hubiese sentido como yo...
¿Cómo iba a detenerme,
aunque no llegó a haber puentes
en el monte Katuragi...?^[69]

A partir de este día, sus visitas se hicieron más frecuentes para alegría de la dama. Pero sus viejos amigos seguían escribiéndole y visitándola, de modo que decidió ir al palacio del príncipe inmediatamente para evitar que ocurriera alguna desgracia, pero su corazón ansioso no cesaba de agitarse.

Un día él le envió un mensaje que decía:

«Los arces de la montaña están preciosos. ¡Ea! ¡Vayamos juntos a admirarlos!»

Ella contestó:

«Te acompañaré muy gustosamente.»

Pero en cuanto llegó el día fijado, su alteza le escribió:

«Hoy debo encerrarme para asistir a un servicio religioso.»

Aquella noche se desencadenó una gran tempestad y todos los árboles perdieron las hojas. Al despertar, la dama escribió al príncipe diciéndole cuánto sentía no haberlo acompañado el día anterior.

Él respondió:

En el mes sin dioses^[70] hubo una gran tormenta...

Hoy sueño un sueño

y me pregunto si la tormenta

no tuvo lugar en mi corazón.

Ella repuso:

¿Fue una tormenta con lluvia?

¡Cuán húmedas están mis mangas!

No puedo hablar,

pero medito mucho...

«La tormenta ha acabado con las hojas de los arces. ¡Ojalá hubiésemos ido ayer a la montaña!»

Su alteza replicó:

«¡Ojalá hubiéramos ido a ver las hojas de los arces, porque esta mañana de nada sirve pensar en ellas!»

Y al margen escribió este poema:

Aunque pienso

que ya no quedan hojas de arce en las ramas,

tal vez podamos

ir a admirar las que aún están en el suelo...

Y ella contestó:

Si los árboles de hoja perenne^[71] de algunas montañas

se tornaran rojos,

quizás podríamos ir a contemplarlos

con el corazón tranquilo,

muy tranquilo.

«Mi poema te hará reír...»

Llegó la noche y el príncipe la visitó. Como la casa de la dama se hallaba en una dirección nefasta,^[72] fue a sacarla de ella.

—Durante los próximos cuarenta y nueve días —dijo su alteza—, habitaré en casa de mi primo, que es teniente-general del tercer rango, para evitar la dirección nefasta de mi propia casa. Resulta embarazoso llevarte a este lugar que no conoces...

Pero al fin hizo acopio de coraje y la llevó allí. Pusieron el palanquín bajo cubierto y el príncipe salió de él, dejándola sola. Cuando todos los habitantes de la casa estuvieron dormidos, la fue a buscar y hablaron de muchas cosas. Los guardias, llenos de curiosidad, marchaban arriba y abajo por el patio, mientras Ukon no Zo y el paje no se apartaban del príncipe. Su amor hacia ella era tan intenso que todo el pasado dejó de importarle. En cuanto amaneció, la devolvió a su casa, y

regresó a la de su primo antes de que la gente se despertara.

* * *

La dama no podía seguir resistiéndose al deseo de su alteza ni tratarlo por más tiempo con una indiferencia más fingida que real. Decidió, pues, ir a vivir con él, y, aunque no pocos se lo desaconsejaron, no les hizo caso. Como había sido desgraciada, quiso probar un cambio de suerte, pero en cuanto se puso a pensar en su papel en la corte, volvió a dudar y se dijo: «En el fondo no es lo que yo deseo. Preferiría una vida religiosa retirada lejos de las inquietudes del mundo. ¿Qué voy a hacer el día que se harte de mí? La gente se reirá de mi ingenuidad... ¿Y si continuo viviendo como hasta ahora, confiando en el respaldo de mis padres y hermanos...? Así podré cuidar de mi hija,^[73] que ahora parece un obstáculo».

Un día llegó una carta del príncipe que decía:

«Fui un necio al creer en ti.»

Pocas palabras, pues, acompañadas de un viejo poema:

Me eres infiel,
pero no me quejo.
Como el mar silencioso,
profundo es el odio
de mi corazón.

Aquella carta partió el corazón de la dama. Corrían muchos rumores sobre ella, a cuál más fantástico, pero estaba convencida de que en nada podían perjudicarla. ¡De modo que alguien la había calumniado, creyendo que estaba a punto de ceder a los deseos de su alteza e ir a vivir a palacio! Se sentía desolada, pero no podía escribirle. Si pensaba en qué historias podían haber llegado a oídos del príncipe, moría de vergüenza. Al ver que no daba explicaciones, su alteza volvió a escribirle:

«¿Por qué no me contestas? Ahora sí creo en los rumores. ¡Cuán rápidamente cambia tu corazón! Escuché algo a lo que no di crédito, y te escribí para que lo desmintieras.»

Aquellas palabras aligeraron el corazón de la dama. Quería saber qué le habían contado y de pronto deseó volver a verlo cuanto antes.

«¡Ojalá pudieras acudir a mi lado al instante! Me estoy fundiendo en deseos de verte, pero no puedo ir porque estoy manchada por la calumnia.»

El príncipe le contestó:

«Las calumnias te asustan demasiado, y creo saber por qué. Estoy furioso...»

La dama pensó que bromeaba y repuso:

«No puedo evitarlo... Ven de todos modos.»

Y él le escribió:

«Me digo a mí mismo: «No sospeches, no seas rencoroso», pero mi corazón no se pliega a mis deseos.»

Ella contestó:

«Tu hostilidad no cesará nunca... Me fío de ti, pero sospecho de tu fidelidad...»

Por la noche, el príncipe se presentó y dijo:

—Te escribí sin creer en los rumores. Si no quieres que proliferen, sígueme a palacio.

Ella respondió:

—Llévame, pues.

Pero al alba el príncipe regresó solo a su casa. Seguía escribiéndole sin parar, pero la visitaba muy poco. Un día se desencadenó una terrible tormenta, y el príncipe no mandó a preguntar por ella. La dama pensó que su alteza no se compadecía de su soledad y le escribió a última hora de la tarde:

La estación de la escarcha

es muy triste.

El viento de otoño

sopla con furia,

y las cañas de bambú no cesan de suspirar.

He aquí la respuesta del príncipe:

La caña solitaria

que sólo yo recuerdo,

¡cómo debe de gemir

a merced de la rabia del viento!

«Me avergüenza confesar cuánto pienso en ti...»

La dama se sintió muy complacida. El príncipe le envió su palanquín diciéndole que se dirigía a un encuentro secreto para evitar la dirección nefasta que afectaba a su propia mansión. La dama subió a él, decidida a plegarse a todos sus deseos. Hablaron tranquilamente durante muchos días y noches seguidos, y ella se tranquilizó. Al fin accedió a vivir en su palacio, pero cuando concluyó la necesidad de evitar la dirección nefasta, regresó a su propia casa. Allí no paraba de pensar en él y le envió este poema:

En esta hora de anhelos

la memoria me trae a la cabeza

recuerdos de los días pasados,

y en cada uno de ellos

hallo menos pena que en el anterior.

Y él le contestó:

Con el paso de los días
fueron disminuyendo las penas del amor,
pero ¿cómo recuperar
esos días que ya se desvanecieron?

«Sólo conozco un remedio. Acude a mi lado.»

Ella se mostraba aún cautelosa, y le costaba decidirse. Pasó muchos días meditando. Poco a poco las hojas rojas y doradas de otoño fueron cayendo, pero el cielo lucía aún claro y brillante. Un día, mientras el sol se ponía, se sintió infinitamente sola y le escribió:

Pensar en ti
me consuela.
Pero al morir la tarde
regresa la tristeza.

Él repuso:

Todos estamos tristes
al morir el día.
¿Estás tú más triste que los demás?
Espérame...

«Te compadezco y corro a tu lado.»

Al día siguiente, la escarcha estaba blanquísima. Su alteza mandó a preguntar por ella, y la dama le contestó con este poema:

No pasé la noche
entregada al reposo.
Pero la blanca mañana
me trajo su propio encanto
incomparable.

La respuesta del príncipe fue muy gentil, y añadió:

Pensar en solitario
no es vida.
Si estabas pensando
lo mismo que yo...

Y ella contestó:

Tú eres tú
y yo soy yo.
Pero entre tu corazón y el mío
no cabe un alfiler.
No hagas distinciones.

La dama se resfrió, pero no fue grave. El príncipe se interesó por su salud, y al fin ella le

escribió:

«Estoy algo mejor. El hilo de mi vida se adelgazó y pareció que se iba a romper, pero tengo demasiadas ganas de seguir viviendo gracias a ti. ¿Será porque tengo demasiados pecados encima?»

Él le contestó:

Me alegra saberlo:
el hilo de tu vida
no es fácil de romper
porque está asegurado
con prendas de afecto duradero.

El fin del año estaba al caer. El primer día del undécimo mes amaneció como un día de primavera, pero a la mañana siguiente nevó. El príncipe envió un poema:

Desde los tiempos de los dioses^[74]
viene nevando.
Es cosa sabida.
Pero la nieve de esta mañana
parece más fresca que nunca.

Y ella respondió:

¡Las primeras nieves!
Os veo todos los inviernos,
eternamente jóvenes,
pero mi rostro
envejece con cada invierno.

Durante algunos días se intercambiaron poemas triviales como los anteriores. Él le escribió:

«Estoy impaciente por verte y estaba a punto de salir a visitarte, pero se han presentado unos amigos a componer poemas conmigo.»

Y ella repuso:

¿No has tenido tiempo
de venir a mí?
Entonces tendré que ir yo.
¡Ojalá conociera
el arte de componer poemas!

El príncipe se sintió complacido, y escribió:

«Acude a mi casa. Este es el buen camino, y así nos veremos cuanto queramos.»

Aquella noche la visitó, y hablaron de muchas cosas.

—¿Te entristecería —dijo él— que yo abandonara mi casa y tomara los hábitos?

Se expresó lleno de pesadumbre, y ella se preguntó cómo había podido entrar aquella idea en su cabeza. ¿Hablaban en serio o no? La dama se puso a llorar, con el alma embargada por la melancolía. Fuera llovía y nevaba. No durmieron en toda la noche, sino que la pasaron hablando de cosas íntimas, olvidados del mundo exterior. Ella percibió que el amor del príncipe era mucho más profundo de lo que sospechaba. Todos y cada uno de sus sentimientos y emociones tenían su reflejo en los de él. Pensó en llevar adelante el que fuera su primer propósito y hacerse monja. Tomó la decisión en su interior, pero no dijo nada. Al comprobar su tristeza, su alteza recitó:

El deseo momentáneo de un par de amantes
nos ha tenido despiertos
la noche entera...

Y ella completó el poema:

Ellos lloraban,
mientras fuera llovía.

Por la mañana, su alteza se puso a hablar de temas más alegres^ regresó a su casa. Aunque ella no estaba ya tan segura de su propósito de tomar el hábito, seguía dando vueltas a la idea para consolarse en su soledad. Cada vez más confusa, se lo hizo saber al príncipe:

Despierta,
me cuesta decidirme.
¡Ojalá lo que hablamos ayer
fueran sólo sueños!

Y al margen de la carta pergeñó:

Nos hicimos nuestras promesas tan en serio...
Pero esos votos deben ceder
ante el destino común
de un mundo en perpetuo cambio...

«Lloro de pensarlo...»

Al leerlo, el príncipe contestó:

«Quería ser el primero en escribir...»

No quiero pensar que fuera real...
Aquellas tristes reflexiones
sólo fueron sueños
soñados en una noche de sueños...

«Quisiera que tú pensaras lo mismo... Te obsesionas demasiado por naderías...»

Tan sólo la vida es insegura...

Ignoramos cómo acabará.

Pero nuestros votos permanecerán

mientras se mantengan en pie los pinos de Suminoye.^[75]

«¡Amada mía! Te hablé de lo que no deseaba.^[76] Me tomaste demasiado al pie de la letra. Lo siento mucho.»

Pero la dama no podía quitarse de la cabeza aquel triste propósito y se sentía desolada. Un día estaba a punto de salir de casa cuando le llegó una carta del príncipe:

Oh, mi deseo de entrar en religión
no ha cesado del todo,
aunque ayer admiré
un clavel japonés
creciendo en el seto
de una casita en la montaña...^[77]

El poema causó dolor a la dama, pero repuso:

Si amas,
ve a verlo.
Ni siquiera los mil dioses
serán un obstáculo
para los que siguen el camino de Buda.

El poema de la dama le hizo sonreír. Como había estado leyendo sutras en los últimos días, le envió estos versos:

Los dioses no han prohibido
el camino del encuentro,
pero estoy sentado
en el sitio de la Ley^[78]
y no puedo abandonarlo.

Ella contestó:

Entonces seré yo
quien venga a buscarte.
Haz que el sitio
sea un poco más ancho
para que quepamos los dos.

Un día nevó muchísimo, y él le envió una carta atada a una rama cubierta de nieve:

Cae la nieve,
pero en las ramas
las flores del ciruelo apuntan ya,
aunque la primavera
no ha llegado aún.

Ella no se lo esperaba y escribió a su vez:

Pensando que las flores del ciruelo
estaban en su apogeo,
quebré una rama
y la nieve se esparció
como blancos pétalos...

A la mañana siguiente, él envió este poema:

En las noches de invierno
los amantes no duermen.
Tendidos en una cama solitaria,
amanece despacio
pero sus párpados no se han cerrado.

Ella contestó:

¿Puede ser cierto?
En las noches de invierno
lágrimas escarchadas nos sellan los ojos
y la medianoche sólo trae penas consigo...
Yo sigo esperando la aurora desesperanzadamente...

El príncipe le escribió sin ambages:

«Creo que no puedo seguir viviendo en este mundo...»

Y ella contestó:

No me importa
hablar de esas cosas,
pues me recuerdan
días mejores...

Este fue el poema de su alteza:

No podría existir ni un solo instante
en un mundo donde las penas
se siguen unas a otras como los nudos
de una caña de bambú...

El príncipe se había estado preguntando en qué lugar podía ocultarla, pues pensaba: «No está acostumbrada a la vida de palacio y se sentiría muy incómoda. En cuanto a mí, se me criticaría mucho. Mejor será que vaya personalmente a por ella y la traiga como mi azafata».

* * *

La noche decimoctava del último mes fue a visitarla. La luna brillaba radiante. Como de costumbre, le dijo: «Ven, por favor...», y ella pensó que era sólo para una noche. Pero cuando estuvo sola en el palanquín, le dijo:

—Trae contigo una sirvienta. Si quieres, podremos hablar tranquilamente mañana y también pasado mañana...

Nunca antes le había hablado así, y ella, adivinando sus intenciones, se llevó a su sirvienta. No fueron a la misma casa de anteriores salidas. En cuanto llegó a su nueva mansión, la esperaba un aposento delicadamente adornado para recibirla.

—Vivirás aquí —le dijo—, y puedes tener varias sirvientas.

La dama estaba segura de haberlo entendido y tuvo por una suerte haber sido transportada con tanta discreción. La gente se asombraría cuando supieran que había ido a vivir a palacio sin que nadie se enterara. En cuanto amaneció, envió a sus mujeres a buscar su caja de peines y otros objetos personales. El príncipe abandonó el aposento con las ventanas aún cerradas. Al reconsiderar el lugar al que la había llevado, no le pareció malo, pero sí incómodo.

—Es mi deseo que vivas en el pabellón del norte —le dijo—. Este aposento está demasiado cerca de la Sala de las Audiencias, y corremos el riesgo de que te descubran.

Al enterarse de donde se hallaba, ella se encerró y se puso a escuchar sin hacer ruido. Durante el día se presentaron cortesanos del ex emperador^[79] a visitar a su alteza. Él le preguntó:

—¿Cómo te sientes aquí? ¿Quieres quedarte? Temía que te desagradaría estar a mi lado.

—Yo también lo temía —dijo ella.

—A decir verdad, ándate con cuidado mientras no esté contigo —le dijo él—. Es posible que algún impertinente quiera observarte... Dentro de unos días pasarás a ocupar los aposentos de mi nodriza y allí estarás segura.

Tres días después se trasladó al ala norte de palacio para asombro de sus habitantes, que corrieron a informar a la princesa.

—Incluso prescindiendo de este último agravio, me he sentido profundamente maltratada —dijo la esposa del príncipe—. Tengo entendido que la mujer en cuestión es de muy baja estofa... ¡Su alteza se ha saltado todas las reglas!

Estaba furiosa porque su marido no le había dicho nada. El secretismo del hombre le parecía imperdonable, y se sentía desconsolada. Su esposo la compadecía y trataba de pasar más tiempo a su lado, pero ella le dijo, llorando:

—Estoy harta de oír rumores y he acabado por odiar toda clase de visitas... ¿Por qué no me lo contaste antes? No me hubiese opuesto, pero no voy a tolerar que me trates como a una mujer sin importancia. Si pienso que toda la corte se está riendo de mí, me muero de vergüenza...

—La traje aquí sólo en calidad de azafata —se excusó él—, pensando que lo aprobarías. Tú estás furiosa conmigo, pero todavía me odia más tu hermano, el teniente-general. Te repito que la he traído únicamente para que me peine, y también te peinará a ti, si así lo deseas.

Aquellas palabras no amansaron la cólera de la princesa, pero prefirió callar.

Pasaron los días y la dama se acostumbró a la vida de la corte. Peinaba al príncipe y le servía en cuanto podía. Como su alteza no le permitía retirarse a su aposento particular y quería tenerla siempre a su lado, las visitas a su esposa fueron cada vez más raras y la princesa estaba muy dolida. El año acabó y el primer día del año siguiente todos los cortesanos se presentaron en palacio para felicitar al emperador. También estaba el príncipe. Aunque era el más joven y hermoso de todos, la dama se sentía avergonzada de estar allí. Las azafatas de la esposa salieron de su pabellón a contemplar el desfile, pero lo que de veras querían ver era la nueva concubina de su alteza, de manera que la curiosidad enfermiza de aquellas mujeres dio lugar a un triste espectáculo.

Al caer la noche, cuando la ceremonia hubo concluido, su alteza regresó a sus aposentos y, con él, casi todos los nobles de la corte, con ánimo de divertirse. Entre todos montaron un banquete muy alegre, y la dama también disfrutó lo suyo, sobre todo en comparación con los días solitarios pasados en su casa.

Un día el príncipe se dio cuenta de que incluso los criados más insignificantes hablaban mal de su dama, y, achacándolo a los celos de su esposa, dejó de visitarla por completo. La dama compadecía a la princesa, pero no sabía qué hacer por ella. De momento se quedó donde estaba, esperando órdenes de su alteza.

La hermana mayor de la princesa estaba casada con el heredero aparente y por aquel entonces se hallaba en casa de sus padres. Un día escribió a su hermana menor:

«¿Cómo te encuentras? He oído algo de lo que la gente anda murmurando últimamente. ¿Debo darle crédito? Yo también me siento profundamente humillada... Ven a nuestra mansión durante la noche.»

La princesa era incapaz de consolarse: ¡cuánta gente pasaba la vida murmurando! Contestó a su hermana:

«He recibido tu carta. Mi vida junto a mi esposo ha sido muy infeliz, y hemos llegado a una situación insostenible. De momento, pienso volver a casa una temporada, donde ver a la princesita^[80] me reconfortará... Envía a alguien a reclamarme, pues no puedo partir cuando me dé la gana. Él no lo toleraría.»

A continuación se puso a empaquetar sus cosas procurando ocultar aquéllas que no quería que vieran los demás. Dijo:

—Voy a casa de mis padres a pasar unos días, pues, si permanezco en palacio, mi esposo se sentirá incómodo y no me visitará. Resulta muy doloroso para ambos...

La gente le decía:

—Todos comentan lo mismo y no paran de reír. ¡Salió a buscarla en persona! Realmente es una belleza espectacular... Vive en el ala de las damas, en los aposentos que ocupara su nodriza... Y acude a los del príncipe tres o cuatro veces al día... ¡Haces muy bien castigándolo! Vete sin despedirte...

Todos odiaban a la dama, pero el príncipe la compadecía. Imaginaba qué estaba a punto de hacer su esposa y vio que sus temores se materializaban cuando se presentaron los hijos de su cuñado a buscarla. Una azafata dijo al chambelán:

—La princesa ha cogido objetos importantes y está a punto de partir.

El hombre, angustiado, fue al encuentro del príncipe y le dijo:

—¡La princesa se va! ¡La princesa se va! ¿Qué pensará el heredero aparente? Corre a consolarla...

La dama sufría mucho al ver lo que estaba ocurriendo, pero, no sabiendo qué decir, se mantuvo en silencio. Le hubiera gustado abandonar aquel lugar tan desagradable, pero no sabía adonde ir. De todos modos, estaba segura de que, si permanecía en palacio, nunca hallaría el anhelado reposo. Mientras tanto, el príncipe fue al encuentro de su esposa, que le saludó como si nada hubiese ocurrido:

—¿Es cierto que vas a irte a casa de tu hermana mayor? ¿Por qué no me has pedido el palanquín?

—Ha ocurrido algo y debo hacer acto de presencia. Han enviado mensajeros a por mí.

No dijo nada más. A partir de entonces, tanto sus palabras y cartas como las de su hermana dejaban traslucir un profundo enojo.

II.
MURASAKI SHIKIBU

Diario^[81]

(1007-1010)

A medida que el otoño avanza, el palacio de Tsuchi-mikado^[83] gana en hermosura. Las copas de los árboles que rodean el lago y el césped y los arbustos junto al arroyo parecen teñidos de diversos colores que la luz del crepúsculo intensifica, subrayando las voces impresionantes de los que recitan^[84] plegarias sin cesar. Corre una brisa fresca y durante toda la noche la canción infinita del arroyo se confunde con el murmullo de las lecturas sagradas.

Su majestad imperial^[85] procura disimular sus sufrimientos mientras finge prestar atención a la chachara de sus azafatas. No voy a extenderme sobre sus méritos, pues no hay palabras capaces de describirlos. Sólo anotaré cuánto me asombra que haya sido capaz de aliviar mis penas, haciéndome olvidar las miserias de este mundo. A la vista de esos efectos tan sumamente beneficiosos que he experimentado junto a ella, sólo me resta exclamar: ¡ojalá hubiese entrado a su servicio mucho antes!^[86]

* * *

Aún es de noche, la luna ha desaparecido detrás de las nubes y las tinieblas reinan todavía sobre las copas de los árboles, pero ya se oyen voces que repiten: «¡Levantad las persianas del aposento de su majestad!», «Pero si las criadas aún duermen...», «¡Levantadlas de una vez!». Súbitamente, los gongs quiebran el silencio nocturno y comienza en cinco altares el servicio dedicado a los Reyes Místicos.^[87] Las voces ondulantes de los acólitos, que rivalizan en litúrgico entusiasmo, resuenan por doquier, llenas de fervor y solemnidad. Se presenta, procedente del ala oriental, el abad del templo de Kannon-in, acompañado de veinte bonzos, para proceder a los ensalmos, y bajo sus pies resuena sordamente el suelo de tablas de madera del puente que ha de atravesar de un modo que no había oído nunca antes. Se diría que cada uno de sus pasos tiene algo de sagrado. Tan fascinada estoy que casi no me doy cuenta de que el prior del templo de Hoji se dirige al pabellón de los Establos y el del templo de Henji a la biblioteca, desplazándose ambos, vestidos de blanco inmaculado, bajo los árboles copudos y cruzando los magníficos puentes chinos que adornan el jardín. También está allí el maestro Saigi, y se prosterna ante la imagen de Daiitoku. Con la llegada de la aurora entran en escena las azafatas.

* * *

Desde mi aposento en la entrada del corredor puedo ver el jardín, envuelto en la bruma de la mañana. Las hojas están aún llenas de rocío, y su excelencia^[88] ya está paseando por allí. Manda a los hombres que limpien las aguas del arroyuelo. Arranca una rama de *ominaeshi* (al sur del corredor hay abundantes matas de esas flores doradas^[89]) y la introduce por debajo de mi cortina. Me siento confusa ante su magnificencia: acabo de levantarme y aún no me he acicalado, pero, al adivinar que sólo me está invitando a escribir un poema, me dirijo a mi escritorio y garabateo estos versos:

Contemplo

el esplendor de esos *ominaeshi*,
fruto del rocío matinal.

Rocío:

¿por qué nunca piensas en mí?

—¡Muy bien! —dice él, y, tras pedirme papel y pincel, improvisa a su vez:

El rocío matinal

tiene poco que ver con el asunto.

Son los *ominaeshi* que eligen el color
que más les place.

* * *

Una tarde tranquila, mientras estoy conversando con Saisho no Kimi,^[90] Yorimichi,^[91] hijo mayor de su excelencia, levanta un poco la persiana y se instala junto a nuestra puerta. Está muy mayor para su edad y parece muy elegante. La seriedad con que se expresa cuando habla del amor (le he oído exclamar: «¡Mujeres! Criaturas ciertamente complicadas *a veces*...») demuestra que los que lo describen como un joven sin sentimientos se equivocan. Confieso que me desconcierta. Mi compañera y yo estamos aún charlando cuando él se levanta y se aleja, murmurando que hay un exceso de *ominaeshi* en el prado^[92]... Puedo imaginarlo convertido en el héroe de una novela.

¿Cómo es posible que un incidente tan trivial como éste haya permanecido en mi memoria y otros de mayor entidad se hayan desvanecido? ¡Misterios!

* * *

No estuve presente el día que el gobernador de Harima^[93] dio un banquete para «celebrar» que había sido derrotado en el *go*.^[94] Había ido a ver a mi familia. De todos modos, cuando regresé me mostraron la bandeja que se había encargado para la ocasión: se sostenía sobre pies esculpidos en forma de flor al modo chino y, sobre el agua del paisaje en miniatura, que representaba una playa, podía leerse este poema:

Esas piezas del juego de *go*

recogidas según parece

en la playa de Shirara, en Ki...

¡ojalá pudieran convertirse en rocas formidables!

Los abanicos que entonces estaban de moda eran preciosos.^[95]

* * *

Hacia fines del octavo mes,^[96] los nobles y los dignatarios de la corte que se esperaba se trasladaron al palacio de su excelencia para quedarse.^[97] Pasaban las noches en el puente o en la galería del ala este, tocando música cuando podían. Los jóvenes que aún no habían sido iniciados en los secretos del *koto* o la flauta intentaban cantar sutras o melodías en el nuevo estilo.^[98] Parecía lo más adecuado en aquellas circunstancias.

Algunas noches Tadanobu, chambelán imperial, Tsunefusa, consejero de la izquierda, Norisada, comandante de la guardia militar y el capitán Narimasa, gobernador de Mino, se juntaban para tocar. De todos modos, nunca se dio un concierto *por todo lo alto* porque su excelencia no lo creyó oportuno: sus razones tendría. Muchos que habían abandonado la corte hacía tiempo para vivir con sus familias volvían en masa, avergonzados de su negligencia, a interesarse por la salud de su majestad imperial. Entre unos y otros, apenas nos permitían descansar de vez en cuando.

* * *

El día veintiséis concluyó la confección de las bolitas aromáticas,^[99] y su majestad las repartió entre sus mujeres. Todas las que habían tomado parte en la tarea se reunieron para la ocasión. Al regresar a mi aposento desde los de la emperatriz miré en el interior del de Saisho no Kimi, y vi que estaba durmiendo la siesta con la cabeza recostada sobre su caja-escritorio. Llevaba un atuendo formado por *uchikis* de color rojo oscuro forrados de verde y de color púrpura forrados de granate, encima de las cuales se había puesto un *uwagi* de seda brillante carmesí. El conjunto resultaba espectacular. Creyendo hallarme ante una figura de una ilustración, retiré la manga que cubría su rostro.

—¡Pareces una princesa de cuento! —le dije.

—¿Te has vuelto loca? —se puso a gritar la dama—. ¿Desde cuándo te dedicas a ir por ahí despertando a los durmientes?

Sus mejillas se tiñeron de grana, y su encanto pareció aumentar.

* * *

El día nueve Hyobo no Omoto^[100] me trajo un poco de algodón de seda impregnado del rocío de los crisantemos.^[101]

—Toma —me dijo—. La esposa de su excelencia te lo envía especialmente a ti para que borres con él los rastros de la edad. Usalo con cuidado y luego lo tiras.

Estuve a punto de devolvérselo con este poema que improvisé:

Habiendo frotado mi manga
con rocío de crisantemo,
lo restituyo a la dueña de las flores
deseándole de todo corazón
mil años de vida.

Pero cuando me di cuenta, la mensajera ya había regresado a sus aposentos. De nada serviría darle el poema, y dejé correr el asunto.

Al caer la tarde fui a los aposentos de su majestad imperial. Era una soberbia noche de luna y las damas Koshosho y Dainagon ocupaban sus puestos junto a la galería. Sus magníficas colas asomaban por debajo de las persianas. Su majestad ordenó que trajeran unas cuantas bolas de perfume y se quemaran en los pebeteros para probar la calidad del resultado. Nosotras admiramos

los encantos del jardín mostrando nuestra impaciencia por ver los colores de la viña silvestre, a punto de teñirse de rojo. La emperatriz parecía más inquieta de lo habitual, y, mientras nos disponíamos a rezar, tuve una premonición. Alguien me llamó y regresé a mi aposento para descansar un rato, pero debí de dormirme. A medianoche me desperté en medio de un gran tumulto.

* * *

El día diez, desde las primeras horas de la mañana, se procedió a cambiar las cortinas, los biombos y las ropas del aposento de su majestad,^[102] y se la instaló en un lecho de cortinajes blancos. Su excelencia, sus hijos, y una serie de cortesanos del cuarto y del quinto rango se afanaban colgando cortinas y trayendo colchones, colchas y almohadas. Durante todo el día su majestad se mostró profundamente inquieta, mientras a su alrededor reinaba la mayor confusión. Los hombres gritaban ensalmos para ahuyentar a los malos espíritus. Estaban, por descontado, los bonzos que llevaban ya tiempo alojados en palacio, pero además se había hecho acudir de templos y santuarios a todos cuantos pasaban con mayor o menor razón por ser exorcistas, y, cuando se juntaron para unir sus esfuerzos en la tarea común, pude imaginar todos los budas del universo prestando atención a sus cánticos. También fueron convocados todos los adivinos habidos y por haber... Por fuerza, los miles de millones de dioses de Japón estaban ya pendientes de lo que se anunciaba... Mientras tanto no paraban de partir mensajeros para ordenar la lectura de sutras en templos y capillas. Y así se pasó la noche.

En la galería oriental estaban las azafatas de su majestad y en la del oeste las médiums destinadas a recibir los malos espíritus, cada una de ellas encerrada tras un muro de biombos. Todos esos cubículos improvisados habían sido cerrados mediante una cortina. Delante de cada una de esas cortinas improvisadas había un exorcista orando a voz en cuello. Al sur, los abades, priores y bonzos más ilustres estaban sentados en varias filas: resultaba una experiencia terrible escuchar sus voces roncas que rezaban y gemían invocando a Fudo, Rey de la Luz Inmutable, para que hiciera acto de presencia. En el espacio que quedaba entre el aposento del norte y el dormitorio de su majestad se habían dado cita más de cuarenta personas según mis propios cálculos. De pie e incapaces de hacer el menor movimiento de apretadas que estaban, se hubiera dicho que habían caído en trance. Las damas y azafatas que aún estaban llegando de sus casas no tenían ya sitio donde meter sus anchos ropajes y larguísimas mangas. Las más ancianas trataban de ahogar sus sollozos en algún rincón.

* * *

Al amanecer del undécimo día retiraron las puertas correderas del norte que separaban dos aposentos y acercaron a su majestad a la galería. Como no hubo manera ni tiempo de instalar persianas, hubo que rodearla de *kichós*.^[103] El abad Jojo y el prior y ecónomo Kyocho, entre otros clérigos, recitaban ensalmos, mientras el reverendo Ingen leía una plegaria escrita el día anterior por su excelencia con voz solemne y cargada de emoción añadiendo algunos votos de su propia cosecha. No cabía imaginar nada más impresionante, y en cuanto su excelencia en persona se unió a las preces de los demás, parecía impensable que nada saliera mal. De todos modos, ninguno de los presentes podía reprimir una cierta sensación de angustia, y no eran pocos los que lloraban

copiosamente. Por más que algunos les repitiéramos que el llanto en aquellas circunstancias resultaba de mal augurio, no podían evitarlo y las lágrimas fluían sin cesar.

Su excelencia estimó que aquella muchedumbre no podía dejar de molestar a su majestad, de modo que echó a la mayoría de las azafatas y las obligó a refugiarse en los aposentos del sur y del este: tan sólo las más imprescindibles se quedaron junto a su señora. La esposa del ministro, Saisho no Kimi y Kura no Myobu fueron invitadas a pasar al espacio, delimitado por cortinas, donde se hallaba el lecho de la parturienta, y, detrás de ellas, el abad de Ninnaji y el limosnero mayor de Miidera. Cuando su excelencia daba órdenes, lo hacía con un vozarrón tan potente que tapaba los de los bonzos, de modo que apenas se les oía. En la parte aún libre de la galería posterior se hallaban las damas Dainagon, Koshosho, Miya no Naishi, Ben no Naishi, Tayu no Myobu y Oshikibu, esta última en funciones de portavoz de su excelencia. Llevaban muchos años al servicio de su majestad, y es lógico que estuvieran muy agitadas, pero yo misma, que había estado mucho menos tiempo a su lado, también me sentía profundamente afectada por el acontecimiento excepcional al que me tocaba asistir.

Además de las citadas, en la parte exterior de la cortina que colgaba a modo de división detrás de nosotras, «formaron», notablemente apretujadas, Nakatsukasa, Shonagon y Koshibu, nodrizas de la segunda, tercera y cuarta hijas de su excelencia respectivamente, de modo que el corredor, ya de por sí estrecho, que discurría por la parte posterior de ambas alcobas, quedó poco menos que impracticable. Había más gente rondando por allí, pero no pude distinguir sus rostros.

De vez en cuando, los hombres allí presentes echaban un vistazo detrás de las cortinas. Era lógico y natural tratándose de los hijos de su excelencia, del consejero de la derecha Kanetaka y del capitán de cuarto rango Masamichi. En cambio, no parecía tan correcto en personajes como el consejero de la izquierda Tsunefusa o el chambelán Tadanobu, de los cuales cabía esperar mayor circunspección. Sea como fuere, todos perdimos un poco la vergüenza. Allí estábamos con los ojos hinchados, nuestras cabezas llenas de arroz como si nos hubiese nevado encima^[104] y las ropas espantosamente arrugadas. Estoy segura de que dábamos asco, pero la situación tenía también su lado cómico. Al menos eso me parece ahora, al evocarla como un recuerdo más.

* * *

En cuanto raparon la cabeza de su majestad y le hicieron pronunciar los votos,^[105] nos quedamos horrorizadas: no entendíamos qué estaba ocurriendo. Pero parió felizmente. Los requisitos que siguen al parto tomaron su tiempo y, mientras tanto, todos se fueron al espacio Ubre que se extendía entre la cámara principal y la galería del sur y su balaustrada. Allí se congregaron clérigos y laicos para cantar sutras y tocar el suelo con la frente en acción de gracias.

Entre las azafatas que se encontraban en los aposentos orientales se mezclaron algunos cortesanos,^[106] y Kochujo no Kimi vino a darse de bruces nada menos que con Yorisada, primer secretario de la izquierda. Ni él ni ella sabían qué cara poner, y aquel encuentro inesperado fue motivo de risa durante meses. La dama tenía fama de destacar siempre por su elegancia y meticulosidad en el atuendo, y aquella mañana se había maquillado y arreglado como para superarse

a sí misma, pero en el momento crucial las lágrimas habían llenado de surcos su cara empolvada y sus ojos estaban rojos e hinchados de llanto: era una visión sencillamente espantosa. ¡Nadie hubiese dicho que se trataba de la misma persona! La cara de Saisho no Kimi había cambiado también considerablemente, y prefiero no pensar cómo estaba la mía. Por suerte en aquellas circunstancias muy pocos se fijaban en el aspecto que presentaban los demás.

Al acercarse el momento del parto, los malos espíritus, sintiéndose frustrados, chillaban de tal manera que se nos helaba la sangre. A cada médium se le asignó un clérigo para que la apaciguara: el maestro Shin-yo se hizo cargo de Minamoto no Kurodo, un tal Myoso de la pobre Hyoé no Kurodo, y el prior del templo de Hojuji de Ukon no Kurodo. Miya no Naishi fue confiada al maestro Chisan: este último fue derribado al suelo por los malos espíritus, y hubo que asignarle un auxiliar, el maestro Nengaku, que se puso a rezar a gritos. Y no puede decirse que ambos religiosos fueran inexpertos, sino que el demonio era de los peores. A Saisho no Kimi le tocó el exorcista Eiko, cuya voz estaba ronquísima de lo mucho que había vociferado a lo largo de la noche. No obstante, había otras mujeres que habían acudido para recibir en su interior malos espíritus que no habían sido atacadas, y se sentían terriblemente disgustadas.^[107]

A la hora del Caballo^[108] tuve al fin la impresión de que el sol de la mañana se había levantado en un cielo sin nubes. Saber que la madre y el niño se encontraban sanos y salvos nos llenaba de alegría, y en cuanto nos enteramos de que el recién nacido era un varón, nuestro gozo rayó en éxtasis. Las damas y azafatas que habían pasado el día anterior en trances continuos y que aquella mañana aún se debatían entre las nieblas otoñales fueron enviadas a sus alcobas respectivas para que pudiesen reposar. Quedaron las damas de más edad, pues parecieron las más adecuadas para atender a su majestad imperial.

Sus excelencias regresaron a sus aposentos, y desde allí hicieron repartir ofrendas a los bonzos que habían rezado y leído sutras, a los exorcistas que habían acudido en el último momento reclamados por razones de urgencia, a los médicos y a los adivinos que se habían distinguido en el ejercicio de su arte. Previamente ya habían dado las órdenes oportunas para que se preparase la ceremonia del primer baño.

Empezaron a llegar a los aposentos de las azafatas numerosos paquetes y hatillos llenos de ropas ceremoniales: una locura fastuosa de prendas bordadas al modo chino con ornamentos de nácar y madreperla, de colas de brocado de mil colores y todo lo que quepa imaginar para emperifollarse. Las mujeres fingían no darse cuenta y se afanaban maquillándose o preguntando dónde estaba cierto abanico que había sido reclamado.

Mirando desde mi aposento en el extremo del corredor pude ver al chambelán imperial Tadanobu esperando junto a la puerta. Con él estaban Yasuhira, mayordomo del príncipe heredero, y algunos nobles más. En aquel momento se presentó su excelencia y mandó que limpiaran el arroyo de las hojas que habían ido cayendo en él en los últimos días hasta obstruir su curso.^[109] Todos parecían de excelente humor. Incluso los que tenían razones particulares para estar preocupados, se olvidaron de ellas. En medio de aquella euforia general, Tadanobu parecía el más satisfecho de todos, aunque procuraba que no se le notara demasiado. Mientras tanto, Kanetaka, consejero de la

derecha, sentado en la galería del ala este, intercambiaba chanzas con el consejero supernumerario Takaie.^[110]

Trajerón la espada ceremonial de palacio. Su excelencia ordenó que el primer secretario Yorisada se encargara de anunciar el alumbramiento al emperador, pero como era el día en que este funcionario, en su calidad de representante imperial, debía partir a Ise, hubo de cumplir el mandato sin entrar en palacio. Parece que también fue generosamente obsequiado por su excelencia.

La esposa de su excelencia se encargó de cortar el cordón umbilical, y Tachibana no Sami de administrarle el primer alimento. Osaemon no Omoto fue elegida para el cargo de nodriza del recién nacido, pues lleva tiempo sirviendo a su majestad y tiene muy buen carácter. Es hija de Michitoki, gobernador de Bitchu, y esposa del quinto secretario Hironari.

El niño tomó el primer baño a la hora del Pájaro.^[111] Tal como estaba previsto, encendieron todas las antorchas y los servidores de su majestad trajeron el agua caliente. Todavía llevaban túnicas blancas sobre sus breves atuendos verdes, y la bañera y sus accesorios aparecían cubiertos con blancos paños. Habían instalado dos mesas para los recipientes. Chikamatsu, gobernador de Owari, y Nakanobu, jefe del servicio doméstico de la emperatriz, llevaban los cubos hasta las persianas, y allí los entregaban a dos mujeres, Kiyoko no Myobu y Harima, que se aseguraban de que el agua estuviera tibia, mezclando la fría con la caliente. Ambas vestían *uwagis* de gasa, colas de seda y llevaban *saishis*^[112] de oro. A continuación otras dos, Omoku y Urna, la ponían en dieciséis jarras y la que sobraba se echaba en la bañera. Todas vestían *uchikis* de gasa, con colas y chaquetas de tafetán, y llevaban el pelo sujeto con agujas y cintas.^[113] ¡Resultaba un espectáculo realmente encantador! Saisho no Kimi se instaló en la bañera con la criatura, y su compañera Dainagon se encargó de ayudarla. Ambas se habían puesto unos delantales elegantísimos para la ocasión.

Su excelencia tomó el niño en sus brazos. Abrían el desfile las damas Koshosho y Miya no Naishi, la primera de las cuales portaba la espada y la segunda la cabeza de tigre.^[114] Miya no Naishi llevaba un *uwagi* con piñas bordadas y arrastraba una cola estampada con un diseño especial de olas y algas que producía el efecto de una marina. La faja de tisú estaba también bordada a la usanza china con un motivo de viña silvestre. En cambio, la de Koshosho aparecía decorada con hojas y hierbas otoñales, mariposas y aves de plata. Debido a su rango, tenían prohibido el tisú excepto para la faja.

Los dos hijos de su excelencia, Yorimichi y Norimichi, el capitán Minamoto no Masamichi y unos cuantos cortesanos más esparcían arroz mientras gritaban, rivalizando sobre quién se mostraba más ruidoso. El abad de Jodoji, que actuaba en funciones de protector religioso, hubo de cubrirse la cabeza y la cara con su abanico para no recibir el impacto de los granos blancos para diversión de las damas más jóvenes. El erudito encargado de leer los textos clásicos fue el quinto secretario Hironari. Se erguía debajo de la balaustrada y leía los pasajes prescritos del *Libro de las crónicas*, mientras veinte hombres, diez del quinto rango y diez del sexto, hacían resonar las cuerdas de sus arcos.^[115]

En cuanto al rito llamado del «baño nocturno» es una mera repetición del anterior, y la ceremonia resultó prácticamente idéntica, aunque se contó con otro lector. Creo que fue Munetoki, gobernador de Ise, que leyó del *Tratado clásico sobre la Piedad Filial*. Takachika, en cambio, leyó el capítulo del rey Bun del *Libro de las crónicas*. Durante siete días los tres hombres se fueron relevando en la tarea de las lecturas.

Al ver a todas las mujeres, empezando por su majestad, vestidas de blanco inmaculado, me acordé de esos dibujos preciosos en que las largas cabelleras negras de las damas, trazadas con tinta china, parecen crecer del papel. Cansada y un tanto indispuesta por culpa de la inestabilidad del tiempo, apenas salía de mi aposento en las horas de luz. Prefería descansar dentro y observar cómo las azafatas pasaban de las estancias del ala este al cuerpo principal de palacio. Las que tenían permiso para vestir de color llevaban la chaqueta a la china blanca sobre el *uchiki* de brocado estampado de colores: aunque causaban una cierta impresión, tomadas en conjunto resultaban no poco adocenadas por falta de un toque más personal. Las que no podían llevar ropas de colores, especialmente las de más edad, procuraban rehuir todo lo vulgar y vestían conjuntos de tres a cinco *uchikis*, *uwagis* de seda y chaquetas sencillas. Algunas habían recurrido al damasco y a la gasa.

A primera vista, sus abanicos no parecían espectaculares, pero todos tenían algún mérito especial. Damas y azafatas habían decorado sus abanicos respectivos con un poema de circunstancias, y, aunque cada una de ellas estaba segura de haberse mostrado original, saltaba a la vista que todas las de una misma edad habían recurrido a idénticos lugares comunes. En eso, como en todo lo demás, cada una de ellas era un calco de las otras. Las más jóvenes llevaban ropas bordadas, incluso en los puños de las mangas. Las largas colas aparecían rematadas con hilo de plata mientras lentejuelas de oro hacían resaltar las muestras tejidas en los brocados de seda. Era como mirar una cordillera de montañas nevadas a la luz de una luna clara. Despedían tantos destellos que se hubiese dicho que las paredes de la estancia estaban cubiertas de espejos.

* * *

El tercer día los miembros de la casa de su majestad imperial, a las órdenes del chambelán Tadanobu, llevaron las ofrendas al recién nacido. Tadanobu, que también ostentaba el cargo de comandante de la guardia de la puerta derecha, sirvió la comida a su majestad: le puso delante una mesita de madera de áloe y platos de plata, pero no pude verlos con detalle. Los consejeros Minamoto no Toshikata y Fujiwara no Sanenari le entregaron ropas de vestir y de cama para el príncipe. Todo —el forro de las cajas, las envolturas de las prendas, las coberturas y los soportes— era del mismo tejido blanco y había sido diseñado para hacer juego aunque se había procurado que no faltaran algunos toques originales. Supongo que fue Takamasa, gobernador de Omi, quien se encargó de ello. Los nobles estaban sentados formando dos hileras de norte a sur en la galería occidental del ala este. Los cortesanos de más edad se hallaban en la galería del sur, instalados de oeste a este. Habían colocado multitud de *kichós* con cortinas blancas para que separaran la galería de la estancia central.

La noche del quinto día después del parto tuvo lugar la entrega de los obsequios de su

excelencia al recién nacido. La luna del día quince del mes brillaba en un cielo limpio de nubes mientras, cerca del estanque, se habían colocado braseros encendidos, y distribuido por el suelo bandejas con bolitas de arroz. Incluso los criados más zafios, que recorrían el jardín atendiendo al fuego de los braseros, parecieron tomar conciencia de la trascendencia de la ocasión. En todas partes había servidores con una antorcha en las manos para iluminar la escena, y a la sombra de las rocas o bajo los árboles se entreveían grupos de gente que tomé por guardias de las escoltas de los altos dignatarios. Todos sonreían, como si estuvieran muy satisfechos de sí mismos, y parecían estarse diciendo:

—¡Cuánto hemos llegado a rezar en secreto para que naciera este príncipe, destinado a ser la luz del mundo!^[116]

Con mayor motivo, los escuderos y criados del palacio de su excelencia, incluso los más insignificantes que no habían superado el quinto rango, se afanaban yendo de un lado a otro como si estuvieran ocupadísimos dando a entender a fuerza de sonrisas y reverencias qué gran honor había supuesto para ellos poder participar en aquellos faustos acontecimientos.

Cuando se dio la orden de servir la comida, acudieron ocho damas de honor vestidas de blanco y con el cabello sujeto con cintas del mismo color llevando las viandas sobre bandejas de plata. Obedecían a Miya no Naishi, que siempre se había distinguido por su magnífica presencia, pero aquella noche, con la cabellera sujeta con albos cordones, parecía más radiante que nunca. Pude verle el perfil parcialmente (el resto lo cubría su abanico), y merecía ser descrito como perfecto. El mismo peinado llevaban Minamoto Shikibu, Kozaemon, Kohyoe, Tayu, Omuma, Komuma, Kohyobu y Kornoku, todas ellas jóvenes y atractivas. Es habitual que las mujeres se sujeten la melena para servir a la mesa, pero, tratándose de una ocasión tan especial, su excelencia había elegido aquellas damas a quienes mejor sentaba aquel peinado, y las que habían sido eliminadas lloraban amargamente en un rincón, aunque sólo consiguieron hacer el ridículo.

A la derecha de la alcoba imperial se sentaban más de treinta damas, y debo reconocer que ofrecían un espectáculo espléndido. Las criadas sirvieron el banquete ceremonial. Delante de los biombos que separaban el baño del resto del espacio, se colocó otro juego de biombos, encarado al sur, y, enfrente, dos mesas blancas sobre las que se depositaron los platos. A la luz de la luna pude ver criadas, pinches, peluqueras, aguaderas, fregonas y sirvientas de todas clases que no había visto jamás. Había otras mujeres, quizás las que tienen a su cargo las llaves, que, aunque se habían maquillado y vestido con un gusto más que dudoso, procuraban dárseles de distinguidas con sus cabezas erizadas de peines. El espacio de la galería entre el acceso al corredor de atrás y el puente estaba atestado y no se podía dar un paso.

Después de la cena, las mujeres salieron y se sentaron delante de las persianas. A la luz de las linternas, los brocados, las sedas y los bordados de oro y plata brillaban. Algunas damas destacaban por su excepcional porte y elegancia. Oshikibu no Omoto, esposa del gobernador de Michinokuni, arrastraba una cola soberbia y vestía una chaqueta a la china con un paisaje bordado representando un bosquecillo de pinos jóvenes sobre el monte Oshio que era una maravilla. Tayu no Myobu llevaba una chaqueta sin bordar, pero el tejido de su cola destacaba por un estampado de

olas doradas, que, sin ser vistoso en exceso, cautivaba la vista. Ben no Naishi se había puesto una cola con un estampado sorprendente: una grulla sobre un paisaje dorado. Como la grulla es un símbolo de longevidad, complementarlo con unas ramas de pino bordadas fue un toque genial.^[117] En cambio, el motivo de hojas plateadas que había elegido Shosho no Omoto, de dudoso gusto, dio lugar a sonrisas irónicas. Cuando hablo de Shosho no Omoto, me estoy refiriendo a la hija menor de Sukemitsu, gobernador de Shinano, que lleva bastantes años al servicio de su majestad imperial.

Su majestad estaba tan hermosa aquella noche, que deseé que todos pudieran participar de tanta belleza.

—Estoy segura de que nunca has visto nada tan bello —dije, retirando el biombo que la ocultaba a la vista del monje de guardia.

Al descubrirla cesó de rezar, y, frotándose las manos de gusto, se puso a repetir, entusiasmado:

—¡Pero qué buena eres! ¡Pero qué buena eres!

Los dignatarios se levantaron y se dirigieron al puente y allí, en compañía de su excelencia, se pusieron a jugar a los dados. No resulta agradable ver personajes tan importantes disputándose pedazos de papel...^[118] Cuando llegó la hora de los poemas, todas preparamos uno, por si acaso nos encontrábamos con la copa en la mano. Este fue el mío:

Que esta copa
que circula ahora de mano en mano
bajo la luna llena,
pueda brillar con luz resplandeciente
y repartir mil años de buena fortuna.

—Si hay que ofrecer la copa al gran consejero de la Quinta Avenida, habrá que esmerarse no sólo en que el poema sea bueno, sino también en recitarlo lo mejor posible —comentábamos las mujeres, pero los hombres se hallaban tan ocupados que finalmente se retiraron sin dirigirse a ninguna de nosotras.

Concluida la ceremonia, se repartieron regalos a los nobles para sus esposas, entre los que se incluyeron algunos de los recibidos por el recién nacido. Creo que se obsequió a los cortesanos de cuarto rango con un conjunto de *uchikis* forrados y unas calzas, pero los del quinto hubieron de conformarse con el conjunto de *uchikis* y los del sexto sólo con las calzas.

La noche del día siguiente la luna fue magnífica, y como el tiempo era inmejorable, las mujeres más jóvenes se divirtieron a bordo de los botes. Todas iban vestidas de blanco y sus cabelleras lucían más hermosas que cuando vestían ropas de colores. Kodayu, Minamoto Shikibu, Miyagi no Jiju, Gosechi no Ben, Ukon, Kohyoe, Koemon, Muma, Yasurai y la dama de Ise se hallaban sentadas en el borde mismo de la galería cuando Tsunefusa, consejero de la izquierda, y Norimichi, hijo segundo de su excelencia, se les acercaron y les propusieron un paseo en bote. Kanetaka, consejero de la derecha, se hizo cargo de manejar la pértiga. Sin embargo, la mitad de las muchachas no hicieron caso de la invitación y se metieron en palacio, aunque no perdieron de vista a las más

atrevidas con no poca envidia en los ojos. La luna derramaba sus rayos sobre la arena blanca del jardín, ahora adornada por la belleza de los albos atuendos de las azafatas.

Alguien vino a comunicarnos que frente al pabellón de la guardia del norte se habían congregado numerosos palanquines procedentes del palacio del emperador. Eran las consortes y concubinas del soberano, entre las que me pareció reconocer (puesto que no las había visto a todas antes) a Tozami, la más principal de ellas, que es una Fujiwara perteneciente al tercer rango, Jiju no Myobu, Toshosho no Myobu, Muma no Myobu, Sakon no Myobu, Chikuzen no Myobu, Sho no Myobu y Omi no Myobu. Las damas de los botes se apresuraron a desembarcar. Su excelencia salió a recibirlas de muy buen humor y prodigando bromas. Como es natural, también recibieron regalos con arreglo a sus rangos respectivos.

La noche del séptimo día llegaron los regalos del emperador. Michimasa, quinto secretario en funciones de emisario imperial, entregó a la joven madre una caja de sauce que contenía un largo rollo con la relación de los obsequios. Ella lo tomó y lo devolvió en seguida. A continuación entraron en procesión los alumnos del Kangakuin^[119] con la lista de los participantes. Su majestad imperial le dio un vistazo y la pasó a sus servidores. También ellos esperaban regalos. El ceremonial de aquella noche fue todavía más elaborado y ruidoso que los de las anteriores.

Me permití espiar detrás de las cortinas que protegían a su majestad: debo reconocer que la que estaba siendo homenajeada como «madre del imperio» no me dio la impresión de grandiosidad que se hubiese esperado en aquellas circunstancias. Yacía, doliente, entre almohadones con semblante pálido y consumido, pero debo reconocer que parecía más frágil, hermosa y joven que nunca. Al menos eso me pareció a mí. Habían colgado una linterna en el interior de las cortinas que iluminaba todo el espacio: a su luz, la piel blanquísima de la dama parecía casi traslúcida, y su cabellera magnífica, atada formando un moño enorme, asombraba por su opulencia. Pero lo que entonces admiré no cuesta de imaginar, de modo que no voy a escribir más.

En líneas generales, la ceremonia se pareció mucho a la del día anterior. Los dignatarios fueron gratificados con obsequios procedentes de los almacenes de palacio: ropas de mujer y del príncipe recién nacido. Los dos jefes del secretariado, seguidos por numerosos cortesanos, se acercaron a las persianas a recibirlos. Los obsequios consistían, como de costumbre, en *uchikis*, ropa de cama y rollos de seda. Tachibana no Sarni, que había sido la primera en dar de mamar al niño, recibió, además de los presentes de rigor, un largo *uwagi* de seda estampada en un cofre de plata, cubierto, si no recuerdo mal, con un paño blanco. Parece que también recibió otros obsequios envueltos, pero no llegué a verlos.

La octava noche regresaron las ropas de colores.

La noche del noveno día, el chambelán supernumerario del príncipe heredero se encargó de traer sus regalos. Los trajo en dos armarios blancos y arreglados a la última moda. Había también un cofre de plata repujada que representaba un paisaje marino y el monte Horai, un tema banal si se quiere, pero primorosamente ejecutado, repleto de ropas. Su majestad las recibió y las repartió entre sus azafatas.

Por la noche, todo regresó a la normalidad, y las cortinas blancas fueron sustituidas por otras estampadas imitando los tonos de la madera añeja. Las mujeres se pusieron *uchikis* de color granate oscuro, que se entreveían debajo de las chaquetas casi transparentes. Fue casi una sorpresa verlas de nuevo vestidas de color, y estaban extraordinariamente elegantes. Fue precisamente aquella noche cuando Koma no Omoto hizo el ridículo estrepitosamente.

Habían pasado diez días del mes décimo y su majestad se hallaba convaleciendo. Nosotras la velábamos desde los aposentos que se hallaban al oeste de su alcoba. Su excelencia se dejaba caer a cualquier hora del día y de la noche. A veces sorprendía a la nodriza dormida, y la pobre mujer se despertaba, asustada, al advertir que alguien le estaba tocando los pechos y nos daba pena. El niño era aún muy pequeño pero resultaba comprensible que su excelencia quisiera levantar en brazos a su nietecito y jugar con él. En cierta ocasión, la criatura se dejó ir y su excelencia hubo de quitarse la casaca y secársela junto a un brasero que había detrás de la cortina.

—¡Mirad! —exclamó, radiante—. ¡Qué gran honor ser mojado por la orina del príncipe! Nuestras plegarias han sido escuchadas...

Sentía una especial simpatía por el príncipe Nakatsukasa, y me solía hablar de él sobre ciertos proyectos nupciales, pues sabía que yo contaba con el favor del interesado.^[120]

(La visita del emperador)

Al acercarse la visita del emperador, su excelencia dio órdenes de que la casa fuera soberbiamente adornada para recibirle. Se buscaron por todas partes los crisantemos más raros para trasplantarlos al jardín: los había blancos, que la helada empezaba a mustiar, tiñéndolos de tonos varios, pero otros eran aún de un amarillo radiante. Cuando los vi plantados a través de la bruma matinal, estuve a punto de sentirme más joven. ¿Qué me estaba ocurriendo? Si mis anhelos hubiesen sido algo más mundanos, habría hallado más gozo en vivir e incluso recuperado parte del entusiasmo de mis años mozos... Quizás hubiese sido capaz de subsistir en este mundo impermanente entregada a placeres más o menos frívolos. Y, sin embargo, la visión de aquellas maravillas de tan buen augurio sólo sirvió para reforzar mi anhelo de una vida de recogimiento. ¡El mundo me pesaba más que nunca! Intenté olvidar por unos instantes, pero todo fue en vano...

«¿Por qué sigo de ese modo?», me dije. «Ya es hora de olvidar. De nada sirve atormentarse. Es una completa equivocación.»

Mientras amanecía me puse a contemplar el jugueteo de los patos en el estanque.

Patos flotando en el agua...

¡Parecen tan alegres!

¿Puedo mirarlos con indiferencia,

yo, que en el mundo

ando vagando a merced de las olas?

«Aunque parezcan tan despreocupados», pensé, «tal vez conozcan también la angustia de vivir.»

Estaba componiendo una respuesta a una carta que me había enviado mi compañera Koshosho

cuando súbitamente el cielo se ensombreció y empezó a caer la lluvia. Como el mensajero tenía prisa, la terminé de cualquier manera, añadiendo: «Incluso el cielo parece de mal humor...». Seguramente puse en ella algunos poemas mediocres, porque cuando el mensajero regresó al atardecer me trajo un poema escrito sobre una hoja de papel púrpura oscuro.^[121]

Mientras contemplo
el cielo opresivo
siempre cubierto,
mis lágrimas no cesan de caer
pensando en ti.

Incapaz de recordar qué le había escrito antes, improvisé:

En esta estación la lluvia que cae del cielo conoce treguas a veces.
Mis mangas, en cambio,
están siempre húmedas de añoranza.

El día previsto su excelencia hizo llevar los botes a un lugar adecuado para la real inspección. Las cabezas de dragón y los animales fantásticos que remataban las proas parecían vivos. Se decía que la comitiva imperial llegaría al rayar el día, de manera que las damas habían empezado a acicalarse cuando aún era noche oscura. Como estaba previsto que los nobles se instalaran en el ala occidental, esta parte del palacio no conocía la animación acostumbrada, pero oí decir que las mujeres que servían a la segunda hija de su excelencia se superaron vistiendo ropas realmente magníficas.

Koshosho regresó al alba, y nos vestimos y peinamos juntas. Mientras nos tomábamos nuestro tiempo pensando que esas ceremonias nunca son puntuales y esperábamos que nos trajeran abanicos nuevos puesto que los nuestros no eran nada del otro mundo, llegó a nuestros oídos redoble de tambores y tuvimos que darnos prisa de una manera no muy digna.^[122] Mientras la orquesta instalada en la barcas ejecutaba una música deliciosa, llegó el palanquín de su majestad.^[123] Los portadores, aunque eran personas honorables, inclinaban la cabeza con enorme humildad a medida que subían los escalones. Incluso dentro de la alta sociedad hay grados de cortesía, pero aquellos hombres me parecieron *demasiado* serviles. De todos modos me pregunté en qué se diferenciaba realmente su suerte de la mía. Todos los «inferiores» que nos mezclamos con la aristocracia estamos sujetos a la tiranía de los rangos y debo reconocer que no resulta agradable. He aquí lo que me dije al verlos.

Reservaron un espacio a la derecha para el emperador,^[124] y en la parte oriental de la galería del sur instalaron su trono. Las damas de honor se sentaban detrás de las persianas que colgaban de norte a sur en el extremo este de la galería. Levantaron un poco la persiana del pilar del sur y entraron dos azafatas, elegantemente ataviadas y con los cabellos formando un moño. Parecían salidas de una pintura china. Saemon no Nashi portaba la espada imperial. Llevaba una chaqueta de color amarillo verdoso, una cola oscura y un cinturón de seda naranja y blanca ricamente bordado. Su *uwagi*, de seda carmesí, cubría un conjunto magnífico de cinco *uchikis*. Su actitud y la parte del rostro que el abanico dejaba entrever parecían rebosantes de vitalidad y frescas como una flor.

Ben no Naishi llevaba la joya imperial en un cofrecito. Sobre un conjunto de *uchikis* carmesí vestía un *uwagi* de color púrpura, y una cola y una chaqueta parecidas a las de Saemon no Nashi. Tratándose de una mujer pequeña y atractiva, su reconocida timidez la hacía parecer un tanto embarazada y nerviosa. Empezando por su abanico, evidenciaba mejor gusto que su compañera, y la faja era a cuadros verdes y púrpura. Sus ropas y fajas serpenteaban en torno a ambas como dragones mágicos y nos preguntábamos si no serían un par de esas danzarinas que, según cuentan, descienden del cielo.

Los hombres de la guardia imperial, impecablemente vestidos, se ocupaban del palanquín y eran todo un espectáculo. El capitán Fujiwara no Kanetaka recibió la espada y la joya y las puso en manos de sus escuderos.

Mirando tras las persianas pude ver aquellas damas que no tienen colores prohibidos vistiendo las consabidas chaquetas chinas verdes y rojas con sus colas de seda estampada. Sus *uwagis* eran mayoritariamente de seda granate estampada, salvo el de Muma no Chujo, de tono púrpura claro. Sus atuendos hacían pensar en una combinación de hojas otoñales, y los colores de sus *uchikis*, muy variados, iban del azafrán, en todas sus gamas forrado de púrpura, al amarillo forrado de verde. Algunas damas vestían conjuntos de hasta cinco *uchikis* debajo del *uwagi*.

De entre las que tenían ciertos colores prohibidos, las más mayores llevaban chaquetas de color amarillo verdoso o granate, con puños de damasco. Los magníficos diseños estampados de sus colas llamaban la atención y las fajas destacaban por sus ricos bordados. Llevaban conjuntos de tres a cinco *uchikis* de seda blanca forrada de rojo oscuro. Las mujeres más jóvenes llevaban chaquetas de puños de diversos colores, blancos por fuera y con forros de tonalidades variadas —granate, amarillo verdoso, rosa pálido—, formando exquisitas combinaciones. También observé algunos abanicos pintados excepcionalmente bellos.

En circunstancias normales siempre destaca alguna dama por su falta de cuidado a la hora de vestirse, pero en aquella ocasión todas se habían superado a sí mismas. La única diferencia apreciable se debía a la edad: mientras las cabelleras de las más mayores empezaban a adelgazarse, las más jóvenes lucían espléndidas trenzas. De todos modos —y por extraño que pueda parecer— bastaba con dar una ojeada a la parte de sus rostros que sobresalía de los abanicos para dictaminar si una dama era *auténticamente* elegante o no, y las que destacaban en el conjunto eran poquísimas.

Allí estaban las cinco mujeres de palacio que habían sido asignadas al servicio de la emperatriz: dos en calidad de azafatas, dos de damas de honor y una quinta de camarera para el servicio de mesa. En cuanto se ordenó servir a su majestad, Chikuzen y Sakyō, con las cabelleras recogidas en un moño, acudieron por la misma esquina utilizada por las azafatas. Ni una ni otra estaban realmente a la altura de las circunstancias. La última llevaba una chaqueta china de seda con puños blancos forrados de verde pálido y la primera, otra de puños blancos forrados de granate. Las colas eran las de siempre. Se encargó del servicio de mesa Tachibana no Sami, perteneciente al tercer rango. No pude verla muy bien —un pilar me la tapaba—, pero también ella llevaba el cabello formando un moño y vestía lo que parecía una chaqueta color amarillo verdoso en lugar de un *uwagi*, sobre un conjunto de *uchikis* de damasco chino forrados de verde.

Su excelencia sacó al príncipe y lo presentó a su majestad, que lo tomó en brazos. Entonces la criatura soltó un gritito que nos pareció delicioso. Saisho trajo la espada, y llevaron al príncipe por el corredor central a los aposentos de su excelencia en el ala occidental. En cuanto su majestad se retiró, Saisho volvió a entrar.

—¡Qué exceso de formalidad! —se quejó, con la cara como la grana—. ¡Me avergüenza ser el centro de todas las miradas!

Tenía unas facciones preciosas y los tonos de su atuendo evidenciaban un buen gusto realmente superior.

Al caer la noche, la música nos pareció deliciosa. Los nobles rodeaban a su majestad y se representaron diversas danzas: la de los «Diez mil años», la de la «Gran Paz» y la del «Palacio Afortunado», entre otras. El concierto concluyó con la interpretación del conocido Chokeishi. Cuando los botes hubieron dado la vuelta a la colina del estanque y a medida que se iban alejando, la voz de la flauta, el son de los tambores y el viento entre los pinos parecieron confabularse para producir una armonía soberbia. El arroyuelo, como de cristal, discurría plácidamente hasta desembocar en el lago, y allí el agua se rizaba bajo los efectos del viento. Empezaba a hacer fresco, pero el emperador solamente vestía dos túnicas de seda. Sakyō no Myōbu, siempre tan friolera, expresó su preocupación por la salud del soberano, y todas intentamos disimular nuestras risas.

—Recuerdo que cuando la emperatriz retirada vivía aún —dijo Chikuzen no Myōbu—, menudeaban las visitas imperiales a esta casa con cualquier pretexto... ¡Qué tiempos aquéllos!

Y se puso a contarnos sus recuerdos. Temiendo que su comportamiento no era precisamente el más adecuado a las circunstancias, las otras damas evitaron contestarle y se refugiaron al otro lado de la cama imperial. Poco faltó para que nuestra sentimental compañera se nos deshiciera en llanto...

Precisamente cuando la orquesta atacó un pasaje especialmente delicioso en honor de su majestad, el niño se puso a chillar.

—¡Escuchadle! —dijo celebrándolo el ministro de la derecha Akimitsu—. ¡Intenta cantar el himno de los «Diez mil años»!

Entonces Kinto, comandante de la guardia de la izquierda, empezó a cantar (y no faltaron los que le hicieron coro) el himno de los «Diez mil años» y el de los «Mil otoños».

Su excelencia, que había trasegado lo suyo, exclamó entre sollozos:

—¡Ay! ¿Cómo es posible que anteriores visitas imperiales me hayan parecido tan maravillosas? No recuerdo ninguna comparable a ésta...

Se trataba de una observación obvia, si se quiere, pero todos se alegraron de que el hombre supiera apreciar su buena suerte.

Su excelencia se fue al ala oeste. Su majestad el emperador entró en la sala y mandó al ministro de la derecha Akimitsu que compareciera ante él y tomara nota de la lista de las promociones.

Todos los candidatos pertenecientes a la casa de la emperatriz y de su excelencia se vieron favorecidos. Tengo entendido que la lista provisional había sido preparada por el primer secretario Michikata.

Los dignatarios del clan Fujiwara se inclinaron ante su majestad para agradecerle que hubiese proclamado príncipe de la sangre al recién nacido, pero sólo los directamente emparentados con el primer ministro.^[125] A continuación, el comandante de la guardia de la derecha y el chambelán de la casa de la emperatriz, que había sido designado intendente de la del príncipe, acompañados del segundo chambelán y del chambelán asesor, ambos recién promovidos, dirigieron a todos los demás asistentes en una danza formal de reconocimiento.

El soberano fue a ver a su majestad la emperatriz, pero pronto resonaron gritos de que ya era muy tarde y el palanquín estaba a punto de partir, de manera que hubo de despedirse.

A la mañana siguiente, apenas se hubo levantado la niebla, llegó un mensajero de palacio. Desgraciadamente me dormí y no pude asistir. Aquel día tocaba el primer afeitado de la cabeza del príncipe. Parece ser que lo habían pospuesto deliberadamente a la visita imperial. También tocaba decidir quiénes iban a formar en el futuro la casa del príncipe: su nuevo mayordomo, su intendente y sus damas de honor. Nada se había filtrado aún sobre el particular y hubo muchas decepciones.

En los últimos tiempos, la decoración y el mobiliario de los aposentos de su majestad habían sido excepcionalmente escasos, pero al fin todo cambió y el lugar recuperó su aspecto espléndido. La esposa de su excelencia, que a lo largo de tantos años^[126] había estado esperando aquel momento, se sentía felicísima, y solía presentarse al alba a ocuparse de la criatura de un modo que llegó a emocionarme.

Aquella noche brillaba una luna espléndida, y el segundo chambelán Sanenari, queriendo quizás expresar su especial gratitud a su majestad y al observar que el suelo del lugar en que había tenido lugar el baño estaba aún mojado y no se oía nada, se dirigió a la habitación de Miya no Naishi, que estaba en el extremo este del corredor.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

Pero la dama no se dejó ver.

A continuación, el chambelán de su majestad Tadanobu, que le había seguido, se acercó a la pieza de en medio y, levantando el pestillo con un dedo, inquirió a su vez:

—¿Hay alguien aquí?

Pero yo me abstuve de contestar. Ambos insistieron tanto que al fin me pareció infantil seguir ignorándolos, de modo que les hice llegar una respuesta evasiva que no pareció desconcertarlos.

—Me ignoras a mí, pero dedicas mucha atención al chambelán de su majestad —dijo Saenari con un deje de sarcasmo—. Supongo que es fácilmente comprensible, pero me parece sencillamente deplorable. ¿Tanto te importan los rangos?

Y se puso a cantar «Hoy es un día fasto como pocos...» con una voz sorprendentemente

hermosa.

A medida que la noche avanzaba, la luna parecía ganar en esplendor.

—¡Levanta la parte inferior de la celosía! —insistían ambos.

Me pareció de muy mal gusto que dos dignatarios como ellos insistieran en meterse en los aposentos de los demás, sobre todo teniendo en cuenta el lugar donde se hallaban. Aunque tal vez el comportamiento frívolo de personas más jóvenes que yo pudiera perdonarse, achacándolo a su falta de experiencia, no me sentí con ganas de darles gusto y no abrí la ventana.

(La celebración del quincuagésimo día)

Las celebraciones del quincuagésimo día tuvieron lugar el uno del mes undécimo. Su majestad la emperatriz estaba sentada en medio de un círculo de damas vestidas a la altura de las circunstancias. Parecía una pintura representando un concurso. Se había instalado su trono al este de la alcoba, dividida para la ocasión por unas cortinas que discurrían desde las puertas correderas del fondo hasta el pilar de la galería de enfrente. Sirvieron el ágape ceremonial delante de ella. Su comida, servida en las habituales bandejas de áloe, fue colocada sobre unos pies al este del trono. La dama encargada del servicio fue Saisho. Las mujeres que trajeron los platos llevaban las cabelleras sujetadas con agujas y peines formando un moño. Dainagon se encargó del príncipe, y se le sirvió en el lado este. Los platos, bandejas, boles, palillos y centro de mesa decorado del niño parecían una vajilla de muñecas. Las persianas de la galería oriental estaban algo levantadas para que las damas de servicio —Ben no Naishi, Nakatsukasa no Myobu y Kochujo— pudieran introducir las viandas. No pude verlo muy bien porque estaba sentada detrás de su majestad.

Aquella noche se permitió a la nodriza Sho que vistiera los colores prohibidos. ¡Parecía tan joven! Tomó el niño en brazos y lo acercó a la parte de la habitación donde se hallaba la alcoba protegida por las cortinas. La esposa de su excelencia lo tomó en brazos y se dirigió a la zona principal. La dama impresionaba a la luz de las antorchas. También me deslumbró cómo iba vestida, con su chaqueta china de color encarnado y una cola suntuosa estampada en oro y plata. Llevaba un conjunto de cinco uchikis de tonos púrpura claro y, encima, un uwagi granate oscuro. El ministro ofreció los pastelillos de arroz rituales^[128] a su nieto.

Los nobles se sentaban según costumbre en la galería occidental del ala este. También se hallaban presentes los otros dos ministros, Akimitsu y Kinsue. Luego se trasladaron al puente con gran estrépito, pues casi todos estaban borrachos. El servicio trajo cajas y cestas de provisiones y las colocó a lo largo de las balaustradas. Como la luz de las antorchas resultaba insuficiente, el capitán del cuarto rango Masamichi y algunos más recibieron órdenes de sostener las teas de manera que todos pudieran ver. Había que llevar aquellos alimentos a palacio aquella misma noche, porque el día siguiente era de rigurosa abstinencia.

Tadanobu, chambelán de la casa de su majestad la emperatriz, se acercó a las persianas.

—Que los nobles avancen —dijo, y todos obedecieron.

Su excelencia abría el desfile, y los cortesanos fueron ocupando sus asientos con arreglo a su

rango empezando por el extremo de la derecha de los peldaños principales hasta la puerta lateral. Las damas de honor, que estaban sentadas en dos o tres hileras frente a los hombres, levantaron sus persianas. Akimitsu, ministro de la derecha, se acercó al lugar que ocupaban las damas Dainagon, Saisho, Koshosho y Miya no Naishi, y corrió las cortinas. ¡Qué vergüenza! ¡Y a su edad!

—No está ya para esas cosas... —comentamos nosotras, pero no nos hizo el menor caso. Tomándonos «prestados» algunos abanicos, empezó a hacer bromas de muy dudoso gusto. El chambelán Tadanobu llevó un gran copa de sake a los nobles y, aunque se trataba de una formalidad más, interpretó «Los montes de Mino» con mucho acierto.

Apoyado en un pilar, el general de la derecha Sanesuke empezó a «pasar revista» a nuestras mangas y forros. Fue muy extraño... Convencidas de que estaba completamente bebido, nos pusimos a burlarnos de él, y algunas, pensando que luego no las reconocería, incluso a flirtear. Sorprendentemente, el hombre dio unas muestras de ingenio que nadie esperaba, y puedo asegurar que vale mucho más que otros que pasan por auténticos «espíritus selectos». Cuando le llegó el turno de tomar la copa para el brindis general, no tuvo miedo de ella, la apuró y fue capaz de pasarla al siguiente entonando un canto de felicitación tradicional.

El comandante de la guardia de la izquierda Kinto asomó la cabeza.

—¡Excusadme! —dijo—. Supongo que Murasaki está en alguna parte...

Escuché sus palabras pensando para mis adentros: «¿Cómo pretende que Murasaki esté en un lugar donde no hay nadie digno de aparecer en el *Genji*?».

Su excelencia gritó:

—¡Chambelán asistente Sanenari, acepta esta copa!

El increpado se levantó y, hallándose presente su padre Kinsue, ministro del centro, subió los peldaños que separaban el jardín de la sala para recibir el sake. Al verle, su padre se puso a llorar de emoción.

El consejero medio Takaie, que se apoyaba en el pilar de una esquina, se puso a tirar de la manga de Hyobu no Omoto cantando cancioncillas obscenas, pero su excelencia no intervino.

Temiendo que la fiesta estuviera a punto de degenerar en una borrachera general, en cuanto se acabaron las ceremonias decidí retirarme en compañía de Saisho. Estábamos a punto de hacerlo cuando los dos hijos de su excelencia, Yorimichi y Norimichi, el consejero de la derecha Kanetaka y algunos cortesanos más empezaron a armar jaleo en la galería oriental. Nos ocultamos detrás de las cortinas, pero su excelencia las corrió y fuimos sorprendidas.

—¡Componedme un poema para el príncipe —gritó—, y luego os dejaré marchar!

Molesta y asustada, improvisé:

—En el quincuagésimo día
después de su nacimiento,
¿cómo se pretende que contemos los años sin cuento
que durará el reinado de nuestro príncipe?

—¡Magnífico! —dijo él, y se lo repitió dos veces en voz baja, antes de improvisar a su vez:

—Si yo pudiera vivir
tantos años como la grulla,
tal vez entonces podría contar
cuántos miles de años durará su reinado eterno...

Incluso bebido era capaz de pensar con excepcional claridad. Me dejó impresionada. Por fuerza esperaba al Principito un reinado excepcional, si su excelencia mostraba tanto entusiasmo. ¡Incluso yo, una criatura insignificante, fui capaz de vislumbrar por un instante aquellos mil años gloriosos que todos dábamos por seguros!

—¿Ha oído su majestad mi poema? —dijo, orgulloso, dirigiéndose a su hija—. No ha estado nada mal, ¿verdad? ¡Pienso que soy un estupendo padre de emperatriz! Claro que ella tampoco es indigna de un padre como yo... ¡Y mi esposa debe de sentirse especialmente afortunada por el brillante marido que le ha tocado en suerte!

Su conducta sólo podía imputarse al mucho sake trasegado, pero sabía lo que se decía, y su majestad le prestaba atención de muy buen humor. Su esposa, en cambio, seguramente incapaz de soportarlo por más tiempo, se dispuso a partir.

—¡Mamá me reñirá si no la acompaño! —dijo el hombre, y cruzó la alcoba velozmente en pos de su mujer, mientras proseguía—: ¡Qué padre más grosero te han enviado los dioses! Pero gracias a él has logrado todo lo que tienes...

El último comentario desató una enorme carcajada en la concurrencia.

(Preparando el regreso)

Se acercaba el día en que la emperatriz tenía que regresar a palacio y, mientras las mujeres se entregaban a un sinfín de actividades estrechamente ligadas con el ceremonial, ella se puso a encuadernar sus libros, de manera que, desde primeras horas de la mañana, hube de estar a su lado ayudándola a elegir papeles de colores, escribiendo cartas y enviándolas juntamente con los libros y novelas que debían copiarse. También encuadernábamos las copias hechas, a medida que iban llegando.

—¿Qué diablos estáis haciendo con este tiempo tan frío? —preguntó su excelencia—. ¡Se supone que aún deberías estar convaleciente!

A pesar de todo no paraba de regalar a su hija papel exquisito y finos pinceles. Incluso le regaló una piedra de tinta. Cuando las damas constataron que ella me la había dado *a mí*, pusieron el grito en el cielo murmurando que yo me la había ganado con malas artes. Pero su majestad no les hizo caso y añadió a su obsequio excelente papel de colores y algunos pinceles.

Yo había traído conmigo mis manuscritos^[128] y los guardaba en mi aposento. En cierta ocasión —yo estaba con mi señora—, su excelencia entró en mi dormitorio, los encontró y los llevó a su segunda hija y primera dama de honor. Como no tenía ya ninguna copia satisfactoria en mi poder, temí que los papeles que me habían «robado» perjudicarían mi reputación.

Mientras tanto, el niño empezaba a proferir los primeros balbuceos, y parecía natural que su padre el emperador estuviera impaciente por tenerlo en palacio.

Al ver que cada día había más aves acuáticas en el estanque, me dije que sería magnífico que nevara antes de nuestro regreso, porque el jardín estaría precioso. Y he aquí que, mientras yo estaba fuera dos días visitando a mi familia, cayó la nevada que tanto había aguardado. A la vista de los bosquecitos de mi casa natal, que no son nada del otro mundo, mi ánimo se sintió deprimido y confuso. Me acordé de aquellos años melancólicos anteriores a mi marcha a la corte durante los cuales solía contemplar aquellos tristes arbolillos, cuando ni los tonos de las flores, ni el canto de los pájaros, los cielos de primavera y otoño, las sombras de la luna o la nieve ni la escarcha significaban nada para mí, y el tiempo iba pasando sin aclararme qué me reservaba el futuro. Entonces trataba de conjurar la tristeza escribiendo a aquellos que suponía tan solitarios y aburridos como yo, sin excluir a personas con las que tenía muy leves vínculos y casi ninguna amistad, pero aquellas naderías me servían de consuelo. Aunque nunca me consideré una persona importante,^[129] pasé la vida sin sentir menosprecio alguno hacia mí misma hasta que fui a la corte... Pero desde que me integré en ella, ¡cuántos sinsabores y amarguras hube de apurar!

Intenté reemprender mi novela, pero ya no me parecía tan buena como antes y me sentí defraudada. Aquellos con quienes solía debatir por correspondencia asuntos de interés recíproco, me decía, deben considerarme ahora una persona vana y frívola, pero luego, avergonzada de mis propios temores, descubrí que me costaba continuar escribiéndoles. Aquellas personas a quienes me había dirigido antes como más dignas de consideración me veían ahora como una dama de honor más que trataría sus cartas sin el menor respeto. Era obvio que serían incapaces de percibir la sinceridad de mis sentimientos... Con todo, hice un esfuerzo y continué escribiéndoles cartas cuando podía, aunque muchos de ellos dejaron de contestar. Otros pusieron fin a sus visitas, como si dieran por supuesto que carecía de domicilio fijo.^[130] Un cúmulo de circunstancias nuevas, incluso las más triviales, se confabularon para hacerme notar que había ingresado en un mundo completamente distinto. El hecho de estar de nuevo en mi casa sólo servía para hacerme sentir aún más desamparada.

Hube de reconocer que sólo me quedaban como interlocutores mis conocidos de la corte, y que bastaba que cualquiera de ellos supiera testimoniarme la menor muestra de simpatía, dirigirme una palabra amable o la expresión justa que yo estaba esperando para que recuperara la confianza en mí misma. ¡Tan desarraigada me sentía! Echaba mucho de menos a mi compañera Dainagon, con la que solía conversar mientras yacíamos en lechos cercanos junto a la alcoba cié su majestad. ¿Había acabado por sucumbir a las «delicias» de la vida cortesana?

Le envié este poema:

No puedo olvidar aquellas noches
que pasamos como dos patos silvestres
flotando en un sueño inquieto...
Las plumas húmedas y frías,
las lágrimas más frías aún...

Y ella contestó:

Despertarse
en lo más oscuro de la noche
y no hallar a la amiga
para limpiar la escarcha de las lágrimas...
¡Cuánto la echo de menos!

Al ver la elegante caligrafía, me di cuenta de los méritos de la dama. Otras me escribieron también para contarme que su majestad sentía mucho que no estuviera allí para contemplar la nieve. También recibí una nota de la esposa de su excelencia. Me decía:

«Cuando quise retenerte, pareció que te dabas más prisa todavía en partir, y tu promesa de regresar pronto era mentira, puesto que el tiempo pasa y no la cumples.»

Tal vez era una broma, pero lo había comentado con su majestad y se había tomado la molestia de escribirme. Así pues, decidí regresar.^[131]

(El regreso)

Su majestad debía volver al palacio del emperador el día diecisiete. Nos habían ordenado estar a punto a la hora del Perro,^[132] pero pasó la noche entera sin que nos pusiéramos en marcha. Eramos unas treinta damas: con el cabello perfectamente peinado, estábamos sentadas, esperando. No era fácil reconocerse en plena noche. Aguardábamos en la galería del sur, y una puerta lateral nos separaba de las diez o más damas de la casa imperial que ocupaban el aposento que daba a la galería este.

Su majestad compartía el palanquín con su portavoz Miya no Senji. Detrás de ellas, en un carruaje muy ornamentado, iban la esposa de su excelencia y la nodriza Sho, llevando el niño. Las damas Dainagon y Saisho iban detrás en un coche con adornos dorados, y las seguían Koshosho y Miya no Naishi. Yo viajaba detrás de ellas, compartiendo carruaje con Muma no Chujo, consorte del teniente general encargado de los establos reales, pero mi compañera parecía sentirse molesta por mi presencia. ¿Por qué se mostraba siempre tan altiva y distante?, me preguntaba, y su actitud mezquina me ofendía. Seguían las damas Jiju y Ben no Naishi, Saemon y Shikibu en sus palanquines respectivos. A partir de aquí ya no había un orden «oficial» y cada cual iba a donde quería y con quien quería.

Cuando llegamos, el resplandor de la luna era tan intenso que tenía ganas de esconderme. Dejé que me guiara la esposa del teniente general, y cuando vi que tampoco ella sabía adónde se dirigía, pensé que formábamos una pareja absolutamente ridícula.

Al fin entré en mi aposento (el tercero contando por el final de una de las galerías exteriores), y me eché en la cama para dormir. Koshosho entró al poco rato y ambas estuvimos quejándonos de lo triste que resultaba nuestro sino. Nos quitamos las ropas de encima, que el frío había acartonado, y nos pusimos túnicas acolchadas. Mientras empezaba a añadir carbón al brasero, lamentándome de lo duro que resultaba sentirse congelada hasta el tuétano, se presentaron el chambelán asesor Sanenari, el consejero de la izquierda Tsunefusa y el capitán medio Kinobu. No puedo decir que su visita nos hiciera saltar de contento. Esperaba que aquella noche nos dejarían tranquilas, pero debió de correr la noticia de nuestra llegada.

—Volveremos mañana temprano. Esta noche hace muchísimo frío. ¡Estamos helados! —dijeron atropelladamente, y se dirigieron al pabellón de la guardia. Mientras los miraba partir, me preguntaba qué clase de mujeres los estarían esperando en sus hogares. No es que pretenda compararme con ellas, pero pensaba en Koshosho, elegante y atractiva como pocas, a la cual le había salido todo tan mal en la vida. Desde que su padre se retiró, el destino parece haberse ensañado con ella.

A la mañana siguiente, su majestad examinó los regalos que había recibido la noche anterior. Los accesorios de sus cajas de peines eran tan maravillosos que nunca me hubiese hartado de mirarlos. Había, también, un par de cajas más, y en el cajón superior de una de ellas unos libritos de papel blanco estampado, que no eran sino las tres antologías poéticas conocidas como *Kokinshu*, *Gosenshu* y *Suishu*, cada una de ellas en cinco volúmenes. El chambelán y consejero medio Yukinari y el clérigo Enkan habían hecho las copias. Las cubiertas eran de seda y los cordones del mismo material al gusto de China. En el cajón inferior había otras colecciones de poesía de autores antiguos y modernos como Yoshinobu y Motosuke. Los libros copiados por Yukinari y Enkan eran algo extraordinario y según la última moda, porque estaban destinados a que su majestad los tuviera siempre a mano.

(El festival)

Las bailarinas de Gosechi llegaron a palacio el día veinte. La esposa de su excelencia regaló un atuendo al chambelán y consejero imperial para su bailarina,^[133] y también obsequió al consejero de la derecha Kanetaka con una guirnalda para la cabeza de la suya y un par de cajas de incienso, adornadas con ramas de ciruelo. Parece que los preparativos se hicieron con más pompa de la habitual, pues había una gran rivalidad entre las participantes.

Las danzarinas entraron a la luz de las antorchas colocadas a lo largo del gran biombo desplegado frente a los aposentos de la emperatriz. Lo cierto es que daban más luz que el sol, y las jóvenes estaban muy tensas, después de tantos días de ensayos. Las compadecí de veras, aunque no eran ellas solamente las que se sentían incómodas por aquella iluminación exagerada. Los jóvenes miraban a las muchachas y damas que estaban presentes, y aunque intentamos correr las cortinas para protegernos de sus ojos indiscretos, fue en vano. Aún hoy recuerdo la ocasión con un escalofrío.

Las muchachas que servían a la hija de Narito no Ason llevaban chaquetas chinas de brocado

que hubiesen brillado incluso en la noche más oscura, pero su atuendo completo constaba de tantas capas que apenas podían andar, de manera que los cortesanos trataban de ayudarlas. Su majestad el emperador vino a ver el espectáculo desde donde estábamos nosotras, y su excelencia se desplazó también hasta colocarse en el extremo norte de la puerta corredera, y, como podía observarnos a placer, nos sentimos muy vigiladas.

Las servidoras de la hija de Nakakyo habían sido elegidas de la misma talla e iban vestidas con la misma suntuosidad que sus rivales y se movían con una elegancia asombrosa. Las del consejero Kanetaka se habían adornado lo indecible, pero dos de ellas, de aspecto un tanto rústico, hicieron sonreír a la concurrencia. Cerraban el cortejo las del consejero Sanenari. Tal vez fue sólo mi impresión, pero las recuerdo como las mejor vestidas. Diez servidoras rodeaban a la bailarina. Habían cerrado las persianas de la galería exterior, y el juego de las tonalidades de los *uchikis* que vestían denotaba un gusto muy refinado y no mero afán de ostentación.

A la mañana del día siguiente, veintiuno del mes, los cortesanos de mayor rango se presentaron a ofrecer sus respetos. Todos los años era igual, pero esta vez, quizás por el hecho de que numerosas damas y azafatas habían estado viviendo fuera de palacio en los últimos tiempos, pareció mucho más excitante, aunque aún no nos había sido dado ver los trajes de ceremonia.

Al atardecer, la emperatriz hizo llamar al chambelán asistente de la casa del príncipe heredero y le regaló una caja llena de incienso. La madre de su majestad hizo lo mismo con el gobernador de Owari. Aquella noche se repitieron las danzas en el Palacio Interior en presencia del emperador y de su esposa, que se hizo acompañar por el niño. Hubo una gran lluvia de arroz y mucho griterío para conjurar los malos espíritus, y la impresión general fue muy distinta de la de años anteriores.

Sintiéndome un tanto deprimida, me retiré a mi aposento para descansar un poco, pensando regresar en cuanto me hubiese recuperado, pero me siguieron Kohyoe y Kohsyobu y se sentaron junto al brasero.

—¡Hay tanta gente fuera que apenas puede verse algo! —se quejaban.

De pronto se nos presentó su excelencia.

—¿Qué estáis haciendo sentadas y a oscuras? Acompañadme...

Aunque no me sentía bien, obedecí y le seguí.

Mientras contemplaba a las bailarinas, todas ellas muy tensas, sucedió que la hija de Nakakiyo se encontró mal y hubo de salir. Me pareció algo irreal, como si lo estuviera viendo en sueños. En cuanto todo hubo concluido, su majestad la emperatriz regresó a sus aposentos.

Los nobles más jóvenes comentaban la ornamentación de los aposentos destinados a las bailarinas.

—¿Habéis observado que incluso los galones y los flecos de las cortinas de cada uno son de colores distintos según el gusto de la danzarina? Y también los peinados y atuendos de sus cortejos son muy variados... ¡No había dos iguales! Se diría que este año todos y todas han querido superarse...

Sus comentarios acabaron rayando el mal gusto.

* * *

Incluso en circunstancias normales las sirvientas de la bailarina se ponen muy nerviosas cuando han de danzar delante del emperador, pero aquel año hubo de ser, por fuerza, peor que nunca. Mientras estaba pensando en ello, entre curiosa y angustiada, entraron todas formando una sola fila. Al verlas no pude evitar sufrir por ellas. Y no había ninguna razón especial, pues ninguna estaba emparentada conmigo ni de lejos. Tal vez fue porque, aunque todos los que las habían elegido estaban convencidos de que «la suya» era la mejor, me resultó imposible descubrir a una que sobresaliera del conjunto. Quizás alguien con más experiencia sobre cuestiones de moda habría podido detectar diferencias entre ellas. Pensar en todos aquellos jóvenes cortesanos que las devoraban con los ojos cuando ninguna de ellas tenía un mal abanico con el que cubrirse... ¡Y, por si fuera poco, expuestas a la luz más intensa que quepa imaginar! El destino las había colocado en aquel trance, haciendo de cada una de ellas una rival para las demás, a las que debía superar en rango, prudencia e ingenio, mientras que la presencia de los jóvenes espectadores sólo podía servir para reforzar su timidez natural.

Quizás porque mis gustos son un poco anticuados pensé que la hija del gobernador de Tanba estaba muy elegante con su *uwagi* verde pálido, pero el consejero Fujiwata había vestido a la suya con uno rojo que contrastaba a la perfección con las chaquetas chinas amarillas de sus servidoras, de modo que no sabía con cuál quedarme. La hija de Narito no Ason era especialmente hermosa. En cambio, la del consejero de la derecha Kanetaka era muy alta y esbelta y tenía una cabellera preciosa, pero parecía un tanto descarada y disgustó a los espectadores. Las cuatro muchachas llevaban *uchikis* de tonos granate, y sus servidoras vestían de muy diversos colores. Mientras tres de ellas llevaban conjuntos de cinco *uchikis*, la hija del gobernador de Owari llevaba un *uwagi* de color púrpura claro, que, al contrastar, la hacía parecer muy elegante.

Cuando los secretarios del sexto rango se acercaron a ellas para recibir sus abanicos, una de las servidoras, la más bonita, tiró el suyo al suelo con un gesto muy gracioso, pero que me pareció poco delicado. De haber estado yo en su lugar, ni me habría pasado por la cabeza. Claro que tal vez en otro tiempo, cuando era más joven... ¿Es posible que cambiemos tanto con los años? ¡El corazón humano es un misterio! Si hubiese estado más acostumbrada a mezclarme con damas de la corte, seguramente me sentiría menos incómoda ante las miradas de los hombres. Traté de imaginar mi futuro como un sueño y empecé a fantasear. De pronto, una extraña agitación se apoderó de mi ánimo, que me impidió seguir disfrutando de la ceremonia.

Los aposentos asignados provisionalmente a las bailarinas del chambelán asesor Sanenari estaban enfrente de los de la emperatriz. Por encima de las mamparas se veían las cortinas que habían suscitado tantos comentarios y se oían las conversaciones.

—Sakyo no Muma parece sentirse muy cómoda entre las azafatas de la primera consorte imperial —decía el consejero de la derecha Kanetaka, dando a entender que eran viejos conocidos.

También el capitán Minamoto no Masamichi parecía acordarse de ella.

—La noche pasada Sakyō no Muma se sentó en el lado este entre las azafatas...

Los comentarios llegaron a oídos de las damas de honor de la emperatriz, y se interesaron mucho por la historia.

—¡Qué extraño! —se decían—. ¡Por fuerza había de recordar viejos tiempos! ¿Cómo es posible que la que fuera dama de honor regrese a la corte convertida en poco más que una criada? Tal vez crea que nadie se ha dado cuenta, pero tarde o temprano se sabrá...

Con esta idea en la cabeza, de entre los abanicos que su majestad les ofreciera eligieron uno con el monte Horai^[134] representado en colores. Con ello querían enviarle un silencioso mensaje. ¿Llegó ella a captarlo? Colocaron el abanico abierto sobre la tapa de una caja, dispusieron las trenzas de una bailarina a su alrededor y añadieron un peine atado con una tira de papel blanco.

—Ya no es tan joven como antes, pero ¿no os parece que el peine resulta demasiado explícito? —observaron los jóvenes nobles, pero doblaron el peine un poco más para hacerlo más curvado aún, de modo que sus extremos se tocaban hasta el mal gusto.^[135] Añadieron luego un rollito de incienso del llamado *kurobo*, mal cortado por ambos extremos, envuelto en un trozo de papel blanco como una carta. Tayū no Omoto se encargó de redactar el poema de ocasión:

Destacando
entre las numerosas damas
del banquete,
tu peinado
causó sensación.

—Si vais a darle este regalo —dijo su majestad—, debéis hacerlo más atractivo. Añadid más abanicos o cualquier otra cosa.

—No —contestamos nosotras—. Tampoco queremos que resulte demasiado ostentoso. Si viniera de su majestad, perdería el efecto alusivo. Se trata de una broma casera.

Elegimos una dama que ella no conocía para el papel de mensajera, y se dirigió al lugar donde se encontraba, anunciando en alta voz:

—Una carta de parte de Chunagon. La envía su majestad a Sakyō no Muma.

En cuanto hubo dejado el obsequio, se dio la vuelta y regresó corriendo para no tener que dar explicaciones. Nos contó que oyó decir a alguien:

—¿Por dónde ha entrado?

De todos modos, parece que la burlada quedó convencida de que era un regalo de su majestad la emperatriz.

(Después del festival)

Concluido el festival, pasaron unos cuantos días sin que se produjeran acontecimientos dignos de mención. El palacio se volvió un lugar aburrido, al que sólo los ensayos para la celebración de

la noche del día veinticuatro aportaban un poco de animación. Los nobles jóvenes no sabían qué hacer y vagaban de un lado a otro como perdidos.

Cuando la emperatriz hubo regresado al palacio imperial, se permitió que los hijos que su excelencia había tenido con Takamatsu^[136] visitaran los aposentos de las mujeres. Resultaba muy molesto verlos entrar y salir continuamente, y yo me mantuve al margen pretextando que había dejado atrás la juventud. Parece que no se interesaron en absoluto por las danzas Gosechi, y pasaban el día agarrados a las faldas de Yasurai, Kohyoe y otras damas de honor, jugando y piando como pajaritos.

Fue elegido representante imperial para el festival del Kamo el hijo segundo de su excelencia, vicegeneral Norimichi. Siendo día de abstinencia en palacio, su excelencia llegó la noche anterior y se quedó a dormir. Los nobles y los jóvenes que habían de intervenir en las danzas también se hallaban allí, de manera que los corredores que rodeaban los aposentos de las mujeres se llenaron de una animada concurrencia que sólo pensaba en divertirse. A la mañana siguiente se presentaron unos cuantos servidores del ministro del centro Kinsue con un regalo que entregaron a un escudero de su excelencia: una caja de libros de plata colocada encima de la que nosotras habíamos enviado a la pobre Sakyō. En su interior había un espejo, unos cuantos peines de áloe, uno de plata, y, en general, cuanto hacía falta para que el representante imperial se arreglara el cabello. Sobre la tapa de la caja había un poema trazado sobre un fondo de cañas pintadas que parecía una respuesta al nuestro del «peinado», pero faltaban dos caracteres y el resultado era muy extraño. Luego nos enteramos de que el ministro había hecho este regalo tan formal convencido de que el destinado a Sakyō procedía de la emperatriz en persona. ¡Lo que sólo había sido un juego para nosotras se interpretó como algo muy serio en las alturas!

La esposa de su excelencia acudió también a palacio para ver partir al representante imperial. Al verlo tan crecido e impresionante con el cabello adornado de flores de glicinia, su vieja nodriza Kura no Myōbu dejó de mirar a los que bailaban y sólo tenía ojos para él, llorando como una fuente. Como no había concluido el período de abstinencia, en cuanto regresaron todos del santuario sobre la hora del Buey^[137] de la mañana siguiente, las danzas se ejecutaron como una mera formalidad. Kanetoki, que, hasta el año pasado, se había distinguido por su brío, danzó mediocrementemente; aunque no tenga nada en común con él, me dio lástima y comparé su suerte con la mía.

(Mi vida en palacio)

Regresé a palacio el veintinueve del duodécimo mes. Al recordar que había entrado en él por vez primera en la misma fecha, me puse a evocar mi vida anterior como un viajero que deambula por caminos de ensueño, y me odié por haberme familiarizado tanto con la vida de la corte. La noche estaba muy avanzada, y como su majestad se había retirado para sus abstinencias, no fui a saludarla y me encerré sola en mi estancia. Sin proponérmelo empecé a escuchar las conversaciones de las damas que estaban de cháchara en la habitación contigua.

—¡Qué distinta es la vida en palacio! —comentaban—. ¡En nuestras casas todas estaríamos durmiendo, pero aquí el ruido incesante de pasos no te deja pegar ojo!

Yo me dije:
como el año
también mis días tocan a su fin.
Resuena fríamente
la voz del viento nocturno.

* * *

La última noche del año la ceremonia de la «expulsión de los demonios» resultó muy breve. Mientras descansaba en mi aposento tiñéndome los dientes de negro y maquillándome un poco, se presentó Ben no Naishi, charlamos un poco y se durmió en seguida. Sentada en el corredor, Takumi, la modista, trataba de enseñar a la joven Ateki a hacer los dobladillos de una prenda que se estaba cosiendo, cuando, de pronto, se oyó un gran estrépito en los aposentos que ocupaba su majestad. Me faltó tiempo para sacudir a Ben no Naishi, que tardó lo suyo en despertar. Los llantos y gemidos eran terribles, y me asusté mucho, convencida de que por lo menos se había declarado un incendio.

—Ea —dije yo, metiendo prisa a Takumi—, sea lo que fuere, su majestad está en su dormitorio esta noche, y tenemos que ir a comprobar si todo sigue en orden.

Finalmente pude despertar a Ben no Naishi, y las tres emprendimos la marcha, temblando de miedo. Una vez allí, hallamos para nuestra sorpresa a dos mujeres completamente desnudas: Yugei y Kohyobu. Nuestro descubrimiento no hizo sino inquietarnos más aún. Las criadas se habían retirado y los guardias habían partido en cuanto hubo terminado la ceremonia del exorcismo. Por más que dimos palmadas y gritamos, nadie se presentó. Llamamos a una criadita de la cocina y le dije, dejando de lado mi rango:

—¡Deprisa! ¡Avisa al secretario adjunto del departamento de la guerra! ¡Ha de estar en la sala principal!

La mocita fue a buscarlo, pero en vano: también se había ido. Me sentí mortificada cuando ¿quién vino a presentarse sino el secretario del Gabinete de los Ritos Sukenari? Iba solo de un lado a otro llenando las lámparas de aceite.

Damas y azafatas se miraban unas a otras, completamente desconcertadas. Entonces llegó un mensajero de parte de su majestad el emperador, y trajo ropas para las dos mujeres que a todas luces las necesitaban. Pero como los atuendos cié la ceremonia de año nuevo no habían sido robados, las pobres damas trataron de quitar importancia al asunto, aunque nunca podré olvidar el triste espectáculo que nos acababan de ofrecer. Fue espantoso, aunque también muy divertido, cosa que nunca confesaré en público.

El día de año nuevo no se hablaba de otra cosa. Como, de creer al almanaque, era un día nefasto, se suprimió la ceremonia del ofrecimiento del pastel de arroz al Principito. No obstante, el día tres fue presentado a su padre el emperador, y se le sirvió el mochi de rigor. Aquel año la dama encargada de la mesa era Dainagon. El primer día se puso un *uwagi* de color púrpura claro, una chaqueta china roja y una cola de reluciente seda estampada; el segundo vistió un conjunto de *uchikis* de brocado rojo y púrpura y de seda violeta brillante, una chaqueta verde y una cola blanca

bordada de oro y plata, y el tercero, los *uchikis* combinaban el blanco y las tonalidades rosadas. Los cubría una chaqueta granate de seda estampada. Según la costumbre, si la cara exterior de la prenda era oscura, el forro era claro, y viceversa. Las mujeres solían llevar conjuntos de tonos verde y azul, rojo y marrón, amarillo oscuro y claro, y ciruela encarnado y pálido: frecuentemente vestían conjuntos que combinaban seis colores distintos a la vez, aunque siempre predominaba uno sobre los demás, siendo su función la de realzar el tono «principal».

El tercer día, Saisho se encargó de llevar la espada ceremonial. La dama se presentó ante su majestad siguiendo a su excelencia, que llevaba el príncipe en brazos. Sobre un conjunto de siete *uchikis* de seda brillante color carmesí, vestía un *uwagi* del mismo tono con hojas de roble bordadas. La chaqueta era roja con adornos a la usanza de China. Para completar el efecto, arrastraba una cola triple. También su peinado había sido ejecutado a la altura de las circunstancias, de modo que tanto su aspecto como su actuación fueron sencillamente perfectos. Debo añadir que tiene la estatura ideal y un tipo impecable, con una cara pequeña de facciones exquisitas.

(Retratos de damas)

Dainagon es menuda, casi demasiado, pálida y, en conjunto, encantadora, aunque tal vez un poco demasiado llena. Lleva la cabellera algo más larga que su estatura, pero su mata de pelo es tan exuberante y se la cuida tanto, que casi ninguna la supera en elegancia. Tiene un rostro inteligente y se mueve con mucha gracia.

Senji, la altivez personificada, también es pequeña, pero está muy delgada. También lleva los cabellos largos, casi dos palmos más de lo habitual, pero siempre tan en su sitio que casi nos avergüenza. Se mueve con tanta dignidad que, cuando la vemos pasar, nos sentimos incómodas *bajo su sombra*. De todos modos, al oírla razonar o, simplemente, hablar, todas estamos de acuerdo en que no se puede pedir más de una auténtica *aristócrata*.

(Lo cierto es que, si sigo describiendo a mis compañeras, me llamarán vieja crítica, de modo que pasaré por alto las que me resultan más cercanas, y todas las que me parecen cuestionables o imperfectas.)

Saisho, hija de Kitano del tercer rango, tiene una figura llena y compacta y un rostro inteligente que mejora con el trato. Destaca por su aire refinado y luce una sonrisa deliciosa en las comisuras de los labios. Aunque en un primer momento pueda parecer excesivamente vistosa, lo cierto es que es gentil y amable, lo cual no significa que sea perfecta.

Koshosho es tan distinguida y graciosa que recuerda un sauce llorón en primavera. Tiene una figura encantadora y maneras impecables, pero peca de un natural desconfiado y dubitativo, hasta el extremo de que es incapaz de tomar una decisión incluso en los asuntos más triviales. A veces resulta tan ingenua que hace llorar. Si alguien poco escrupuloso intenta aprovecharse de ella o se pone a divulgar rumores, se lo toma muy a pecho. Es tan vulnerable y fácil de herir que se diría que está al borde de la muerte. Lo cierto es que me preocupa.

También Miya no Naishi es muy atractiva. Tiene una estatura perfecta y cuando está sentada, resulta imponente y elegantísima. Aunque no es una mujer cuyo atractivo deba atribuirse a una sola

de sus cualidades, su piel tiene una frescura que le confiere una distinción enorme, y el contraste de su tez blanquísima con sus cabellos negros la colocan en una categoría aparte. La forma de su cabeza, su cabellera, su frente... todo en ella nos admira por su perfección y, al mismo tiempo, el conjunto rebosa candor y espontaneidad. Se mueve con mucha naturalidad, es amable con todos y jamás molesta a nadie. Merecería ser tomada como modelo y ojalá todas nos pareciésemos a ella.

Shikibu no Omoto, su hermana menor, está demasiado llena. Además tiene una tez muy pálida, aunque debe reconocerse que sus facciones son muy delicadas. Su cabellera tiene unos reflejos soberbios, pero no es muy larga porque acude a la corte con peluca. En líneas generales, sin embargo, recuerdo su figura regordeta como algo delicioso. Tiene, además, unos ojos muy bonitos, y, cuando sonrío, resulta francamente seductora.

Entre las damas más jóvenes, Kodayu y Gen Shikibu tienen fama de atractivas. Kodayu es bajita y muy refinada. Tiene un pelo precioso, y, en tiempos, fue todavía más espeso y largo de lo que es ahora. Su rostro posee carácter y deja huella en quienes la miran. Gen Shikibu es esbelta y elegante, con una talla ideal. Tiene unas facciones muy bellas y cuanto más la miras, más te impresiona. Su encanto y frescura son las que uno espera de «una muchacha de buena familia».

Kohyoe y Shoni también son bonitas.

Todas esas damas de honor han despertado más de una vez el interés de algún cortesano. Si alguna resbala, resulta muy difícil enmascarar el desliz, pero, sea como fuere, debe reconocerse que han sabido tomar las precauciones necesarias para que sus asuntillos no salieran a la luz pública.

La belleza de Miyagi no Jiju destacaba por su delicadeza. Era de una constitución muy grácil, como si estuviera destinada a ser siempre una niña, pero se dejó vencer por la edad y se hizo monja. Luego desapareció. Tenía los cabellos tan largos que le arrastraban por el suelo, pero se los cortó cuando se despidió de palacio. No la he olvidado. Tenía unas facciones preciosas.

Hay una mujer llamada Gosechi no Ben, que, según dicen, fue educada como hija adoptiva por el consejero medio Taira Korenaka. Tiene la clase de carita que aparece en las pinturas: frente amplia, ojos estrechos y facciones impersonales. Además, está muy pálida y sus brazos y manos son una maravilla, pero su melena, que era dos palmos más larga que ella misma y excepcionalmente gruesa, se ha adelgazado considerablemente como si lo hubiera hecho a propósito. ¡Cuesta de creer! De todos modos, sigue cayendo bien hasta rozar al suelo e incluso un poco más.

La mujer a la que llaman Roma tenía también una cabellera larguísima. En tiempos fue una dama de honor maravillosa, pero ahora parece el puente de un *koto* pegado con cola y se pasa el día encerrada en sus aposentos.

Hasta ahora he descrito su aspecto exterior, pero entrar en detalles sobre sus caracteres ya es harina de otro costal. Todas tienen sus cosidas, aunque no puede decirse que ninguna de ellas sea realmente malvada. No se pueden tener todas las gracias a la vez, y, además, ser atractiva, modosa, inteligente, elegante y de fiar. Todas somos distintas, y no es fácil determinar cuál debe llevarse las mayores alabanzas. Pero mejor dejar las cosas aquí.

Oí hablar de cierta dama llamada Chujo^[138] que se hallaba al servicio de la gran vestal del Kamo. En cierta ocasión, alguien me mostró unas cartas que había intercambiado con otra persona. La autora se mostraba en ellas terriblemente afectada y parecía convencida de que no había nadie en este mundo tan inteligente y perspicaz como ella. Todas las demás éramos zafias e insensibles. En cuanto las hube leído, me costó contenerme y mi corazón rebotó de furia. Aunque quizás era únicamente un modo de expresarse, decía cosas como: «A la hora de juzgar en materia de poesía, ¿quién puede rivalizar con nuestra gran vestal? ¡Hoy sólo ella sería capaz de reconocer un talento prometedor!». Tal vez tenga algo de razón, pero si dispone de un círculo de amistades tan excepcional, ¿por qué producen tan pocos poemas de mérito? Ciertamente parece gente muy elegante y sofisticada, pero, puestos a comparar, dudo mucho que sean mejores que las mujeres que tengo a mi alrededor.

Por otra parte, viven muy encerradas en sí mismas. Siempre que las he visitado, porque es un lugar famoso por sus noches de luna, sus delicadas auroras, sus cerezos en flor y el canto de los zorzales, la gran sacerdotisa me ha parecido una mujer muy sensible. El lugar resulta tan recoleto como misterioso, y las que lo habitan cuentan con muy pocas distracciones. Jamás se ven perturbadas por momentos de tumulto como cuando su majestad visita al emperador o su excelencia decide venir a pasar la noche aquí. Bien mirado, el lugar en que se desenvuelven debe fomentar por fuerza la calidad de su poesía. Rodeadas de una elegancia tan perfecta, ¿cómo podrían componer poemas que no fuesen excelentes?

Si un pobre fósil como yo me pusiera al servicio de la sacerdotisa, conociera allí a un hombre y empezara a intercambiar poemas con él, estoy segura de que me relajaría, absorbiendo automáticamente mucho de la belleza del lugar, con la seguridad, además, de que nadie me dirigiría reproches por superficial. Y si alguna de mis jóvenes compañeras de palacio, sin nada de que avergonzarse en cuanto a belleza y años, se pusiera a servir en el santuario y decidiera entablar una conversación poética con otra persona, estoy convencida de que lo haría mejor que las que ya están allí.

En cambio, aquí, en palacio, no hay otras consortes o emperatrices que intenten rivalizar con su majestad, ni damas de honor o azafatas capaces de desafiarnos, de manera que todos, hombres y mujeres, somos demasiado conformistas por falta de auténticos acicates que nos obliguen a superarnos. Su majestad frunce el ceño ante cualquier conducta mínimamente frívola como si fuese el colmo de la vulgaridad, y, en consecuencia, ninguna dama que pretenda hacer carrera se permite nada que pueda ser interpretado como mera coquetería. Con ello no pretendo ignorar que hay mujeres entre nosotras de talante muy distinto, a las que poco les importa que las tengan por ligeras de cascos y descaradas, ni ganarse una reputación detestable. Los hombres establecen relaciones con este tipo de damas puesto que son presa fácil, mientras se burlan de nosotras y nos tildan de tímidas y poco sociables. Por otra parte, las damas de los rangos superiores suelen ser excesivamente altivas y soberbias, y ello no redundará precisamente en honor de su majestad la emperatriz.

Quizás parezca que tengo ganas de criticar a estas últimas, pero no existe nadie que sea del todo despreciable o absolutamente perfecto. Las que son buenas en algo, son malas en otra cosa, y cada virtud aparece contrapesada por un defecto. De todos modos, en un mundo donde las jóvenes tratan de pasar por graves y dignas, quedaría muy fuera de lugar que las que las superan en edad se entregaran a conductas de dudoso gusto. Sea como fuere, preferiría que no se mostraran tan poco sociables.

Sabéis que su majestad, tan refinada y perspicaz, es de un natural tan reservado que jamás osa hacer observaciones, y, si hiciera alguna, no por ello estaría menos convencida de que son muy pocas las personas realmente imprudentes y desvergonzadas. Pero hay que reconocer que, a veces, sus actuaciones un tanto ambiguas han sido peores que el mal. En cierta ocasión, siendo mucho más joven, oyó que una azafata muy descuidada y pagada de sí misma hacía unos comentarios muy desafortunados sobre un acontecimiento importante. Estaban tan fuera de lugar que la afectaron profundamente. De manera que ahora piensa que las personas capaces de comportarse sin caer en deslices graves merecen ya todos los respetos. Ello explica las maneras pueriles de las jovencitas «de buena familia» de que se ha ido rodeando a lo largo de los últimos años y cómo han ido creándose los hábitos que ahora dominan en su corte.

Su majestad ha madurado mucho en los últimos tiempos^[139] y empieza ya a entender cómo funciona el mundo, es decir, que las personas tienen sus virtudes y sus defectos y que a veces cometen excesos o errores. También se ha dado cuenta de que los cortesanos con experiencia se quejan por lo bajo de que en sus aposentos todo resulta banal y poco interesante, pero lo cierto es que no se puede complacer a todo el mundo a la vez. Si deja que nos relajemos y tropezamos, puede ocurrir lo peor. Por ello, por más que ahora desearía que fuéramos menos timoratas y reservadas, resulta muy difícil cambiar hábitos largamente establecidos. Más aún: cuando los cortesanos jóvenes están entre nosotras, hacen por adaptarse al estilo de la casa y se muestran taciturnos y aburridos.

En cambio, si estuvieran en la residencia de la gran vestal, se sentirían estimulados a escribir poemas alabando la belleza de la luna y de los árboles floridos. Pero aquí, en este lugar carente de todo encanto pero siempre lleno de gente que entra y sale, la elegancia brilla por su ausencia y resulta casi imposible dar con un mujer capaz de mantener una conversación que suene mínimamente interesante o de componer una respuesta aceptable a un poema. Eso es lo que, sin duda, se comenta a nuestras espaldas, aunque nadie ha osado hasta ahora decirlo delante de mí. Cuando se presenta un visitante, y, aun respondiéndole una trivialidad, el hombre se molesta, se produce una situación desagradable. Conviene, pues, no bajar nunca la guardia. ¡Y qué pocas tienen el tacto suficiente para evitar esa clase de malentendidos! ¿Por qué ha de resultar siempre preferible batirse en retirada ante los comentarios picantes de los demás cuando hay tanta gente aficionada a meter la nariz en los asuntos ajenos? El problema radica, en última instancia, en saber distinguir y adaptarse a las circunstancias para no molestar a nadie.

Cuando el chambelán de la casa de su majestad Tadanobu llega con un mensaje para la emperatriz, las principales damas de honor se sienten tan desamparadas que son incapaces de salir a

su encuentro a recibirle y, si lo hacen, jamás las oíréis decir nada mínimamente sensato. Y no es porque les falten palabras o inteligencia, sino que se sienten tan embarazadas y nerviosas que temen decir alguna estupidez, de modo que prefieren callar y hacerse invisibles. ¡En ninguna corte que yo conozca las mujeres se comportan así! Ciertamente, una vez se ha ingresado en un círculo especial, incluso las damas de mejor cuna procuran adaptarse a él, pero *nuestras* mujeres siguen actuando como niñas en casa de sus papás. Como su excelencia ha dejado claro que no le gusta ser recibido por personal subalterno, con frecuencia debe irse sin ser recibido por nadie, pues la dama «adecuada» se encuentra de visita con su familia y las que podrían sustituirla prefieren quedarse en sus aposentos. Otros dignatarios que frecuentan los aposentos de su majestad suelen tener sus propias interlocutoras y se retiran no poco decepcionados si da la casualidad que la elegida está ausente. A la vista de todo ello, ¿cómo puede sorprendernos que se estén quejando siempre de que los aposentos de la emperatriz parezcan un cementerio?

Por ello, pienso, las damas que rodean a la gran vestal nos miran con desprecio y burla. De todos modos, aunque debe reconocerse que llevan su parte de razón, no encuentro aceptable que las mujeres del círculo de la sacerdotisa se harten de repetir que no merecemos ser visitadas ni escuchadas. Es más fácil criticar que realizar el ideal propio. Esas damas cargadas de soberbia ignoran que al tratar a las demás con tanto desdén, sólo consiguen poner de manifiesto sus propias limitaciones. ¡Cuánto me gustaría mostrar las cartas de Chujo a su majestad, pero me las quitó la misma persona que me las había enseñado, pues, según parece, también las había sustraído a alguien! ¡Qué no daría por recuperarlas!

(Otras damas)

Aquella a la que llaman Izumi Shikibu^[140] escribe unas cartas espléndidas, pero su conducta deja mucho que desear. Hay en su carácter aspectos francamente negativos, aunque debe reconocérsele auténtico genio a la hora de escribir cartas llenas de espontaneidad, y la observación más banal brilla como un astro gracias a su pluma inimitable. Sus poemas son auténticamente deliciosos. Aunque su conocimiento de nuestro canon poético y su criterio a la hora de juzgar poesía ajena distan mucho de ser perfectos, es capaz de improvisar cuantos poemas le vengan en gana y siempre consigue poner en ellos alguna frase rutilante. En cambio (lo hemos dicho ya), a la hora de juzgar los poemas ajenos, pocas veces acierta plenamente. Es de la clase de personas excepcionalmente dotadas para la improvisación, pero sus limitaciones me impiden colocarla entre los poetas de primerísima categoría.^[141]

Su majestad y su excelencia llaman Masa Hira a la esposa del gobernador de Tanba. Tal vez no sea un genio, pero tiene muy buen gusto y no se siente obligada a componer un poema sobre todo lo que ve u oye por el mero hecho de que *es poeta*. A juzgar por lo leído, su obra es muy competente, incluso en los poemas de ocasión. En cambio, las que tienen tan alta opinión de sí mismas que, al ver caer un sombrero, se ponen a escribir versos cojos que apenas se tienen en pie o producen las composiciones más pretenciosas que imaginarse pueda, resultan sencillamente patéticas.

Sei Shonagon,^[142] sin ir más lejos, estaba cargada de pretensiones. Se consideraba un auténtico talento y llenaba sus escritos de caracteres chinos, pero, si se examinan con detalle, lo cierto es que

dejan mucho que desear. Las que se creen superiores al resto de la humanidad como ella sufren mucho y suelen acabar mal, y las que se han vuelto tan «preciosas» que se salen del camino para dar rienda suelta a su sensibilidad en las situaciones menos prometedoras, tratando de sacar jugo poético de cualquier bobada, son ridículas y superficiales. ¿Cómo pueden esperar que les sonría un futuro brillante?

(Hablemos de mí...)

Cuando toco el *koto* para mi propio solaz, bastante mal, por cierto, con la brisa fresca del anochecer, me preocupa que alguien pueda oírme y piense que no hago más que «sumarme a la tristeza general».^[143] ¡Ay de mí! De modo que ahora mis dos instrumentos, el de trece cuerdas y el de seis,^[144] permanecen en un cuartucho miserable y negro de hollín, pero siempre con las cuerdas a punto. Debido a mi negligencia —olvidé, por ejemplo, hacer retirar los puentes en los días lluviosos—, han acumulado polvo y reposan entre el armario y un pilar.

Hay, también, dos armarios grandes llenos hasta los topes. Uno de ellos contiene viejos poemas y cuentos, convertidos hoy en refugio de incontables insectos que se mueven de un lado a otro de un modo tan desagradable que nadie se molesta ya en mirarlos; el otro rebosa de libros chinos olvidados desde que aquel que los atesoró abandonó este mundo.^[145] Cuando la soledad amenaza con abrumarme, saco uno o dos libros para ojearlos; pero mis sirvientas se reúnen a mis espaldas para murmurar.

—¿Qué clase de mujer lee libros chinos? ¡Ahí está la causa de sus desgracias! —repiten—. Antes ni siquiera estaba bien visto leer los sutras.

«Sí», quisiera replicarles, «¡pero no he conocido nunca a nadie que viviera más años por creer en tantas supersticiones como vosotras!» De todos modos, sería desconsiderado por mi parte, pues hay algo de verdad en lo que dicen.

Todos somos distintos. Unos son alegres, abiertos y de buen conformar, otros han nacido pesimistas y, como nada les divierte, se sepultan bajo libros viejos, hacen penitencia, entonan sutras y pasan la vida con el rosario en la mano, actividades todas ellas que detesto profundamente. Tanto me inquietan las miradas de espía de mis sirvientas que a veces me lo pienso dos veces antes de hacer lo que otra dama en mi posición haría sin dudarlo un instante. Sobre todo en la corte... ¡Hay tantas cosas que quisiera decir y que acabo callando! Carece de sentido tener que dar explicaciones a la gente sobre asuntos que jamás comprenderán, y como sólo conseguiría malquistarme con mujeres llenas de pretensiones y que únicamente gozan con la maledicencia, guardo mis pensamientos para mí misma. Resulta muy difícil encontrar personas auténticamente inteligentes, pues la mayoría está cargada de prejuicios y desprecia las opiniones ajenas...

Se diría que no me entienden, y paso por tímida. Cuando me he visto obligada a sentarme con ellas, he procurado esquivar sus críticas miserables manteniendo la boca cerrada, y no porque sea especialmente retraída, sino porque sus conversaciones me parecen de mal gusto. Con ello sólo he conseguido ganarme fama de «aburrida».

«Hermosa pero tímida, poco amiga de miradas ajenas, retraída, amante de las viejas historias,

tan aficionada a la poesía que casi todo lo demás no cuenta para ella, y desdeñosa del mundo entero», he aquí la opinión desagradable que la gente tiene de mí. Y, sin embargo, cuando me conocen me consideran dulce y muy distinta de lo que les han hecho creer. Sé que la gente me tiene por una especie de proscrita, pero me he acostumbrado a ello y me repito para mis adentros: «soy como soy». Me consta que su majestad dijo en cierta ocasión que al conocerme pensó que yo no era la clase de persona que la ayudaría a relajarse, pero que ahora no puede prescindir de mi compañía y me antepone a todas las demás. ¡Ojalá consiguiera ganarme también la simpatía de todas esas personas altaneras que la rodean, incluso la de las más afectadas y desagradables!

Por regla general, la gente no suele criticar a las que son modestas, amables y tranquilas, y una mujer con esas cualidades suele considerarse encantadora. Aunque sea frívola y caprichosa, nadie la detestará si evita molestar a las que la rodean. En cambio, el mundo no perdona a las muy pagadas de sí mismas que estudian todos y cada uno de sus gestos para causar siempre «la mejor impresión posible»: se las critica incluso por su modo de sentarse o despedirse. También llaman poderosamente la atención —y no precisamente para bien— las que se contradicen cuando hablan y menosprecian a sus compañeras. Mientras se eviten estas faltas, el mundo está dispuesto a concedernos el beneficio de la duda y demostrar su «buena voluntad», aunque sólo sea superficialmente.

No hay mal alguno en burlarse de los que hacen daño al prójimo deliberadamente, aunque a veces el daño no sea realmente querido y deba atribuirse a su falta de juicio. Hay personas tan virtuosas que compadecen a los que las odian, pero yo no me coloco entre ellas. El mismo Buda, que es todo compasión, ¿perdonaría al que insultara los Tres Tesoros en que se basa su doctrina? ¿Cómo esperar, pues, que en este mundo mancillado no se responda a la injuria con la injuria? Pero no todos reaccionan ante ella de la misma manera, y mientras unos descargan su rencor en forma de comentarios maliciosos o dando pábulo a rumores terribles, otros son capaces de guardarse su resentimiento y aparentar una indiferencia absoluta. No hay dos caracteres iguales.

* * *

Había una dama llamada Saemon no Naishi que, por razones que desconozco, me detestaba e hizo correr los rumores más peregrinos sobre mí. En cierta ocasión, su majestad el emperador estaba escuchando una lectura de *La novela de Genji*.

—¡La autora debe de haber leído las *Crónicas de Japón*! —dijo—. Por fuerza es persona muy leída.

Saemon no Naishi lo oyó, sacó sus propias conclusiones, y se puso a contar a toda la corte que yo era una mujer muy sabia que se moría por lucir su erudición... ¡y me sacó el mote de «Nuestra Señora de las Crónicas»! ¡Qué ridiculez! ¿Cómo iba yo que, incluso en casa, me resisto a mostrar lo que sé ante mis criadas, a hacer gala de mis conocimientos delante de toda la corte?

Cuando mi hermano, hoy secretario del Gabinete de los Putos, era un niño que estudiaba los clásicos chinos, solía escucharle y, cuando él tropezaba o no entendía alguna cosa, me veía capaz de ayudarle y sacarlo del atolladero. Mi padre, al oírnos, solía repetir, suspirando: «¡Qué lástima que

el niño no sea *ella!*». Pero pronto me di cuenta de que la gente empezaba a murmurar: «Ya parece mal que *un hombre* exhiba su saber...», de modo que en adelante me abstuve incluso de trazar el número uno en caracteres chinos. De ahí que mi caligrafía sea detestable. En cuanto a los llamados «clásicos» que solía leer, me olvidé de ellos, pero no conseguí que dejaran de circular esos rumores maliciosos sobre mi persona. Obsesionada por lo que podían pensar los que llegaran a oírlos, fingí que era incapaz de entender incluso las inscripciones chinas que aparecen en los biombos.

En cierta ocasión, su majestad la emperatriz me pidió que le leyera algunos fragmentos de las obras completas de Po Chu-I,^[146] porque quería profundizar en sus versos, de modo que elegimos una hora en la que no hubiera nadie más y, aunque me consideraba una simple aficionada, leímos juntas los dos libros de las Nuevas baladas del poeta. Empezamos hace dos veranos. Aunque lo mantuvimos en secreto, llegó (no sabemos cómo) a conocimiento de su excelencia y del emperador, de manera que mandaron hacer bellísimas copias de algunos libros chinos que regalaron a la emperatriz. ¡Afortunadamente parece que la chismosa de Saemon no Naishi no llegó a enterarse de lo que hacíamos su majestad y yo, porque, en caso contrario, no se hubiera hablado de otra cosa en la corte durante *siglos!* En nuestro mundo, cualquier minucia adquiere proporciones desmesuradas.

De todos modos voy a ser franca: me importa un comino lo que piensen los demás. He decidido depositar mi confianza en Buda Amida y dedicarme a leer los sutras. Tampoco existe inconveniente alguno que me impida hacerme monja, porque he dejado atrás los leves vínculos que siempre tuve con las pruebas y fatigas que nos depara la vida... Y, sin embargo, aún tengo mis dudas. Incluso si diera el paso definitivo y me despidiera del mundo, temo que me costaría mostrarme absolutamente firme hasta el momento en que el Iluminado me acogiera desde su nube gloriosa. Ha llegado la hora. Si espero más tiempo, envejeceré más todavía, y mis ojos, mucho más débiles, no podrán ya leer los sutras... ¿Qué será entonces de mi espíritu? He aquí la razón por la que, aun a riesgo de parecerme a los auténticos devotos, no puedo quitarme esas reflexiones de la cabeza. Claro que un ser que ha de pedir perdón *por tantas cosas*^[147] difícilmente podrá esperar la salvación.^[148] Cuando veo acumularse las pruebas del peso de mis vidas pasadas, la tristeza se adueña de mi ser.

(Una carta)^[149]

«¡Ojalá pudiera hacerte saber todas las cosas buenas y malas que hallo en este mundo, empezando por las que hacen referencia a mi propia vida, cosas que jamás llegué a consignar en carta alguna! ¿Acaso esperabas esta clase de confesiones de una amiga? Quizás la vida te parece difícil de soportar... ¡Mira, te lo ruego, en mi corazón! Escríbeme, por favor. Lamentaría que mis escritos se dispersaran y llegaran a conocimiento de los demás. He escrito muchas cosas de este tipo, pero no hace mucho rasgué mis papeles, quemé algunos y de otros hice casas de muñecas.

»Desde entonces no he recibido más cartas y he tomado la decisión de no volver a escribir sobre papel nuevo... ¡Ya ves cuán ahorrativa me he vuelto! Pero pienso que no me equivoco. Una vez hayas terminado de leer esto, devuélvemelo. Seguramente hay partes difíciles de entender, y no es imposible que haya omitido una o dos palabras, pero pasa por alto esas faltas y léelo de arriba abajo. Ya ves... Todavía me angustia lo que los demás puedan pensar de mí, y si hubiera de resumir mi estado de ánimo en este momento, tendría que admitir que aún me siento fuertemente ligada a las

cosas de este mundo. Pero ¿cómo evitarlo?»

(Regreso a la corte)

El día once del primer mes^[150] su majestad fue a la capilla de palacio muy de mañana. La acompañó la esposa de su excelencia mientras las damas de honor se dirigían allí en bote. Yo fui mucho más tarde. Para aplacar a los malos espíritus se procedió a la distribución de pétalos de loto mientras se entonaba la confesión general tal como se hace en los grandes templos. Los nobles habían estado pintando pagoditas blancas sobre pétalos de papel para distraerse, pero la mayoría se había ido y quedaban muy pocos.

A primera hora, todos los predicadores —hubo veinte— pronunciaron un sermón de felicitación dedicado a su majestad la emperatriz, y muchos se pusieron en ridículo porque no paraban de interrumpirse los unos a los otros y luego no sabían cómo seguir.

Cuando todo hubo concluido, los cortesanos que quedaban se subieron a los botes y remaron por el lago^[151] formando una procesión. En la galería oriental de la capilla, delante de la puerta que da al norte, se sentaba Tadanobu, chambelán imperial, apoyándose en la balaustrada de la escalinata que llega hasta el agua. Mientras su excelencia conferenciaba con el emperador, Tadanobu aprovechó la ocasión para intercambiar unas palabras con Saisho y otras damas, pero como estábamos en presencia de la emperatriz, no nos sentíamos cómodas. Entonces apareció una luna brumosa, y los jóvenes, instalados en botes, se pusieron a entonar canciones de moda. Masamitsu, secretario del Tesoro, que se había unido a ellos y nos daba la espalda, no se atrevía a unir su voz a la de los otros, y resultaba muy divertido. Detrás de las cortinas de los *kichós* las mujeres se partían de risa.

—Al meterse en el bote se ha dado cuenta de su edad —dije yo.

Parece que Tadanobu me oyó y murmuró:

—Hsu Fu y Wen Ch'eng, dos ancianos a la busca de la inmortalidad... La historia está llena de mentiras...^[152]

La cita me impresionó.

Los jóvenes cantaban «Algas sobre el lago», y les acompañaba una flauta que parecía intensificar la frescura de la brisa del alba. El lugar y la estación hicieron de aquel instante algo inolvidable.

* * *

Su excelencia se dio cuenta de que su hija la emperatriz tenía *La novela de Genji* junto a ella. Una vez más soltó sus bromas de siempre, y, tomando un papel que envolvía unas ciruelas, escribió:

Aunque es bien conocido

tu saber ácido,

¿quién podría pasar de largo delante de tu madurez

y no desear cogerte?

Y yo improvisé la siguiente respuesta:

Ninguno de los que pasan
me ha probado aún.
¿Cómo saber
si soy ácida o no?

—¡Me sorprendes! —le dije.^[153]

* * *

Una noche, mientras dormía en mi aposento junto al corredor, alguien se puso a dar golpecitos en mi puerta. Me asusté tanto que pasé en silencio el resto de la noche. Por la mañana recibí este poema:

Más triste que el rascón de agua que se lamenta toda la noche, la he pasado entera golpeando una puerta de ciprés.

Y yo repuse:

¡Ojalá hubiese podido abrir sin temor al rascón de agua!

Pero franquearle la entrada me pareció peligroso...

(Un año después)

Durante los tres primeros días del presente año^[154] las damas de honor de mayor rango acompañaron a los príncipes imperiales a palacio para la ceremonia de los mochi. Yorimichi, capitán de la guardia de la puerta de la izquierda, llevaba los niños en brazos, y su excelencia se encargó de presentar los pastelillos de arroz al emperador. El mismo soberano, volviéndose a la puerta doble situada al este de la estancia, colocó los pastelillos sobre la cabeza de los príncipes. Tanto al ir como al volver, la procesión fue una maravilla, pero la emperatriz no hizo acto de presencia.

Aquel día de año nuevo fue Saisho la que sé encargó de servir a la mesa. Como de costumbre iba vestida con muy buen gusto y estaba muy atractiva. Le ayudaban dos muchachas, Takumi y Hyogo, también con el pelo recogido, lo cual hacía resaltar su belleza. En cambio, la dama que tenía a su cargo el *tosō*^[155] y los remedios, Fuya no Hakasé, destacaba por oficiosa y cargada de pretensiones. Como todos los años se distribuyó unguento entre las damas.

* * *

El día dos se canceló el banquete de la emperatriz, pero los huéspedes que se habían presentado fueron acomodados en la galería oriental. Los nobles se sentaron en dos hileras enfrentadas. Estaban presentes el gran consejero y preceptor Michitsuna, el general de la derecha Sanesuke, el chambelán Tadanobu, el consejero mayor Kinto, el consejero medio supernumerario Takaie, el consejero medio Yukinari, el capitán de la guardia de la puerta de la izquierda Yorimichi, el consejero Arikuni, el secretario del Tesoro Masamitsu, el capitán de la guardia de la izquierda Sanenari y el consejero Minamoto no Yorisada. El consejero medio Minamoto no Toshikata, el capitán de la guardia de la

puerta de la derecha Yasuhira y el consejero de la izquierda Tsunefusa y el de la derecha Kanetaka estaban sentados en la parte exterior de la galería, a la cabeza de los cortesanos principales.

Su excelencia tomó en brazos al príncipe más mayor y lo sacó fuera, obligándole a saludar a los huéspedes con unas vocecitas que le extrajo a fuerza de bromas. Luego, volviéndose a su esposa, le preguntó:

—¿Saco también al pequeño?

Al oírle, el niño se puso muy celoso y lloró para expresar su protesta. Su excelencia hubo de reemprender sus bromas para hacerle callar. El general de la derecha Sanesuke y algunos cortesanos más se rieron mucho.

Luego, todos fueron a rendir homenaje a su majestad el emperador, que salió a recibirlos en el Gran Salón. Hubo música y su excelencia se emborrachó como siempre. Temiendo complicaciones, procuré pasar desapercibida, pero de poco me sirvió.

—¡Ea! —gritó él, dándose las de ofendido—. Cuando invitaba a tu padre a un concierto, ¿piensas que escapaba de este modo? ¿A qué tanta prisa?

Y siguió acosándome:

—Vamos... Quiero que me des un poema para hacerte perdonar... —insistió—. A la memoria de tu padre en el día de la Rata. ¡Ea! Quiero ver este poema cuanto antes...

Pero hubiese quedado muy mal por mi parte seguirle el juego. De todos modos, su excelencia tampoco estaba tan borra>cho como todo eso. Erguido entre las antorchas, incluso parecía francamente hermoso y atractivo.

—Ha sido muy triste ver a su majestad sin hijos durante tanto tiempo —dijo su excelencia—, pero ahora en todas partes huele a niños... ¡Me siento en la cúspide del mundo!

Luego se acercó a la cortina, la levantó y dirigió una última mirada a los principitos.

—Si en el prado no hubiera pinos tiernos... —murmuró para sí.

Debo reconocer que aquella cita resultaba más apropiada que cualquier poema mío escrito especialmente para la ocasión, y me dejó impresionada.

Al caer la tarde del día siguiente, una niebla espesa cubrió el cielo, o, al menos, la estrecha franja de él que me era dado ver desde mi corredor entre los tejados. Estaba con Nakatsukasa, la dama-nodriza, y le conté cuánto me había admirado la improvisación de su excelencia durante la noche anterior. ¡Nakatsukasa es un mujer muy espiritual e inteligente, y da gusto hablar con ella!

* * *

Regresé a casa por unos pocos días, pero volví a palacio para celebrar la fiesta del quincuagésimo día del príncipe Atsunaga, que tuvo lugar el quince del primer mes. Me presenté en palacio poco antes de la aurora, pero Koshosho llegó mucho más tarde, cuando ya era de día, y debo decir que se la veía un tanto avergonzada. Como siempre, lo compartimos todo. Habíamos

comunicado nuestras habitaciones, que eran contiguas, y cada una de nosotras las usaba incluso cuando la otra se hallaba fuera. Cuando ambas coincidíamos en la corte, instalábamos una cortina entre las dos para poder tener una cierta intimidad. Su excelencia se divertía mucho.

—¿Qué ocurriría si alguna de vosotras aprovechase la ausencia de la otra para invitar a otra conocida? —dijo en tono sarcástico.

Me pareció un comentario de un gusto deplorable, pero nos entendíamos tan bien que no imaginé que aquello pudiera ocurrir nunca.

A mediodía fuimos a hacer compañía a su majestad la emperatriz. Koshosho llevaba una chaqueta china encarnada sobre un conjunto de uchikis de seda blanca forrados de rojo, además de la cola estampada de rigor. Yo vestía una chaqueta de mangas blancas forradas de verde pálido sobre un conjunto de uchikis carmesí forrados de púrpura y verde claro forrados de verde oscuro, además de la cola. Mi atuendo me hacía parecer tan joven, que hubiese hecho bien intercambiándolo con el de mi compañera Koshosho. Otras diecisiete damas habían acudido de palacio para hacer compañía a su majestad.

Tachibana no Sami estaba encargada de servir la comida al príncipe Atsunaga. Kodayu y Gen Shikibu debían traer las bandejas desde el otro lado de la galería, y Koshosho recibirlas en el interior.

El emperador y su consorte estaban sentados en sus respectivos sitios protegidos por las cortinas. Iluminados por el sol de la mañana, resplandecían como dos joyas. Su majestad vestía el traje de corte ordinario y calzas bombachas, y su esposa un conjunto de *uchikis* de tonos rojo ciruela, amarillo verdoso y hoja de sauce sobre la túnica carmesí sin forro. A ello había que añadir un *uwagi* de brocado color vino. El efecto general podría describirse como una atrevida combinación de formas y colores según la última moda. Como su presencia casi deslumbraba, me coloqué entre las filas de atrás para hacerme invisible.

Nakatsukasa apareció por el espacio que mediaba entre los dos sitios con el Principito en brazos y lo llevó a la parte sur de la sala. Aunque no es especialmente hermosa ni distinguida, parecía la estampa de la dignidad. Se veía que era muy inteligente y que había nacido para dar lecciones. Vestía un atuendo ligero de seda púrpura estampada, un *uchiki* liso de color verde y una chaqueta china de mangas blancas forradas de verde oscuro.

Todas las mujeres estaban espléndidas, excepto dos que, por falta de gusto, no acabaron de acertar la combinación de los colores de sus mangas. Además, siendo las encargadas de traer la comida, todos los nobles y cortesanos las pudieron examinar de arriba abajo. Luego oí decir que Saisho estaba escandalizada, aunque no había para tanto. En realidad, no se las puede acusar de nada. Digamos que estuvieron *poco inspiradas*. Kodayo llevaba una túnica carmesí sin forrar y un conjunto de cinco *uchikis* de diversas tonalidades de encarnado forrados de púrpura. Su chaqueta china era blanca y forrada de granate. Parece que Gen Shikibu vestía un atuendo de seda estampada de tonos rojos y púrpura. Muchos la criticaron, diciendo que *no era de brocado*, pero seguramente ello responde a una mentalidad un tanto convencional. Comprendo que, tratándose de una ceremonia

pública, se critique la falta de gusto cuando es muy evidente, pero juzgar los pros y los contras de determinados atuendos no está al alcance de todo el mundo...

Cuando la ceremonia de los *mochi* hubo concluido, las damas de palacio fueron a la alcoba occidental, que es donde solía estar el emperador, y se sentaron en apretadas hileras aprovechando que las persianas de la galería habían sido levantadas. También se colocó allí Tachibana no Sami, junto con numerosas asistentes domésticas. En cuanto a las damas de honor de la emperatriz, las más jóvenes se sentaron en la antecámara de la galería oriental, en cuyo lado sur se habían retirado los cerramientos de papel y sustituido por persianas. Yo me dirigí al lugar donde se hallaban las damas Dainagon y Koshosho, un pequeño espacio entre la alcoba de la consorte imperial y la galería del este, desde donde ambas contemplaban el espectáculo.

Su majestad ocupó su trono y se le sirvieron los platos del almuerzo. Me siento incapaz de describir la belleza de los enseres, vajilla y cubiertos utilizados. En la galería del sur, mirando al norte y alineados de oeste a este, estaban los nobles: los tres grandes ministros de la izquierda, de la derecha y del centro, el preceptor del príncipe Michitsuna, el chambelán de su majestad Tadanobu y el consejero mayor Kinto, que vive en el palacio de la Cuarta Avenida. Desde donde estaba no pude ver a los demás.

Hubo música. Los cortesanos principales estaban instalados en el corredor de la esquina sureste del ala, y los de rango inferior ocupaban sus puestos habituales en ocasiones como aquella, en el jardín. Estoy pensando en hombres como Kagemasa, Korekaze, Yukiyoshi y Tomasa. Arriba, el consejero mayor Kinto marcaba el ritmo con los maderos, el primer secretario Michitaka tocaba el laúd, Tsunetaka no Ason el *koto* y el consejero de la izquierda Tsunefusa la flauta. Cantaron «¡Qué gran día!», «Mushiroda» y «Esta mansión», las tres en la tonalidad de *sojo*.^[156] Luego, los instrumentistas tocaron los dos últimos movimientos de la «Danza del ave Kalavinka». En el jardín, las flautas hacían el acompañamiento. El gobernador de Ise cometió un error de tiempo y fue reprendido. El ministro de la derecha Akimitsu se entusiasmó tanto con los solos de *koto* y lo puso de manifiesto de un modo tan ruidoso que acabó poniéndose en ridículo. ¡Sentí vergüenza ajena!

Luego, su excelencia regaló al emperador un cofre que contenía la famosa flauta *Hafutatsu*.^[157]

[158] A partir de la traducción de Annie Shepley Omori y Kochi Doi (*Diaries of Court Ladies of Old Japan*, Boston-Nueva York, Houghton Mifflin, 1920).

III.
ANÓNIMO

Diario de Sarashina^[158]

(1009-1059)

(Primeros viajes)

Me crié en una provincia remota^[159] que se encuentra en el extremo más lejano de la carretera que conduce al este. Me avergüenza pensar que los habitantes de la ciudad imperial me considerarán una niña inculta.

De algún modo llegó a mi conocimiento que existían novelas en el mundo y deseé leerlas. Cuando no tenía nada que hacer, mi hermana mayor o mi madrastra^[160] me contaban historias, y así pude escuchar algunos capítulos sobre el «príncipe resplandeciente».^[161] Deseé escuchar más historias de este tipo, y me asombraba que fueran capaces de recitarlas de memoria.^[162] Era una criatura muy inquieta y me procuré una imagen del BudaYakusi^[163] tan alta como yo. Cuando estaba sola, me lavaba la boca y corría en secreto a su altar para rezarle de todo corazón con la cabeza pegada al suelo.

—Te lo ruego... Déjame ir a la ciudad imperial. Allí encontraré muchas novelas...

A los trece años me llevaron a la capital. El día tres del mes de la larga luna^[164] partí de mi casa con dirección a Imataté, porque la casa en que viviera de niña se había destruido.^[165] Al anochecer, mientras montaba en el palanquín, pensé en el Buda ante el cual había ido tantas veces a orar en secreto. Estaba triste y lloraba pensando que debía abandonarlo.

En mi nueva morada, una residencia improvisada y provisional, no hay valla ni ventanas, de modo que colgamos cortinas y persianas de bambú. Desde esta casa, que se encuentra sobre un promontorio de poca altura, se extiende una gran llanura en dirección sur. Al este y al oeste se ve el mar, de modo que, en conjunto, se trata de un lugar interesante. Cuando hay niebla resulta tan encantador que me levanto temprano todas las mañanas para ver el panorama. Siento tener que abandonarlo.

El día quince bajo una lluvia muy intensa atravesamos la frontera de la provincia y nos alojamos en Ikada, que se encuentra ya en la provincia de Shimofusa. Nuestro refugio se encuentra medio sumergido, y temo que no podré dormir. Sólo divisó tres árboles altos que crecen sobre una colina en el desierto.^[166]

Pasamos el día siguiente secando y planchando nuestras ropas mientras esperábamos a los demás de la comitiva.^[167] El día diecisiete nos pusimos en marcha al alba y cruzamos un río muy profundo. Oí decir que en aquella provincia había vivido en tiempos un caudillo de los Mano. Se hacía tejer miles de pies de paño que blanqueaba en el río que ahora pasa por el lugar donde en tiempos se levantara su palacio. Todavía se pueden admirar cuatro de los pilares que formaban el acceso del mismo sobresaliendo del río.

La gente se puso a componer poemas sobre el lugar, y yo también improvisé el mío:

Si no hubiese visto, derechas en el río,
esas maderas sólidas
de los tiempos antiguos,
¿cómo hubiese sabido, cómo hubiera intuido
la historia del palacio?

Aquella noche nos alojamos en la playa de Kurodo. Era una cinta de arena blanca que parecía no tener principio ni fin. Las oscuras ramas de los pinos, agitadas por la suave brisa, me hacían sentir sola mientras la luna brillaba. Hubo más poemas y éste fue el mío:

Sólo esta noche
la luna otoñal de la playa de Kurodo
brillará únicamente para mí.
¡Sólo esta noche!
No puedo dormir.

De buena mañana dejamos aquel lugar y llegamos hasta el río Futoi^[168] que separa las provincias de Shimofusa y Musashi. Nos alojamos junto al transbordador de Matsusato a poca distancia de los rápidos de Kagami, y durante toda la noche estuvieron transportando nuestro equipaje al otro lado. Mi nodriza acababa de enviudar y dio a luz un niño en la frontera de las dos provincias, de modo que hubimos de continuar el viaje a la ciudad imperial por separado. Yo me moría de ganas de verla, y fue mi hermano mayor quien me llevó junto a ella en brazos. Estábamos en una morada provisional, pero, mientras nosotros nos cubríamos con mantas de algodón, mi nodriza se hallaba en un rincón inhóspito tapada con un trapo. Entonces la luna apareció, iluminándolo todo, y a su luz la mujer me pareció transparente. Blanca y pura como un ser de otro mundo, lloraba y me acariciaba, y yo me resistía a abandonarla. Incluso cuando me fui, su imagen permaneció en mi mente y nada conseguía distraer mi atención.

A la mañana siguiente, tras cargar los palanquines en el transbordador, cruzamos el río. Los que nos habían acompañado por deseo propio dieron la vuelta y regresaron al punto de origen. Los que íbamos a la ciudad imperial permanecimos un rato siguiéndoles con la mirada, y, al pensar que nunca más volveríamos a verlos, lloramos. Incluso mi corazón infantil me dolía.

No hay encanto alguno en la provincia de Musashi. La arena de sus playas no es blanca, sino del color del barro. La gente asegura que el espliego crece, abundante, en esta provincia, pero, por cuanto pude ver, es un páramo en el que sólo se encuentran cañas de diversas clases, tan altas que no vemos los arcos de nuestros propios jinetes cuando se abren camino entre ellas. Al atravesar los cañizales descubrí las ruinas del templo de Takeshibadera. También estaban los cimientos de una casa con corredores.

—¿Qué lugar es ése? —pregunté al pasar, y me contestaron:

—Hace muchos años vivió en Takeshiba cierto aventurero famoso por su coraje. El gobernador le ofreció un puesto de capitán en la brigada contra incendios del palacio del emperador. En cierta ocasión se hallaba barriendo el jardín delante de la ventana de una princesa mientras cantaba:

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Suerte perra la mía

condenado a trabajar en este palacio...

Tengo siete jarras de buen vino

y tres en mi provincia.

Allí donde las guardo he colgado unas calabazas espléndidas...

Cuando sopla el viento del oeste, se mueven hacia el este,

cuando sopla el viento del este, se mueven hacia el oeste,

cuando sopla el viento del sur, se mueven hacia el norte,

cuando sopla el viento del norte, se mueven hacia el sur...

Y allí estoy yo mirando cómo giran de un lado a otro,

continuamente,

mis calabazas. ¡Ay, mis jarras de vino...!

»Así cantaba mientras una princesa, la hija preferida del emperador, se hallaba sentada detrás de la persiana. Se levantó e, inclinándose hacia delante, se puso a escuchar la canción del hombre. La imagen de las calabazas encima de las jarras de vino girando sin parar le impresionó profundamente, y, apartando la persiana, llamó al hombre.

»—Acércate, buen hombre... —le dijo.

»Él la escuchó con enorme respeto y se acercó a la balaustrada.

»—Repíteme lo que has estado cantando... —ordenó la princesa.

»Él volvió a cantar la canción de las jarras y las calabazas.

»—He de verlas —dijo ella—. Tengo mis propias razones para querer verlas.

»El hombre estaba atemorizado, pero se decidió y se la llevó a la provincia oriental. Temiendo que les perseguirían, aquella noche depositó a la princesa en el puente de Seta, que atraviesa el lago Biwa, y destruyó una parte de él. Luego partieron juntos en dirección a su aldea natal, y, tras siete días y siete noches de viaje, la alcanzaron.

»El emperador y la emperatriz se alarmaron mucho al ver que la princesa no estaba en palacio y empezaron a buscarla. Alguien contó que un capitán del soberano, procedente de la provincia de Musashi, había sido visto huyendo hacia el este con un bulto que despedía una fragancia exquisita^[169] sobre la espalda. Hicieron llamar al capitán, pero no lo hallaron en el aposento que tenía destinado y llegaron a la conclusión de que había regresado a su hogar. El gobierno envió emisarios con órdenes de perseguirles, pero al llegar al puente de Seta, lo encontraron parcialmente destrozado y no pudieron continuar. En el tercer mes, los emisarios lograron al fin alcanzar la provincia de Musashi y buscaron al hombre. La princesa les hizo comparecer ante ella y les dijo:

»—Fui yo la que, por razones que no os importan, quería conocer a toda costa el hogar de este hombre y le supliqué que me trajera hasta aquí. Él se limitó a obedecer. Si ahora le castigáis y matáis, ¿qué voy a hacer yo? Este es un buen lugar para vivir. Por fuerza estaba ya decidido cuando nací que mis descendientes verían la luz en esta provincia... Regresad a palacio y decídselo al

emperador.

»Los emisarios obedecieron y regresaron junto al emperador. Enterado de la historia, sentenció:

«—Ya todo es inútil. Aunque castigue al hombre, no puedo traer a la princesa. ¿Y cómo voy a devolverlos a ambos a la ciudad imperial? No puedo hacer gobernador de la provincia de Musashi a ese hombre, pero sí a mi hija.

»He aquí cómo se construyó aquí un palacio que imitaba en todo el del emperador, y la princesa se quedó en él. Cuando murió, lo convirtieron en un templo: el de Takeshiba. Los descendientes de la princesa recibieron su nombre de familia de la provincia de Musashi. A partir de entonces se permite a los miembros de la brigada contra incendios imperial que vivan con sus mujeres en palacio.^[170]

Atravesamos un páramo de cañizales de todas clases, abriéndonos camino a través de una vegetación altísima. A lo largo de la frontera de las provincias de Musashi y Sagami discurre el río Asuda, en cuya ribera y junto al transbordador Arihara no Narihira compuso su famoso poema.^[171] No obstante, en el libro de sus obras poéticas el río recibe el nombre de Sumida.

Lo atravesamos en una embarcación, y llegamos a la provincia de Sagami. La cordillera de Nishitomi parece un biombo exquisitamente pintado. A nuestra izquierda divisamos una playa preciosa a la que iban a dar largas olas blancas. Había allí un lugar especialmente hermoso llamado Morokoshi-ga-Hara,^[172] cuya arena destacaba por su excepcional blancura. Durante dos o tres días estuvimos viajando por su ribera. Un hombre nos dijo:

—En verano florecen aquí claveles japoneses de color pálido y hacen que el prado parezca de brocado. Pero en otoño ya no se ven...

A pesar de sus palabras, aún pude ver algunos claveles sobreviviendo tristemente. Alguien comentó:

—Resulta curioso ver claveles japoneses creciendo en prados chinos.

Hay allí una montaña llamada Ashigara Hakoné, que se extiende a lo largo de diez o más millas y que tiene su base cubierta de espesos bosques. Apenas veíamos el cielo. Nos alojamos en una cabaña al pie de la montaña.

Era una noche oscurísima sin luna y me sentí como tragada por las tinieblas, cuando tres cantantes llegaron no se sabe de dónde. La de más edad tendría unos cincuenta años, y las otras dos veinte y catorce o quince aproximadamente. Las pusimos delante de nuestra morada y las protegimos del sol con una gran sombrilla de papel. Mi criada encendió el fuego, y al fin pude verlas. Nos dijeron que eran descendientes de un cantante famoso llamado Kobata. Llevaban el pelo tan largo que cubría sus frentes. Con sus rostros blancos y limpios, más parecían sirvientas de una familia noble que humildes cantantes ambulantes. Sus voces sonaban claras y dulces, y su bellísimo canto parecía remontarse a los cielos.

Todos quedamos fascinados y les pedimos que se nos acercaran más. Alguien observó:

—Las cantantes de las provincias occidentales no son tan buenas...

Desde entonces, las artistas solían concluir todas sus canciones con las palabras: «¡Comparadnos con las cantantes de Naniwa!».^[173]

Eran hermosas e iban muy bien vestidas, sus voces destacaban por un timbre bellísimo, y viajaban solas entre aquellas montañas siniestras. Cuando se perdieron de vista, nuestros ojos se llenaron de lágrimas, y mi corazón infantil abandonó de muy mala gana aquel humilde refugio que, por lo visto, frecuentaban artistas como ellas.

A la mañana siguiente atravesamos la montaña, y no tengo palabras para describir el miedo que pasé. Anduvimos por encima de las nubes. A medio camino había un claro con unos cuantos árboles. Allí vimos unas matas de acebo. Mis compañeros se asombraron de que en aquella montaña tan alejada de los hombres creciera aquella planta sagrada.^[174] En la montaña nos esperaban tres ríos y nos costó atravesarlos. Aquel día nos detuvimos en Sekiyama. Ahora estamos en la provincia de Suruga, y hemos pasado por un lugar llamado Iwatsubo junto a la barrera de Yokobashiri. Allí admiramos una roca inmensa y cuadrada, con un agujero en el centro del que manaba agua muy fría.

En esta provincia se encuentra el monte Fuji. En la que me crié^[175] podía divisar esta montaña muy a lo lejos mirando en dirección oeste. Se levanta teñida de un azul profundo y coronada por nieves eternas. Se diría que va vestida de violeta oscuro y que lleva un velo sobre los hombros. Desde la cima se eleva una columnita de humo. Por la noche divisamos también pequeños fuegos en su cúspide.^[176] El río Fuji desciende a saltos desde la cúspide del monte sagrado. Un hombrecillo del lugar nos obsequió con esta historia:

—En cierta ocasión se me envió a hacer un recado. Era un día muy caluroso y me eché a descansar junto a un arroyo cuando, de pronto, divisé algo amarillo que flotaba río Fuji abajo. Lo cogí y descubrí que se trataba de un pedazo de papel amarillo con unas palabras escritas elegantemente con cinabrio. Lo leí lleno de asombro. Era una profecía relativa a quienes iban a ser nombrados gobernadores de la provincia al año siguiente. Más asombrado aún, sequé aquel trozo de papel y lo guardé. Cuando llegó el día que se publicaban los nombramientos, comprobé que el papel no se había equivocado. El hombre nombrado en primer lugar falleció a los tres meses y también le sucedió el que ponía el papel. Por extraño que parezca, tales cosas ocurren. Parece que los dioses se reúnen en la cima de esta montaña^[177] para decidir los asuntos del año siguiente.

En Kiyomigaseki, el mar quedaba a nuestra izquierda, y pudimos ver muchas casas que ocupaban los consumidores encargados de vigilar las barreras. A veces, sus vallas llegaban hasta el agua. En Taganoura, las olas destacaban por su altura tremenda. Allí tomamos una embarcación que nos llevó por Numajiriri hasta el río Oi. Nunca había visto antes un torrente como aquél: el agua era tan blanca que parecía que se había mezclado con harina de arroz.

En la provincia de Totomi caí enferma. Cuando cruzamos el paso montañoso de Sayono Nakayama, no me enteré pues casi había perdido el sentido. Como estaba exhausta, nos llegamos a la ribera del río Tenryu, y allí se ordenó levantar una morada provisional, donde pasé algunos días hasta que me recuperé.

Como el invierno ya estaba avanzado, el viento soplabá desde el río sin piedad alguna y resultaba insoportable. Una vez atravesado el río, fuimos al puente de Hamana.

Cuatro años antes, durante el viaje de ida, había existido allí un puente de madera, pero no dimos con él y tuvimos que cruzar en botes. Nos comentaron que el puente había sido trasladado a una bahía cercana. En alta mar, las olas nos parecían enormes y pudimos verlas a través de los gruesos pinos que crecían sobre la franja arenosa que nos separaba del agua. Parecían estrellarse contra las copas de los pinos y deshacerse en piedras preciosas mínimas que resplandecían. Era un panorama muy interesante.

Seguimos adelante y cruzamos las montañas por Inohana (¡una ascensión realmente terrible!) hasta que alcanzamos la costa de Takashi de la provincia de Mikawa. Dejamos atrás un lugar llamado «Ocho puentes», pero se trata sólo de un nombre, pues no vimos allí puente alguno.

Montamos nuestro campamento en la montaña de Futamura bajo un árbol de generosa copa. Durante la noche derramó sus frutos sobre nuestra cabeza, y la gente los recogía. Pasamos por el monte Miyaji, donde atisbamos aún hojas encarnadas en los árboles aunque ya nos encontrábamos en el décimo mes.^[178] Escribí:

Vientos furiosos
de las montañas,
respetad este lugar,
pues todavía se ven hojas rojizas
agarrándose a las ramas de los arces.

Entre Mikawa y Owari había un fuerte llamado de «Si tú quieres». Ahora resulta divertido recordar cuán complicado fue aquel viaje. Pasamos por la costa de Narumi en la provincia de Owari. Como se acercaban las mareas del crepúsculo, pensamos que si el agua seguía subiendo, no podríamos cruzar. El pánico nos hizo volar...

En la frontera de Mino cruzamos por el punto llamado de Kuromata mediante un transbordador y llegamos a Nogami. Allí nos esperaban otras cantantes, y cantaron durante toda la noche. Nos hicieron recordar con cariño las de Ashigara.

Se puso a nevar, y pasamos la barrera de Fuha en el monte Atsumi envueltos en la tempestad. Ni siquiera nos atrevimos a disfrutar de sus magníficas vistas. Una vez en la provincia de Omi, descansamos tres o cuatro días en una casa de Okinaga. Al pie de la montaña de Mitsukasa caía una llovizna mezclada con granizo, pero aquel paisaje resultaba tan melancólico que pasamos por Inugami, Kanzaki y Yasu casi sin enterarnos. Divisamos un lago muy grande y ocasionalmente la silueta de las islas de Nadeshima y Chikubushima. Fue un espectáculo muy bello. Nuevas dificultades nos esperaban en el puente de Seta, pues se hallaba medio destruido. Nos volvimos a detener en Awazu y llegamos a la ciudad imperial a primeras horas de la noche del segundo día del último mes del año.

Al acercarnos a la barrera vi el rostro de un Buda de unos dieciséis pies de altura esculpido toscamente en la roca. Sereno e indiferente a cuanto le rodeaba, se limitaba a estar allí, en aquel

lugar tan solitario. Pero cuando pasé por delante de él, me hizo llegar un mensaje. De entre las provincias que atravesé, fueron las barreras de Kiyomigata y de Osaka^[179] las que me gustaron más. Cuando llegamos a la residencia del ala este de la mansión de la princesa Sadako,^[180] ya era negra noche.

(Libros, flores y sueños)

Nuestro jardín era muy grande y estaba lleno de árboles tan altos como las montañas que acababa de atravesar. Como allí no lograba sentirme en casa ni mantener una mente ecuánime, pedía a mi madre que me facilitara novelas, esas novelas por las que había estado suspirando durante mis años de provincias. Mi madre envió un mensaje a Emon no Myogu, una parienta nuestra que servía a la princesa hija de Sanjo. La mujer se interesó por nuestras «pasiones» y me envió unos cuantos manuscritos excelentes en una caja de laca, diciendo que le habían sido regalados por la propia princesa. Mi alegría no conocía límites y pasaba día y noche leyéndolos. Muy pronto empecé a desear más, pero, siendo una completa extraña en la ciudad imperial, ¿quién iba a conseguírmelos?

Una de las consortes de mi padre había sido dama de honor en la corte y, a lo que parece, le tocó sufrir algún desengaño. No sintiéndose feliz en su matrimonio,^[181] se disponía a abandonar nuestra casa. Llamó a su único retoño, que a la sazón contaba cinco años, y le dijo:

—Nunca te olvidaré, corazón mío.

Y, señalando un enorme ciruelo que crecía hasta casi tocar el alero de la casa, añadió:

—Cuando florezca, regresaré.

Se marchó a continuación, y yo sentí amor y piedad por ella, y, mientras lloraba en secreto, el año pasó también.

Medité largo tiempo sobre sus palabras: «Cuando florezca, regresaré». Me preguntaba si ocurriría tal como había prometido. Esperé y esperé con los ojos clavados en el árbol. Estaba cubierto de flores y no nos habían llegado noticias de ella. Al fin no pude aguantar más, quebré una de sus ramas y se la envié con este poema:

Me confiaste palabras de esperanza...

¿No te estás retrasando demasiado?

La primavera no se ha olvidado

del ciruelo,

que parecía muerto por las heladas.

La dama respondió afectuosamente:

Sigue aguardando, nunca permitas

que tu esperanza se marchite...

Cuando el ciruelo florece,

puede ocurrirte cualquier cosa,

incluso lo más inesperado...

En primavera, una plaga terrible asoló el mundo.^[182] Mi nodriza, que me había hecho llorar a mares durante aquella noche de luna en Matsuzato, murió a primeros del quinto mes. Lo lamenté infinitamente y nada era capaz de consolarme. Incluso llegué a olvidar mi inveterada pasión por las novelas.

Pasé día tras día llorando amargamente, y cuando al fin volví a mirar a través de la ventana, vi cómo las flores de los cerezos empezaban a desprenderse de las ramas y a caer sobre un sol de tarde.^[183]

Caen las flores, y, sin embargo,
volveré a verlas en cuanto la primavera regrese...
Mas, ay, mi añoranza por el ser querido
que nos ha abandonado para siempre
no tendrá fin...

También me enteré del fallecimiento de la hija del primer consejero de su majestad. Poco me costó compadecer a su padre el teniente-general por la pérdida sufrida porque aún tenía muy presente mi propio dolor. Cuando llegué a la capital, recibí un libro de caligrafía de esta noble dama para que lo copiara en mi álbum. Había en él varios poemas, entre los que recuerdo especialmente éste:

Cuando veas una nube de humo
flotando sobre la colina de Toribe,^[184]
me entenderás de una vez,
pues siempre parecí una sombra,
incluso mientras vivía.

Volví a repasar aquellos poemas, trazados con una exquisita caligrafía, y volví a derramar lágrimas. Permanecí sentada y perdida en mis pensamientos hasta que mi madre se acercó a consolarme. Lo cierto es que, sin quererlo, me consolé. Buscó novelas y me las dio, y poco a poco mi espíritu recuperó la paz. Leí unos cuantos libros de *La novela de Genji*, y deseé leer el resto, pero aún era una forastera y carecía de medios para conseguirlo. La impaciencia se apoderó de mi alma, y pasaba la vida rezando para que me fuera dado leer todos los libros de *La novela de Genji*, del primero al último.

Cuando mis padres fueron a retirarse al templo de Udzu Masa,^[185] yo sólo rogué por obtener esta obra lo más pronto posible, pero fue en vano. Me sentía inconsolable. Un día fui a visitar a una tía que acababa de llegar del campo. Mostró un delicado interés por mi persona y me dijo que me había hecho muy hermosa. Cuando me disponía a regresar, me dijo:

—¿Qué quieres que te regale? Supongo que no te interesan los libros *serios*^[186]. Te daré lo que tú prefieras.

Y me regaló más de cincuenta libros de *La novela de Genji* en una caja, los *Cuentos de Ise*, y obras de Yojimi, Serikawa, Shirara y Asa-udzu.^[187] ¡Qué feliz me sentí cuando llegué a mi casa con este cargamento de libros! Hasta entonces sólo había leído un par de libros sueltos, y me sentí

insatisfecha porque no podía entender la historia.

Al fin podría leerlas de cabo a rabo, tomando los volúmenes uno por uno, protegida tras la cortina de mi *kichó*. ¡No envidiaba a las emperatrices! Día y, noche, mientras lograba mantener mis ojos abiertos, no hacía sino devorar esos libros con una lámpara de aceite al lado. Llegué a aprenderme los nombres de todos sus personajes, y pensaba que era una gran cosa.

Una noche soñé con un monje vestido con el manto azafrán de los budistas, que me ordenaba:

—Aprende al punto el libro quinto del *Hokkeyo*,^[188] No se lo conté a nadie ni tenía intención alguna de obedecer, de modo que seguí con mis novelas. Aunque me encontraba fea y con el cuerpo poco o nada desarrollado, me decía que, andando el tiempo, sería una beldad incomparable con una larguísima cabellera. Me hubiese gustado parecerme a Yugao, la amante del príncipe Genji, o a Ukifune, la esposa del general de Uji...^[189] ¡Esas eran mis fantasías por aquellos tiempos! ¡Hay que ver lo boba que era!

¿Era posible que existiera alguien como el príncipe *resplandeciente* viviendo en el mundo? ¿Cómo había podido el general Kaoru^[190] hallar una belleza como Ukifune para ocultarla en su refugio secreto de Uji? ¡Aquellas historias me enloquecían!

Mientras viví en el campo, visitaba los templos de vez en cuando, pero ni siquiera entonces fui capaz de rezar nunca con un corazón puro como los que me rodeaban. En aquellos tiempos, los jóvenes aprendían a recitar los sutras y a practicar las estrictas observancias que la religión nos impone a partir de los diecisiete o dieciocho años, pero a mí todo eso me interesaba poquísimo. Tan sólo pensaba en el *príncipe resplandeciente* que algún día se acercaría a mí, tan noble y hermoso como aparecía en el libro. Aunque me tuviera oculta en una casita entre montañas como a Ukifune^[191] y sólo me visitase una vez al año, me daría por satisfecha. Me sentía capaz de vivir como aquella dama, contemplando las flores, admirando paisajes nevados a la luz de la luna y recibiendo ocasionalmente las esperadas cartas de amor de mi amo. He aquí las fantasías que cultivaba yo por aquel entonces y que, en mi ingenuidad, confiaba ver realizadas algún día.

A principios del quinto mes vi esparcidos por el suelo los pétalos blancos de las flores de los *tachibana*^[192] que crecían cerca de mi casa. Al contemplarlos, improvisé:

Apenas habían asimilado mis sentidos
el milagro de la nieve recién caída
al ver el suelo completamente blanco,
cuando la fragancia de las flores de los *tachibana*
se desprendió de la alfombra de pétalos.

En nuestro jardín, los árboles crecían tan gruesos como en el tenebroso bosque de Ashigara, y en el mes sin dioses^[193] las hojas encarnadas de los arces eran todavía más bellas que las de las montañas de los alrededores. Dijo un visitante:

—En mi camino hacia aquí pasé por un lugar donde las hojas encarnadas eran hermosísimas...

Improvisé:

—Ninguna visión puede ser
más otoñal
que mi jardín,
cuidado por una persona otoñal
harta del mundo.

Por aquel entonces seguía leyendo novelas de la mañana a la noche, mientras era capaz de mantener los ojos abiertos.

Tuve otro sueño: soñé con un hombre que decía que haría un arroyo en el jardín de la torre hexagonal para solaz de la emperatriz. Le pregunté la razón, y me respondió:

—Reza a la diosa que ilumina el cielo.^[194]

No conté a nadie mi sueño ni volví a pensar en él. ¡Así era yo de superficial!

En primavera disfruté del jardín de la princesa. ¡Qué alegría cuando florecieron los cerezos! ¡Qué tristeza cuando perdieron las flores! En primavera adoro las flores en el jardín, tanto en el suyo como en el mío.

A fines del tercer mes fui a casa de cierta persona para evitar la mala influencia del Señor de la Tierra.^[195] Allí pude ver aún cerezos floridos y al día siguiente de mi regreso a casa, les envié este poema:

Sola, contemplé
las flores de cerezo de vuestro jardín
sin hartarme de ellas.
La primavera estaba a punto de terminar
y las flores de caer.

Siempre que las flores llegaban y se iban recordaba los días en que murió mi nodriza, y la tristeza descendía sobre mi alma, una tristeza que no hacía sino aumentar cuando empecé a estudiar la caligrafía de la honorable hija del primer consejero...

(Una gata especial)

Una noche del quinto mes, mientras estaba leyendo una novela, oí el maullido de un gato. Me di la vuelta y vi una gata preciosa.

—¿De dónde ha salido? —pregunté.

—No se lo digas a nadie —dijo mi hermana, imponiéndole silencio—. Es una gata muy bonita y pienso quedármela.

La gata era muy afectuosa y no se apartaba de nosotras. Temiendo que alguien pudiera estar buscándola, la guardamos en secreto. El animal no se mezclaba con la servidumbre, y se sentaba siempre con nosotras. Si la comida que se le servía no estaba lo bastante limpia, apartaba la cara con disgusto, y nosotras no nos hartábamos de mimarla y acariciarla.

Cierto día mi hermana cayó enferma y toda la familia se alarmó mucho. Llevaron a la gata a unos

aposentos que daban al norte,^[196] y no la visitamos durante semanas. El animal gritaba como regañándonos, pero yo preferí ignorarla y no me acerqué a verla; Una noche mi hermana despertó de repente y me dijo:

—¿Dónde está la gata? Tráela en seguida.

Pregunté a mi hermana la razón de tanta premura, y me dijo:

—Nuestra gata se me ha aparecido en sueños y me ha dicho, llorando amargamente: «Yo soy la reencarnación de la honorable hija difunta del primer consejero imperial... La razón de toda esta historia es la siguiente: tu hermana siempre pensó en mí con enorme cariño, de manera que decidí ir a vivir con vosotras, pero ahora me habéis encerrado con los criados. ¡Me siento tan mal!». Parecía un espíritu noble y sensible, y al despertar lo primero que oí fue un terrible maullido. ¡Qué pena!

El caso me conmovió y a partir de entonces no volví a enviar a la gata a los aposentos del norte, sino que la cuidé con el máximo cariño. Una vez que yo estaba sola, se presentó y se me sentó delante. Acariciándole la cabeza, le hablé así:

——¿Es verdad que eres la honorable hija del primer consejero? Quiero que tu padre lo sepa...

La gata me miró a los ojos y maulló, *alargando mucho los sonidos*. Tal vez sea una fantasía mía, pero al mirarla me pareció que no era una gata corriente. Parecía *entender* mis palabras y la compadecí profundamente.

Por aquel entonces llegó a mis oídos que cierta persona tenía en su biblioteca el *Chogonka*,^[197] traducido del original chino de Li Tai Po. Me apetecía mucho pedirlo prestado, pero, por mi timidez, no me atrevía.

El día siete del mes séptimo^[198] hallé un modo de enviar mi solicitud por medio de este poema:

Ésta es la noche en que, en tiempos remotos,
el Boyero se embarcó para reunirse con la Tejedora.
En memoria de ellos, las olas crecen en el Río Celeste.
Así crece también en mi pecho el deseo
de tener el famoso libro entre mis manos.

He aquí la respuesta:

Las estrellas divinas se encuentran en la ribera
del Río Celeste.
Al igual que ellas, mi corazón se halla en éxtasis
y ha olvidado asuntos más graves de la vida cotidiana
desde que recibiera tu mensaje nocturno.

El día trece del mismo mes la luna brilló con resplandor excepcional, y los rincones más extremos del cielo se iluminaron. Era medianoche y todos dormían profundamente. Sólo nosotras dos estábamos en la galería. Mi hermana, que estaba contemplando el cielo pensativamente, dijo:

—Si yo desapareciera volando, sin dejar traza alguna detrás de mí, ¿qué pensarías de ello?

Vio que sus palabras me sorprendían, y pasó a hablar de otros temas hasta hacerme reír. De pronto oí un carruaje que se acercaba a la puerta de la casa precedido por un escolta que gritaba: «*Ogi no ha! Ogi no ha!*»,^[199] pero nadie le respondió. El hombre repitió su grito hasta cansarse, y luego se puso a tocar una melodía muy hermosa en su flauta hasta que se marchó. Dirigiéndome a mi hermana, improvisé:

—Música nocturna
de flauta, suspirando
las notas de *Viento de otoño*...
¿Por qué la «hoja de caña»
se ha negado a contestar?

Lancé el poema a mi hermana como un reto, y ella me contestó, improvisando a su vez:

—¡Ay! Me temo que el músico
dejó de tocar demasiado pronto...
¡Corazón ligero!
El aire^[200] no esperó
a que la «hoja de caña» contestara.

Seguimos sentadas juntas, contemplando el firmamento, y nos acostamos al alba.

Una noche del cuarto mes se declaró un incendio, y la gata que habíamos estado tratando como la hija del primer consejero imperial murió en él. Se había acostumbrado a acercarse maullando en cuanto yo la llamaba por el nombre de esta dama.* Mi padre dijo que revelaría la historia al primer consejero pues se trataba de algo muy extraño y conmovedor. Sentí muchísimo su muerte.

(Una muerte en la familia)

Nuestra nueva morada provisional era mucho más pequeña que la anterior. Me sentía triste porque tenía un jardín muy pequeño y sin árboles. Echaba de menos el amplio jardín, espeso y silvestre como un bosque que, cuando había flores y las hojas estaban teñidas de rojo, nada tenía que envidiar a las montañas de los alrededores.

En el jardín de la casa de enfrente había profusión de ciruelos floridos, con sus pétalos blancos y encarnados, y el viento me traía su perfume y me llenaba de nostalgia por mi anterior mansión. Improvisé:

Cuando la brisa cargada de fragancias
del jardín vecino
llena mi alma de recuerdos,
me pongo a pensar en mi amado ciruelo
que crecía bajo el alero de la casa desaparecida.

A principios del quinto mes, mi hermana murió al dar a luz. Desde muy pequeña me afectaron muchísimo las muertes, incluso las de los desconocidos. Esta vez, incapaz de expresar con palabras mi pena y mi compasión,^[201] lloré largamente. Mientras mi madre y otras mujeres velaban a la

difunta, yo estaba con el niño recién nacido, y su hermanito mayor, uno a cada lado. La luz de la luna se abría paso por las grietas del techo e iluminaba la carita de la criatura. Aquella visión me provocó tanto dolor que cubrí su faz con la manga, y apreté al otro a mi costado, como si fuera la madre de ambos.

Algunos días después una parienta me envió una novela titulada *El príncipe que echaba de menos a los difuntos*, con esta nota:

«La dama fallecida me pidió que tratara de hallarle esta novela. En aquel momento no pude complacerla, pero ahora alguien me la ha enviado».

Contesté:

¿Por qué extraña razón
buscaría una novela
que trataba de enterrados?
También la que la buscaba,
está ahora enterrada bajo el musgo espeso.

La nodriza de mi hermana dijo que, habiendo fallecido su señora, no tenía ya motivo alguno para quedarse en casa, y regresó a su hogar, llorando. Improvisé:

He aquí cómo la muerte
o la partida
separan a los unos de los otros.
¿Por qué estamos condenados a marchar?
¡Este mundo es demasiado triste para mí!

Su nodriza me envió una carta hablando de ella. Empezaba: «Su recuerdo me impulsó a escribirte sobre ella...». Pero aquí se detenía, y concluía con estas palabras: «Se diría que la tinta se ha helado, y no puedo trazar ni una palabra más». Improvisé:

¿De dónde sacaré
recuerdos de mi hermana?
La corriente de las letras
se ha helado...
Y no hallo consuelo en los carámbanos.

Eso le escribí, y la nodriza me respondió:

Como las huellas que en la playa
dejan las gaviotas,
que las olas borran una y otra vez...
Me siento incapaz
de dejar una huella más duradera
en este mundo en perpetuo cambio...

La nodriza fue a ver la tumba, y al regresar compuso:

La busco en el prado,
y ya no está allí,
ni tampoco en el humo de su cremación.
¿Cuál debe de ser su última morada?
¿Dónde la hallaré?

Una de las consortes de nuestro padre escribió al oírla:

Cuando vagamos en su busca,
ignorando dónde se encuentra,
toca a las lágrimas
guiar nuestros pensamientos.

La parienta que nos había enviado la novela *El príncipe que echaba de menos a los difuntos* escribió a su vez:

¡Cuánto debe de haber vagado
buscando lo inencontrable
por ignotos prados de bambúes,
mientras lloraba en vano!

Tras leer esos poemas, mi hermano, que había asistido aquella noche a la ceremonia fúnebre, compuso éste:

Ante mis ojos
el fuego y el humo de la cremación
aparecieron y desaparecieron.
No hay regreso ya a los prados de bambúes...
¿A qué buscarla en vano?

Durante días no cesó de nevar, y me acordé de la monja que vivía en las montañas de Yoshino. Le escribí:

Ha nevado mucho,
y ni siquiera debes de gozar
de la visión de los hombres
que recorren los intrincados senderos
del pico de Yoshino.

(Ilusiones, desilusiones e impresiones)

En el primer mes del año siguiente, mi padre esperaba, ilusionado, la noticia de su nombramiento para el cargo de gobernador de una provincia. Pero todo acabó en frustración y cierta persona, que se hubiese alegrado mucho de su éxito, me escribió diciendo:

«Esperé ansiosamente hasta el alba entre dudas y esperanzas...».

La campana del templo
me despertó de mis sueños
y, esperando las pálidas estrellas del alba,
la noche se me hizo larga
como cien noches de otoño seguidas...

Yo le respondí:

Larga fue la noche.
En vano la campana nos recordaba
nuestros sueños...
Al fin su repicar no celebró
el cumplimiento de nuestras esperanzas.

A fines del quinto mes fui al templo de Higashiyama. En mi viaje de ida pude contemplar los campos verdes del arroz joven inundados de agua. Era un espectáculo que alegraba el ánimo. Sólo la sombra oscura de la montaña a mis espaldas ponía una nota de soledad en el ambiente. En el plácido atardecer, los rascones parloteaban sin parar en los campos.

Improvisé:

Los rascones hacen ruido
como si estuvieran llamando a la puerta,
pero ¿quién se dejaría engañar
y la abriría, diciendo:
Nuestro amigo ha llegado recorriendo de noche
el camino de la montaña...?

El lugar estaba cerca del santuario de Reizan, y me paré a orar. Había andado mucho y me sentía fatigada, de modo que bebí en un pozo de piedra que se encontraba junto al templo de la montaña, cogiendo el agua con la mano.

Mi amiga dijo:

—Jamás me hartaría de esta agua...

—¿Es la primera vez —le pregunté— que has probado la dulzura del agua de un pozo de la montaña bebida en el cuenco de tu propia mano?

—Es más dulce que beber de una fuente, pues ésta se enturbia en seguida de barro incluso con las gotas de agua que caen de la mano que se zambulle en ella.^[202]

Al regresar del templo llegamos a casa en un atardecer glorioso, y pudimos gozar de una espléndida visión de Heian Kyo a nuestros pies.

Mi amiga que había dicho que el agua de las fuentes se enturbia fácilmente hubo de regresar a la capital. Lamenté mucho su partida y a la mañana siguiente le escribí:

Cuando el sol de la tarde
desciende tras los picos de las montañas,
¿olvidarás que soy yo
quien mira con añoranza
en dirección al lugar en que vives?

Como el sonido de las voces de los bonzos que recitaban sutras en el oficio matinal llegaba hasta mi casa, abrí la puerta. Apuntaba el alba, y la bruma velaba el verde bosque, que pare—

cía más espeso y tenebroso que en la estación de las flores y las hojas encarnadas. El cielo parecía encapotado y los cucos cantaban en los árboles cercanos. Improvisé:

¡Ojalá tuviera un amigo al lado
para poder contemplar y escuchar juntos!
Hermosa es la aurora en el villorrio montaños...
Y esas voces del cuco que parecen
acercarse y alejarse...

A fines de mes, los cucos cantaban ^la voz en cuello en los árboles del valle.

—Los poetas de la ciudad imperial —les dije— os están esperando, cucos, y vosotros seguís cantando sin cesar de día y de noche...

Alguien que estaba sentado a mi lado dijo:

—¿Crees que hay por lo menos una persona en la capital que está escuchando los cucos y pensando en nosotras en este momento?

Y añadió:

—En la ciudad imperial hay muchos
que gustan de contemplar la calma luna.
Pero ¿crees que hay uno solo entre ellos
que piense en la montaña fragosa
y en nosotras que nos ocultamos aquí?

Y yo repuse:

—En la ciudad imperial hay muchos
que gustan de contemplar la luna en la noche oscura,
a quienes asusta pensar en las lejanas montañas.
Pero mi corazón no puede desprenderse
del recuerdo del villorrio montaños...

Cierto día, al alba, oí pasos como de varias personas que bajaban de las montañas. Me pregunté quiénes serían y miré afuera. Eran una manada de ciervos que se acercaron a nuestra casa. Gritaban, pero no me gustó oírles tan cerca. Compuse:

Es dulce escuchar
la llamada amorosa del ciervo a su pareja
las noches de otoño
en las colinas lejanas.

Me enteré de que una conocida había venido a una casa que se encontraba muy cerca de la mía y se había ido sin visitarme. Le escribí:

Incluso el viento que va y viene entre los pinos de las montañas, anuncia su partida murmurando dulcemente...

En el noveno mes vi una luna de veinte días. Se acercaba la mañana, las sombras se habían adueñado de la ladera de la montaña y sólo se oía la voz de la cascada. ¡Ojalá que a todos los que aman la naturaleza les sea dado ver esta luna matinal en un villorrio de montaña cuando se retira la noche de otoño!^[203]

(Desplazamientos)^[204]

Visité Heian-jo cuando los campos de arroz, que había visto inundados, estaban ya secos y el arroz cosechado. Mientras estuve lejos de casa, los campos se habían llenado de agua, crecieron las plantas nuevas, alguien las cortó y los campos se secaron... Fue en el mes sin dioses^[205] cuando regresé a mi morada provisional. Las hojas que nos daban tanta sombra habían caído y el panorama resultaba deplorable. El riachuelo cantarín que nos alegraba la vida con sus murmullos se hallaba enterrado bajo una alfombra de hojas caídas y apenas se adivinaba su curso. Compuse:

Incluso el agua
no ha sobrevivido...
¡Tan solitaria es la montaña
cuando el viento tormentoso
desparrama las hojas...!

Regresé a la capital diciéndome que volvería a la primavera siguiente, si vivía hasta entonces, y le pedí a la monja que me enviara una carta en cuanto llegase la estación de las flores. Pero llegó el día diecinueve del tercer mes del año siguiente^[206] sin que hubiese tenido noticias de ella, de manera que le escribí:

Ni una palabra de las flores
de los ciruelos...
¿Es que no ha llegado aún la primavera?
¿Será que la fragancia de las flores no te alcanza?

Hice un viaje, y pasé muchas noches de luna en una casa que se hallaba junto a un bosque de bambúes. El viento resonaba en sus hojas y no me dejaba dormir. Compuse:

Noche tras noche
suspiran las cañas de bambú...
Mi sueños se rompen
y una tristeza indescriptible
llena mi corazón...

En el otoño del mismo año fui a vivir a otra parte y envié otro poema a la religiosa:

Soy como el rocío sobre la hierba...
Pero aunque me compadezca de mí misma
en todas partes,
estoy especialmente triste
en este campo donde los bambúes crecen ralos.

Entonces entré en un estado de inquietud y me olvidé por completo de las novelas. Luego me tranquilicé un tanto, y pasaron años^[207] sin que hiciera nada digno de mención. Asistía muy poco a los oficios y visitaba rara vez los templos...^[208] Era imposible que las fantasías que las novelas contaban sucedieran en la realidad... De todos modos, si mi padre obtenía un buen cargo, me decía, mi vida mejoraría notablemente... Pasaba los días dándole vueltas a estas esperanzas...

(Separación)

Al fin mi padre fue nombrado gobernador de una provincia en los confines orientales del país.
^[209]

Un día me dijo:

—Siempre pensé que, si obtenía un puesto de gobernador no lejos de la capital, podría cuidar de ti tal como mi corazón desea. Me hubiera gustado llevarte conmigo para que pudieras admirar paisajes maravillosos de montañas y mares, y que hubieras podido contar con una servidumbre muy por encima de lo que ahora podemos permitirnos. Pero parece que el karma que hemos arrastrado de otras vidas no es bueno. Después de esperar muchísimo, me toca ir a un lugar en los confines del país.

Cuando te llevé conmigo a la provincia del este que goberné en tiempos, cuantas enfermedades me atacaban, incluso las más leves, me hacían sufrir muchísimo al pensar que podía morir dejándote abandonada en tierra extraña. Hubiese vivido mucho más tranquilo y con menos temores de haber estado solo. Como me acompañaba toda mi familia, a veces no podía decir o hacer lo que hubiese querido decir o hacer, y me sentía avergonzado. Ahora eres mayor,^[210] y no estoy seguro de que vaya a vivir mucho tiempo.

»No es una suerte quedar desprotegida en la capital, pero no hay cosa peor en el mundo que obligarte a vivir como una campesina entre los bárbaros del este. Carecemos de parientes en la ciudad que puedan encargarse de tu bienestar, pero yo no puedo rehusar el cargo después de una espera tan larga. De manera que tienes que quedarte aquí, y yo me iré para siempre... ¿Cómo voy a hallar el modo de que puedas vivir en la capital con un mínimo de decencia?

Día y noche se lamentaba, repitiendo discursos como el anterior, y yo me olvidé del todo de las flores del arce, incapaz de ver una salida para mi triste situación. Se fue a su provincia el día trece del mes séptimo.^[211]

Durante los días que precedieron a su partida me costó mucho mantenerme tranquila en mi dormitorio, pero no me atrevía a volver a verlo. El día de su marcha, tras muchas horas de inquietud e insomnio, levanté una punta de la persiana y mi mirada topó con la suya. Estaba llorando, y, para no avergonzarle,^[212] me acosté en la cama.

Antes de su partida definitiva llamó a un criado de la casa, que regresó con este poema para mí:

Si pudiera hacer lo que quisiese,
reconocería públicamente
el dolor que me causa partir
en otoño...

No pude leer su poema hasta el final. En otros tiempos me había divertido componiendo poemas incompletos, pero ahora no sabía qué añadir. De todos modos, improvisé:

...jamás hubiera imaginado que mi suerte
en este mundo
me llevara a separarme de ti. ¡Ay!

Nadie vino a hacerme compañía y me sentí muy sola. Pasaba la vida preguntándome a cada momento dónde debía de encontrarse. Como conocía el camino que iba a recorrer, pensé en él y sufrí por él con mayor conocimiento de causa. Pasaba mañanas y atardeceres contemplando la silueta de las montañas dél este con el corazón en un puño.

Cuando empezó el otoño fui al templo de Uzumaza a pasar una temporada. Al salir de Ichijo encontramos a dos hombres que viajaban en palanquín y que habían hecho un alto en el camino para descansar. Tal vez estaban esperando a alguien para proseguir el viaje juntos. Cuando pasé por su lado, me enviaron un criado con una nota que decía:

«¿Vas a contemplar flores? Se diría que sí...».

Pensé que quedaría en mal lugar si no contestaba a una pregunta tan banal, y repuse:

Hay tantas razones
para ir a ver los campos,
como miles de flores
en los campos mismos...

Estuve siete días en el templo, pero no podía dejar de pensar en el camino que conduce al este. Recé a Buda y le dije:

—No hay manera de cambiar el presente, pero asegúrame que volveremos a encontrarnos en algún lugar después de esta separación...

Estaba convencida de que el Iluminado me escucharía y atendería mi ruego.

Mediado el invierno tuvimos muchísima lluvia, pero sólo caía de día. De noche soplaba un viento huracanado que limpiaba el cielo de nubes. La luna resplandecía exquisitamente, pero al ver las altas cañas que crecían en los alrededores de la casa partidas por los embates del tifón, me ponía muy triste. Compuse:

Los tallos de las cañas muertas
recuerdan con nostalgia los días de otoño...
En mitad del invierno la tempestad las abate
y las rompe...

Un día llegó un mensajero del este. Mi padre me había escrito esta carta:

«Atravesé la provincia de Hitachi y me detuve en todos los santuarios sinto que hallaba en mi camino. Así descubrí un extenso prado que cruzaba un río soberbio. No lejos se divisaba un bosque magnífico. Pensé en ti, y en cómo me gustaría que lo pudieras ver. Pregunté cómo se llamaba; y me contestaron que el Bosque de la Añoranza de Nuestro Propio Hijo. Imaginé quién le había puesto aquel nombre y sentí mucha pena por él. Desmonté de mi caballo, y estuve allí dos horas».

Tras partir.
Como yo, debía de echar de menos
a su retoño...
Entristece contemplar
el Bosque de la Añoranza de Nuestro Propio Hijo.

La carta me dejó más abatida que si hubiese visto el bosque, y contesté:

¡El Bosque de la Añoranza de Nuestro Propio Hijo!
Al oír su nombre pensé
en el monte de la Caricia Paterna...^[213]
Duro es el camino del este
para el hijo abandonado.

(Templos y sueños)

Pasé bastante tiempo sin hacer nada, y empecé a pensar en emprender unas cuantas peregrinaciones. Pero mi madre era una mujer muy anticuada, y me dijo:

—¡El templo de Hatsuse es terrible! ¿Qué sería de ti si algún malvado te sorprendiera en la subida de Nara? También Ishiyama resulta muy peligroso... En cuanto al paso de Sekiyama, junto al lago Biwa, es realmente como para echarse a temblar... En cuanto al pico de Kurama, ¿qué voy a decirte? Espera para hacer tus peregrinaciones a que tu padre haya vuelto.

A la vista de las opiniones manifestadas por mi madre, no tenía otra opción que visitar el templo de Kiyomizu.^[214] Pero mi viejo vicio de entregarme a ensoñaciones románticas no había desaparecido del todo, y me costaba mucho fijar la mente en pensamientos de tipo religioso.

En la semana del equinoccio hubo un gran tumulto provocado por un festival, y el estrépito fue tan grande que consiguió asustarme. Cuando al fin logré dormir, soñé con un sacerdote que se

hallaba delante del altar vestido de azul y con tocado y zapatos de brocado. Parecía el intendente del templo y me dijo:

—Demasiado ocupada con pensamientos mundanos, eres incapaz de rogar por la paz en las vidas futuras...

Indignado, se ocultó tras una cortina. Desperté con un sobresalto, pero no conté a nadie mi sueño y no volví a pensar en él.

Mi madre encargó dos espejos de bronce de dos palmos de diámetro y mandó a un sacerdote que los llevara al templo de Hatsuse. Le ordenó que pasara dos o tres días rezando en el templo para que nos fuera revelado mi futuro en un sueño. Durante este tiempo se me obligó a mantener la abstinencia ritual.

He aquí lo que nos dijo el clérigo al regresar:

—No quería volver sin haber tenido antes un sueño que contaros, y, tras participar en numerosas ceremonias, me fui a dormir. Entonces se me apareció una dama sumamente gentil y soberbiamente vestida que, saliendo de detrás de una cortina, aceptó los espejos y me preguntó si no había ninguna carta pegada a ellos. Le respondí con toda la cortesía de que fui capaz que no había cartas y que sólo tenía órdenes de entregar los espejos.

»—¡Qué extraño! —dijo ella—. Es preciso acompañarlos de cartas. Mira qué nos muestra uno de ellos. ¡Da lástima contemplarlo!

»La dama lloraba amargamente y pude ver en la superficie del espejo sombras de gente que parecía lamentarse.

»—Ver esas cosas parte el corazón —dijo ella—, pero ver esto lo llena de alegría.

»Entonces me mostró el otro espejo: en él contemplé una hermosa persiana verde, por debajo de la cual asomaban vestidos de muchos colores. Los ciruelos y los cerezos estaban cargados de flores, y en todos los árboles había ruiseñores que cantaban.

Ni siquiera le presté atención. Tampoco le hice preguntas.

Oí a alguien que decía: «Reza a la diosa celestial que ilumina el cielo», pero mi mente irreverente pensó: «¿Dónde está? ¿Será una diosa o un buda?». Esas fueron las primeras palabras que acudieron a mis labios, pero luego recapacité y pregunté a alguien que me contestó:

—Se trata de la diosa que habita en Ise.^[215] Se la adora en el santuario de los ancestros imperiales, pero también le tiene una gran devoción el gobernador de la provincia de Kii.

Yo no tenía manera de desplazarme a Ise. ¿Y cómo voy a prosternarme en el santuario de los ancestros que se encuentra en el palacio del emperador? ¡Jamás me dejarán entrar! Tendría que rogar para que me fuese concedida la iluminación.

Una parienta mía se hizo monja y pasó a vivir en el templo de Sugaku. En invierno le envié este poema:

Derramo lágrimas
por ti
al pensar en la aldea de montaña
donde se desata la ira
de las tempestades de nieve...

Me contestó:

A veces creo entreverte
saliendo del bosque tenebroso,
cuando sobre mi cabeza
crecen las hojas en verano.

(Una nueva vida)

Cuatro años después de partir regresó mi padre de su provincia.^[216] Se estableció en Nishiyama y todos fuimos a vivir con él. Nos sentíamos muy felices. Cierta noche de luna llena la pasamos conversando sin parar. Improvisé:

—¡Pensar que son posibles
noches como ésta!
Cuando nos separamos,
creí que sería para siempre...
¡Qué triste fue aquel otoño!

Mi padre recibió mi poema con lágrimas de felicidad, y respondió:

—Antes soportábamos la vida
con odio y lamentos,
ahora nos resulta cara
y la vivimos disfrutando de ella...

Cuando mi padre, al que daba por definitivamente perdido, regresó, mi gozo no conoció límites, pero él dijo:

—Me parece ridículo llevar una existencia mundana en la vejez. He aquí lo que solía pensar al ver a los ancianos, y ahora yo *también* soy un anciano. Pienso retirarme en breve de la vida social...

Al notar que el mundo le importaba muy poco, me sentí muy sola.

Si miraba hacia el este, el panorama era amplísimo y podía ver desde el monte Hiyé al monte Inari. En el oeste, la brisa entre los pinos del bosque de Narabigaoka cantaba para mis oídos, y sobre la meseta en que se hallaba nuestra casa se cultivaba arroz en los bancales. Cuando oía el ruido de los espantapájaros plantados en los campos, me sentía verdaderamente en casa.

Un atardecer una antigua conocida me envió un mensaje, y yo le respondí:

Nadie me visita
ni se acuerda de mí
en mi aldea de las montañas.
Los vientos de otoño suspiran
entre las cañas cercanas...

Al año siguiente^[217] nos fuimos a vivir a la capital. Mi madre se había hecho monja, y, aunque vivíamos en la misma casa, pasaba la vida encerrada en otra habitación. Mi padre me trataba como a una mujer independiente y a veces parecía olvidar que yo era su hija. Me sentía muy triste al ver cómo evitaba todo contacto social.

Una princesa de la corte,^[218] que había oído hablar de mí a un pariente lejano, vino a visitarme y me dijo que fuera a vivir con ella pues estaría mucho mejor que sola. Mis padres, que eran muy anticuados, pensaban que no me encontraría bien en la corte, y querían que permaneciera en casa a toda costa. Pero otros insistieron, diciendo:

—Hoy las muchachas van a la corte en calidad de azafatas. Una vez allí, no suelen faltarles ocasiones de hacer un buen matrimonio. ¿Por qué no lo intenta?

He aquí cómo fui enviada a la corte muy en contra de mi voluntad.

(En la corte)

La primera vez pasé allí sólo una noche. Me vistieron con un conjunto de siete *uchikis* de tonos crisantemo claros y oscuros, y encima llevaba otro más amplio, de seda púrpura. Tal como he explicado, por aquel entonces sólo pensaba en novelas, y no tenía parientes cercanos capaces de enseñarme buenas maneras y los usos de la corte, que sólo podía intuir gracias a los libros que leía. Siempre fui la sombra de unos padres pasados de moda y se me había acostumbrado a no salir salvo para ir a contemplar la luna y las flores. De modo que cuando dejé mi casa, tuve la sensación de que había dejado de ser yo misma y de que el mundo que me esperaba no era el real. Partí al alba.

En mi mente poco ilustrada siempre había imaginado que algún día podría escuchar cosas más interesantes y que darían más consuelo a mi corazón que lo que solía oír en casa.

En la corte me sentía extraña y triste, pero no tenía a quien quejarme. Pasé días con la cabeza vacía y la desagradable sensación de ser espiada. A los diez días me dejaron salir. Mi padre y mi madre me estaban esperando junto al brasero. Al verme bajar del palanquín mis sobrinas^[219] dijeron:

—Mientras vivías en casa, la gente venía a visitarnos, pero ahora no escuchamos una sola voz ni se recorta la sombra de nadie sobre las paredes de la casa. Nos sentimos muy deprimidos. ¿Qué podrías hacer para mejorar nuestra situación?

Me destrozó el corazón verlas llorar mientras se me quejaban así. A la mañana siguiente me dijeron:

—Cuando estás aquí, hay mucha gente entrando y saliendo. La casa parece mucho más animada.

Los ojos se me empañaron al comprobar la admiración que despertaba en mis sobrinas, cuando me consideraba con tan pocos méritos.

Incluso a un santo le costaría soñar con la vida que precedió a su nacimiento. Y, sin embargo, cuando estaba delante del templo de Kiyomizu, medio despierta medio dormida, creí ver a un hombre que parecía ser el abad del templo. Se me acercó y me dijo:

—En tiempos fuiste un monje de este templo y renaciste en un estado mejor por virtud de una serie de imágenes de Buda que tallaste en tu calidad de artista búdico. El Buda entronizado de treinta palmos de altura que se encuentra en la parte oriental del templo es obra tuya. Mientras estabas recubriéndolo de pan de oro, te alcanzó la muerte.

—¡No me merezco tu bendición! —le dije—. De todos modos, estoy dispuesta a concluir mi trabajo.

Pero él me contestó:

—Al morir tú, otro hombre se encargó de concluirlo y hacer la ceremonia del ofrecimiento.

En el último mes del año regresé a la corte, y se me asignó una habitación para mí sola, pero todas las noches me tocaba acudir a los aposentos de la princesa y echarme entre desconocidas, de modo que no podía dormir. Era tímida y apocada, y me pasaba la vida derramando lágrimas en secreto. A la mañana siguiente me retiraba a mi cámara antes de que amaneciera: echaba de menos mi hogar y mis ancianos y débiles padres, que tenían mucha confianza en mi persona y esperaban que me mostrara a la altura de mi familia. ¡Yo pensaba mucho en ellos y me sentía muy sola y desvalida!

Aunque hacía cuanto podía para servir a la princesa, había días en que me sentía tan mal que no podía acudir a sus aposentos al atardecer. No parecía que ella se enterase de qué ocurría en mi corazón y atribuía todas mis «faltas» a una excesiva timidez, de manera que procuraba tratarme con mayores atenciones que a las demás azafatas. Solía ordenar:

—¡Que acudan las damas *más jóvenes!*

Pero me arrastraban a su presencia en contra de mis deseos.

Las que estaban acostumbradas a la vida en la corte se sentían como en casa, pero yo, que ya no estaba entre las más jóvenes, aunque tampoco merecía ser contada entre las «entradas en años», pasaba casi desapercibida y se me utilizaba para acompañar a las visitas. Sea como fuere, nunca me hice grandes ilusiones sobre mi futuro cortesano, y no envidiaba a las que eran más agraciadas que yo. Poco a poco, fui ganando en aplomo, y de vez en cuando iba a hacer compañía a la princesa o conversaba con las compañeras que me resultaban simpáticas sobre temas placenteros. Evité conscientemente excederme a la hora de sonreír así como hacerme *demasiado* popular para no hallarme a la postre envuelta en situaciones de difícil salida.

Una noche que dormía en la antecámara de la princesa, me despertaron las aves acuáticas del estanque con sus chillidos y aleteos. Compuse este poema:

Al igual que nosotras,
las aves del estanque pasan la noche
flotando en sueños.
Parecen cansadas
de sacudirse la escarcha de las plumas.

Mis compañeras pasaban el tiempo charlando sobre novelas con las puertas que separaban nuestros aposentos abiertas. De vez en cuando llamaban a otra dama que dormía con la princesa. Al fin les contestó con esta nota:

«Volveré si debo hacerlo».

Y le enviaron estos versos:

Es fácil doblar
las largas hojas de las cañas,
de manera que no intentaremos persuadirla
y dejaremos que el viento
se ocupe de ella.

Así —componiendo poemas— matábamos las horas. Finalmente, la dama en cuestión abandonó la corte y nos dejó. Más adelante se acordó de aquella noche y me envió este poema:

Aquella noche de invierno
sin flores y sin luna,
se introduce en mis pensamientos
y permanece allí...
Me pregunto por qué...

Aquellos versos me llegaron al alma, y le respondí:

En mis sueños
las lágrimas de aquella noche
están aún heladas.
Pero las que ahora derramo
me las seco en secreto.

Las princesa continuaba llamando a mi madrastra Kazusa,^[220] es decir, «señora gobernadora», y a mi padre le disgustaba que siguiera utilizando aquel nombre una vez que la dama se había

convertido en la esposa de otro hombre. Me pidió que escribiera a su alteza para hacérselo notar. Entonces compuse este poema:

El nombre de Asakura^[221] suena muy lejano.
La corte lo oye ahora
en una vieja canción de danza.
Mi nombre se escucha también de vez en cuando,
pero no me hace mucho honor...

Una noche de luna llena acompañé a la princesa al palacio imperial: Entonces recordé que la diosa que ilumina del cielo^[222] se hallaba entronizada en su interior y quise arrodillarme ante ella. Gracias a que conocía a la encargada del santuario conseguí entrar en su interior sola y postrarme ante la luz que iluminaba débilmente el altar.^[223] La anciana era hija de un letrado, y se había hecho vieja y santa sirviendo a la divinidad, tanto que ya no parecía una mortal sino una encarnación divina, aunque hablaba con enorme gentileza.

La noche siguiente la luna también resplandeció, y las damas de honor de la princesa pasaron el tiempo charlando y contemplándola a través de las ventanas abiertas del pabellón de las Glicinias.^[224] Cuando la consorte imperial Umetsubo se dirigió a los aposentos del soberano, lo hizo con pasitos tan leves y graciosos que todas la envidiaron.

—La difunta emperatriz^[225] —comentó una de las damas— nunca hubiese sido capaz de andar *así*...

Compuse este poema:

Es como la luna que, abriendo la puerta
del cielo, pasea entre las nubes.
Nosotras, aunque habitamos en el mismo palacio celestial,
pasamos la noche recordando
incidentes del pasado...

(El principio de nada)

Las damas que tienen a su cargo acompañar a los nobles de la corte despiertan muy poco interés. Una noche muy oscura del mes sin dioses, cuando un coro de recitadores de melosa voz se disponía a leer los sutras, una dama de la corte y yo nos dirigimos a la entrada de la sala de audiencias para escuchar, y nos quedamos dormidas en nuestro rincón... De pronto me desperté sobresaltada y pude ver cómo la princesa recibía a un caballero. Mi amiga me dijo:

—Parece absurdo que corramos a nuestros aposentos para evitarlo. Permanezcamos aquí y ya veremos qué ocurre.

Le hice caso y permanecí a su lado, escuchando.

El hombre hablaba suavemente y con gentileza. Nada había en él que pareciera impropio.

—¿Quién es la otra dama? —preguntó, refiriéndose a mi compañera.

No dijo nada que sonara grosero o lascivo como es común en otros hombres, sino que habló con enorme delicadeza del triste encanto de las cosas de este mundo,^[226] y muchas de sus frases me indujeron a conversar con él. Se sorprendió de que en la corte hubiese una dama que aún no conocía, y parecía tener ganas de quedarse un rato.

No había estrellas, y la lluvia caía suavemente en la oscuridad. ¡Qué bien sonaba su música sobre las hojas!

—¡Qué bella es la noche! —observó—. La luna llena estaría de más... Aunque todas las

estaciones tienen su encanto. Me gustan las brumas de la primavera, que filtran el resplandor de la luna, empañándolo. Cuando el cielo se muestra apacible, el astro nocturno parece flotar en un río lejano... En momentos como éste, una lenta melodía primaveral tocada en el hoto parece exquisita... En cambio, en otoño la luna suele brillar espléndidamente. Aunque haya neblina en el horizonte, podemos ver las cosas tan claramente como si pudiésemos tocarlas. La canción del viento, las voces de los insectos, todo lo bello parece fundirse y convertirse en algo único. Cuando en esta estación escuchamos la música otoñal de un koto, nos olvidamos de la primavera... No la cambiaríamos por nada... ¡Y qué magnífico nos parece el mundo cuando el invierno lo envuelve en un espeso manto de hielo! ¡Contemplar cómo la nieve cubre la tierra y su blanco resplandor combina con el de la luna! ¡Y en cuanto las notas del *hitchiriki*^[227] hacen vibrar el aire, olvidamos los encantos de la primavera y el otoño!

Mi amiga se pronunció a favor del otoño, pero yo, que no quería imitarla, improvisé:

—Pálida noche verde

que se mezcla con las flores

tras una suave bruma...

Y la luna por todas partes,

brillando en medio de la noche primaveral...

Eso dije yo, y él, tras repetir mi poema por lo bajo, dijo:

—¿De modo que dejas de lado el otoño? A partir de ahora, mientras viva, las noches de verano como ésta me traerán recuerdos de ti...

Mi compañera replicó:

—Que favorezcan la primavera quienes quieran... No me importa seguir contemplando sola la luna de otoño.

El hombre parecía muy interesado, y, sintiéndose inseguro, comentó:

—Incluso los poetas del imperio T'ang^[228] no supieron decidir a quién reconocer la primacía, si a la primavera o al otoño...^[229] Vuestras decisiones me hacen pensar que por fuerza hay algo profundamente personal a la hora de inclinarse por una o por otro. Nuestras almas se sienten invadidas por los colores del cielo, de la luna o de las flores de un determinado momento. Me encantaría saber cómo llegasteis a descubrir los encantos de la primavera y el otoño. Suele ponerse la luna del invierno como ejemplo de monotonía, y, como hace mucho frío, nunca había hecho nada por verla, pero hube de ir a Ise para presenciar en representación del emperador la ceremonia de entronización de la gran vestal que tiene a su cargo el santuario. Quería regresar al alba, de modo que fui a despedirme de la princesa en una noche de luna radiante tras varios días de intensas nevadas, y debo confesar que el viaje que me esperaba no me hacía ninguna ilusión.

»Su residencia parecía un palacio de otro mundo, pero ella me hizo pasar a un aposento muy adecuado. Allí había monjes que habían llegado en tiempos del emperador Enyu, y su aspecto admiraba por lo vetusto, sagrado y místico. Hablaban del pasado con lágrimas en los ojos. La

música tampoco parecía cosa de este mundo. Lamenté que estuviera a punto de amanecer y me emocioné tanto que casi olvidé que debía regresar a la capital. Desde entonces, las noches de invierno me traen a la memoria aquella escena, y no dejo de contemplar nunca la luna de invierno aunque haya de hacerlo abrazando un brasero... Estoy seguro de que me entenderéis, y a partir de hoy todas las noches oscuras en que caiga una suave lluvia me conmoverán. Pienso que no ha sido inferior a la noche de nieve que me tocó vivir en el palacio de la gran vestal de Ise.

Dichas estas palabras, partió y pensé que seguía ignorando quién era yo.

En el octavo mes del año siguiente^[230] fuimos al palacio imperial, pues se había anunciado una serie de espectáculos y diversiones que habían de durar toda la noche. Ignoraba que *él* también estaba presente, y pasé toda la noche en mi habitación. Al amanecer, cuando abrí la puerta corredera que daba al pasillo y me asomé al exterior, pude ver la luna matinal tan borrosa como bella. Oí pasos y voces de gente que se acercaba recitando sutras. Uno de los hombres se me acercó y me saludó. Le contesté, y *él* me reconoció súbitamente, exclamando:

—¡Aquella noche de la lluvia suave! No he dejado nunca de pensar en ella... ¡Ojalá se repitiera!

Yo no disponía de mucho tiempo para contestarle, pero fui capaz de improvisar:

—Muy intensa
es la memoria de tu corazón...
La lluvia suave sobre las hojas...
Por un instante
nuestras almas se rozaron...

Apenas acabé de pronunciar estas palabras cuando llegó más gente y hube de retirarme.

Aquella misma tarde, encontrándome ya en mi dormitorio, mi amiga vino a verme y me trajo una nota de él:

«Si volviéramos a tener una noche tan tranquila como aquella de la lluvia, me gustaría hacerte escuchar mi koto y tocaría para ti todas las canciones que sé...».

Hubiese querido escucharle y esperé una ocasión propicia, pero no se presentó.

Una tarde plácida del año siguiente oí que había vuelto al palacio de la princesa, de modo que salí de mi habitación junto con mi amiga con la esperanza de encontrarlo, pero había mucha gente fuera y dentro del palacio de modo que acabamos por regresar. Parece que *él* pensó lo mismo. Vino porque la noche se anunciaba plácida, y se retiró cuando empezó el ruido. Compuse este poema:

Anhelo un momento tranquilo
para poder surcar el mar
de la armonía
en este bote encantado.
Barquero, ¿qué sabes de mi corazón?

Esos son los versos que compuse, y no hay más que contar. Era un hombre de fuerte personalidad, pero pasó el tiempo y ninguno se dirigió decididamente al otro.^[231]

Una noche entera de invierno (la nieve aún no había llegado y el cielo, iluminado por las estrellas, era claro y frío) estuve hablando largamente con mis compañeras de palacio...^[232]

Sintiéndome una mujer inútil, me retiré de la corte.

(Peregrinajes)

El día veinticinco del último mes asistí, a petición de la princesa, al servicio religioso en que se recitan los nombres de Buda. Sólo acudí para aquella noche. Había cuarenta damas con atuendos rojos. Me senté detrás de la persona que me acompañó y me retiré antes del alba. De camino a mi casa nevó copiosamente, y la luna, gélida y fantasmal, se reflejaba en mis mangas rojas de seda brillante. Incluso aquel reflejo me entristeció. Pensé: «El año toca a su fin y, con él, la noche y este reflejo de la luna en mi manga... Todo pasa. Cuando se está en la corte, una acaba por familiarizarse con los que allí sirven. Así llega a conocer mejor las cosas del mundo, y, si sabe mostrarse amable, se la recibirá como a una dama y quizás obtenga favores dignos de tenerse en cuenta...».

Eso pensaba, pero mi padre se sentía decepcionado y me mantenía en su casa. ¿Cómo podía imaginar que mi suerte cambiaría en un abrir y cerrar de ojos? Supongo que eso era lo que mi padre soñaba, pero me trataba como si lo hubiese traicionado.

Compuse este poema:

Aunque mil veces (o muchas más)

recogí perejil

en los campos,

mis anhelos no se vieron cumplidos...^[233]

Y ésas fueron todas mis quejas.

Me avergoncé de mis vanas ilusiones de otros tiempos, y como mis padres no querían acompañarme en mis peregrinaciones a los templos, moría de impaciencia. Quise reforzar mi espíritu para criar a mi hijo, aún de muy tierna edad. También deseaba atesorar obras virtuosas pensando en mi vida futura, de modo que partí hacia el templo de Ishiyama después del día veinte del mes undécimo.^[234] Nevaba y el camino parecía encantador. Al llegar a la barrera del paso de Osaka,^[235] recordé que también era invierno cuando lo pasé en dirección a la capital. También entonces el día era tempestuoso. Improvisé:

El sonido del viento

en la barrera de Osaka...

Poco se distingue

del que oí muchos años atrás...

Aunque el templo de Seki era magnífico, me hizo pensar en aquel viejo Buda rudamente esculpido que nunca olvidaré. La playa de Uchide no había cambiado con el paso de los años, pero

mi corazón sí.

Llegué al templo al atardecer y, tras tomar un baño, me dirigí' al santuario principal. El viento de las montañas soplaba furioso. Me quedé dormida en el templo, y oí una voz que me decía: «De lo más profundo del santuario está manando perfume. Hazlo saber en seguida...». Aquellas palabras me despertaron y, advirtiendo en ellas un buen presagio, pasé la noche rezando.

Al día siguiente, el viento sopló con mayor fuerza todavía. Consolé mi corazón solitario conversando con la amiga de la princesa, que me había acompañado. A los tres días regresamos a casa.

* * *

El día veinticinco del mes décimo del año siguiente^[236] la capital estaba agriadísima con las lustraciones que preparaban la gran ceremonia.^[237] Yo deseaba partir aquel mismo día al templo de Hase para mi propia purificación, pero en mi casa me detuvieron, asegurándome que el espectáculo que se avecinaba sólo se veía una vez en cada reinado. Incluso la gente del campo acudía a la ciudad para presenciar la procesión, y parecía locura abandonar la capital precisamente aquel mismo día.

—La gente se enterará de lo que has hecho y todos murmurarán —dijo mi hermano.

—No, no... que haga lo que quiera —repuso mi esposo, y me dejó marchar.

Su amabilidad me llegó al alma, pero no pude dejar de compadecer a los que me acompañaban, y que, por mi culpa, iban a perderse la ceremonia. Pero ¿qué significan esos espectáculos? Estaba segura de que Buda se sentiría profundamente complacido si renunciaba a ellos para visitarlo. Ansiosa por recibir el favor divino, partí antes de la aurora. Al cruzar el puente de Nijo, con las antorchas de pino ardiendo delante de mí y todos mis sirvientes ataviados de blanco,^[238] los hombres a caballo, en carruajes o de a pie que se cruzaban con mi comitiva y que estaban buscando un buen lugar para presenciar los festejos, se decían, sorprendidos ante mi partida:

—¿Qué significa esto?

Y muchos se burlaban de mí sin disimulo alguno. Gritaban, riendo:

—¡Aquí hay unos que van al templo! ¡Como si el año no tuviera suficientes días!

Un hombre, sin embargo, pronunció estas palabras:

—¿A qué saciar la vista durante unos momentos? Ved cuán determinados parecen. Seguro que obtendrán el favor de Buda. Deberíamos imitarlos y prescindir de las diversiones.

El hombre parecía hablar en serio.

Yo había querido abandonar la capital antes de que se hiciera de día, y me puse en marcha a medianoche, pero me vi obligada a esperar a ciertas personas y la espesa niebla se fue aclarando. Una riada de gente llegaba del campo, y nadie estaba dispuesto a hacerse a un lado para dejar paso a los demás. Incluso los niños más vulgares y groseros, al pasar junto a mi carruaje, nos dirigían

expresiones de sorpresa y desprecio.

Lamenté haberme puesto en marcha precisamente aquel día, pero, rezando al Iluminado de todo corazón, alcanzamos el transbordador de Uji. También allí había multitudes que se dirigían a la capital, y el hombre que se encargaba de él se las daba de persona importante. Cubriéndose la cara con las mangas y apoyándose en su pértiga, fingía no ver a los que reclamaban sus servicios. Miraba al cielo, como ausente, silbando una canción. Pasamos mucho rato sin poder cruzar el río, de manera que me puse a contemplar el lugar, que siempre había tenido curiosidad por ver desde que leyera *La novela de Genji*, en la que se nos cuenta que las princesas de Uji vivían allí.^[239] Me pareció un sitio encantador. Al fin conseguimos atravesar el río y pudimos contemplar la mansión de Uji. Entonces recordé el personaje de Ukifune,^[240] de la misma novela, que también había vivido allí.

Como habíamos partido tan de mañana, mi gente estaba muy fatigada y se quedó en Hiroichi para comer. Nuestro guardián nos advirtió:

—¿Es éste el famoso monte Kurikoma? Se acerca la noche. No olvidéis tener a mano las armas para protegeros de bandidos y malos espíritus.

Sus palabras me produjeron un escalofrío, pero cruzamos la montaña sin incidentes y cuando llegamos al lago Nieno, el sol estaba en su cénit. Envié a mis acompañantes a buscar alojamiento, pero regresaron diciendo que no había ningún lugar adecuado, salvo una pobre cabaña. No habiendo otra cosa, buscamos refugio en ella.

Hallamos sólo dos hombres en la casa, pues todos sus demás habitantes habían ido a la capital. Durante la noche montaron guardia para nuestra seguridad. Mis criadas se habían instalado en un anejo exterior que servía de cocina, y al verlos moverse sin parar, les preguntaron:

—¿Por qué no dejáis de andar?

—¿Que por qué? Pues porque hemos alquilado nuestra casa a unos perfectos extraños. ¿Qué vamos a hacer si nos roban las ollas o las teteras? No os extrañe que no podamos dormir...

Al oírlos experimenté a la vez miedo y ganas de reír.

Al día siguiente partimos y fuimos a postrarnos en el gran templo del este.^[241] El templo de Iso no Kami estaba medio en ruinas. Aquella noche nos alojamos en Yamabe. Aunque estaba muy fatigada, recité los sutras antes de dormir. En sueños vi a una mujer de aspecto noble y puro y noté una brisa deliciosa. Me miró y me dijo, sonriendo:

—¿A qué has venido?

—No podía hacer otra cosa, puesto que estás aquí —le respondí.

—Harías bien volviendo a la corte imperial e intimando con la dama que llaman Hakase.

Sus palabras me animaron.

Atravesamos el río y llegamos al templo de Hatsuse de noche. Después de las lustraciones, entré en el templo, donde permanecí tres días. Por las noches me dormía «esperando» verme favorecida

con un sueño especial. A medianoche soñé que alguien arrojaba una rama de cedro en la habitación como una prenda del dios Inari.^[242] Me sobresalté, pero al salir de mi dormitorio me di cuenta de que sólo se trataba de un sueño.

Reemprendimos el viaje pasada la medianoche, y, no hallando mejor alojamiento, volvimos a pasar la noche en una casucha, que resultó ser no poco curiosa.

—¡No duermas aquí! ¡Algo raro te sucederá!

—No te asustes...

—Échate a dormir y procura que no se note que respiras...

Todas esas cosas me tocó oír, y pasé la noche sintiéndome muy sola y atemorizada. Me pareció que pasaban mil años hasta que amaneció, y cuando apuntó el día, descubrí que nos hallábamos en el refugio de unos ladrones. Se decía en el lugar que la dueña de aquella casa tenía un «extraño oficio».

Cruzamos el río Uji en medio de un vendaval, y el transbordador estuvo a punto de tropezar con la red de unos pescadores. Compuse este poema:

Han pasado los años
y aún creo oír el estruendo de la corriente
Hoy todavía sigo contando
los rizos del agua
en torno a la red de pescar.

Si, como estoy haciendo ahora, sigo poniendo por escrito eventos ocurridos hace cuatro o cinco años, mi vida parecerá la de un peregrino, pero no es así. Estoy narrando acontecimientos ocurridos a lo largo de varios años.

En primavera fui al templo de Kurama. Era un día suave, y las brumas se arrastraban por entre las montañas. Los montañeses nos trajeron^[243] para comer —no tenían nada más—, y no me pareció malo. Cuando dejé el lugar, las flores ya habían desaparecido.

En el mes sin dioses regresé allí, y el panorama de las montañas, vestidas ahora con los brocados de otoño, me pareció más hermoso. La corriente del río hervía como metal líquido y se deshacía en gotas de cristal.

Cuando llegué al monasterio, las hojas de los arces, húmedas de la lluvia, resplandecían de modo incomparable.

La forma de las hojas de los arces,
en otoño y bañadas por la lluvia.
¡Qué belleza
en lo más profundo de las montañas!

Dos años después volví a Ishiyama. Pensé que estaba lloviendo, y alguien me dijo que la lluvia hace los viajes poco agradables, pero al abrir la puerta contemplé la luna menguante iluminando las

profundidades del valle escarpado. El ruido que tomé por lluvia era la canción de un riachuelo que se deslizaba entre las raíces de los árboles.

El canto del arroyo montaños
imita el de las gotas de lluvia,
pero la calma de la luna menguante
brilla sobre todo...

La siguiente vez que fui al templo de Hase mi viaje no resultó tan solitario. A lo largo del trayecto, varias personas me invitaron a cenas de ceremonia, y avanzamos muy lentamente. El bosque de Hahasono en la provincia de Yamashiro estaba precioso con sus colores otoñales. Crucé el río Hase, y nos quedamos tres días en la otra orilla. Como éramos demasiados para alojarnos en la casita que había al otro lado del paso de Nara, acampamos en el prado. Nuestros hombres pasaron la noche sobre esteras de cuero extendidas sobre el césped y, como el rocío no cesaba de caer sobre sus cabezas, no pudieron dormir. La luna parecía más límpida y pintoresca que nunca.

En nuestros peregrinajes
la luna solitaria nos acompaña
iluminándonos desde el cielo...

La luna menguante
que solía contemplar en la ciudad imperial...

Como podía hacer según mi gusto, fui a orar a templos lejanos, y mi corazón hallaba consuelo en los placeres y fatigas del viaje. Aunque me divertía con ello, mis plegarias reforzaban mi esperanza. [244] No tenía especiales preocupaciones en aquel tiempo y trataba de educar a mi hijo de la mejor manera que sabía, mientras iban pasando los días. Mi marido aspiraba también a la felicidad, y el futuro parecía prometedor.

Una amiga muy querida, con la que habíamos intercambiado poemas desde antiguo en situaciones muy distintas y con la que todavía seguía escribiéndome, aunque con menos frecuencia, se casó con el gobernador de Echizen y lo acompañó a su provincia. Esta circunstancia puso fin a nuestra relación epistolar, aunque aún le envié este último poema, que me costó mucho hacerle llegar:

¡Afecto indestructible!
¿Es posible que acabe con el tiempo
mientras la nieve sigue cubriendo la tierra
en la provincia del norte?

Ella me contestó:

Ni siquiera una piedrecita deja de existir
aunque se halle enterrada bajo la nieve
de Hakusan.

Lo mismo ocurre con mi afecto,
aunque parezca oculto.

Fui a visitar un valle de Nishiyama al oeste de la capital. Allí había flores por todas partes. Era hermoso, pero solitario, y no se veía un alma. Una delicada neblina parecía envolvernos.

Lejos de las ciudades,
en el corazón de las montañas,
florece el cerezo,
y malgasta sus flores
sin que nadie las admire.

(Penas y consuelos)

Una vez que mi esposo me causó un gran dolor,^[245] me retiré al templo de Uzumasa. Allí me llegó una carta de alguien que había servido a la princesa. Mientras la estaba contestando, oí la campana del templo.

El mundo del dolor
no puede olvidarse ni siquiera en este lugar...
Al escuchar el tañido de la campana del atardecer
mi corazón se siente aún más solo.

Recordé que cierto día había ido al palacio de la princesa a hablar con dos buenas amigas. Al día siguiente, hallando la vida tediosa, pensé mucho en aquella conversación y les envié este poema:

Aunque sabíamos que el lugar de nuestro encuentro
era un mar de lágrimas, donde los recuerdos
son rizos en el agua y el afecto una marea que se retira,
nos aventuramos a surcarlo...^[246]
Y mi anhelo por recobrarlos crece cada día.

Una de ellas me contestó:

Nos aventuramos por el mar
buscando perlas de consuelo.
Y sólo hallamos
gotas de lágrimas
tristes y dulces...

Y la otra:

¿Quién se aventuraría por el mar de lágrimas
buscando una ocasión
con celoso cuidado,
si no hubiera visto las flores
de una visión encantadora flotando en él?

Como esta amiga pensaba como yo, solíamos hablar de las penas y alegrías del matrimonio, pero ella hubo de irse a la provincia de Chikuzen en Kyushu. Una noche de luna clara fui a la cama

pensando en ella con nostalgia, porque, cuando ambas estábamos en palacio, en noches como aquella no sobamos dormir, sino que las pasábamos contemplando la luna. Soñé que estábamos en palacio juntas como en otros tiempos. Me desperté sobresaltada: la luna se hallaba sobre la vertiente occidental de la montaña y pensé en aquel verso del poema famoso que dice: «¡Ojalá no me hubiera despertado!». Improvisé:

Dile, luna que te encaminas al oeste, que, pensando en ella, no pude dormir, y que toda la noche un rocío de lágrimas de afecto humedeció mi almohada...

En otoño^[247] tuve ocasión de viajar a la provincia de Izumi. A partir de Yodo, el viaje resultó muy pintoresco. Pasamos una noche en Takahama. Era muy oscura, y de pronto oí el ruido de un remo. Me dijeron que había llegado una cantante. Mis compañeros le pidieron que acompañase su embarcación con la nuestra. Un farol en cubierta iluminaba a la mujer: llevaba un vestido de largas mangas y, cubriéndose la cara con el abanico, se puso a cantar. Nos pareció maravillosa. El atardecer siguiente, mientras el sol se mostraba aún detrás de la cima de las montañas, pasamos por delante de la playa de Sumiyoshi. Estaba envuelta en niebla, y las ramas de los pinos, la superficie del mar y la playa, a la que iban a dar las olas cansinas, se conjugaban para crear una cuadro de enorme belleza.

Un atardecer de otoño...

La costa de Sumiyoshi...

¿Hay palabras para describirlo?

¿A qué podría compararse?

Incluso cuando la embarcación hubo pasado, yo seguía mirando atrás, insaciable.

En invierno regresé a la capital. Tomamos la embarcación en la bahía de Oé. Aquella noche la tormenta rugió con tal furia que incluso las rocas parecían temblar. El dios del trueno^[248] llegó dando voces, y el estruendo de las olas, el ulular del viento y los horrores del mar me hicieron creer que se acercaba el fin de mi vida. Pero pudimos sacar la embarcación del agua, y pasamos la noche en la costa. La lluvia cesó, pero el viento seguía soplando, de modo que no pudimos reemprender el viaje y hubimos de pasar cinco o seis días sobre el inmenso arenal. En cuanto el viento amainó un poco, levanté las cortinas de mi camarote y vi que la marea de la tarde subía rápidamente mientras las grullas se interpelaban a gritos en la bahía.

La gente de la provincia acudió en tropel a vernos y nos confirmó que si la embarcación hubiese permanecido en el mar, habría zozobrado sin remedio. Sólo de pensarlo me aterroricé y compuse este poema:

Frente a Ishitsu, en el mar salvaje,

el bote, arrastrado por la galerna,

desaparece y nadie vuelve a verlo...

Los vientos incontrolados lo gobiernan...

Se pierde en el mar salvaje, frente a Ishitsu...

Hice cuanto pude para contentar a mi esposo. También cuando se sirve en la corte hay que

esforzarse para contentar a gauchos. ¿Qué favor obtiene la que pasa la vida volviendo a casa de sus padres ante cada contrariedad? Al ir envejeciendo empezó a parecerme impropio comportarme como si todavía fuéramos una joven pareja.^[249] No obstante, los sinsabores me ocasionaron muchas lágrimas y enfermé, de manera que ya no podía ir a visitar templos. No tenía esperanzas de vivir mucho más tiempo, pero quería asegurar a mis hijos la mejor posición posible mientras estuviera con vida.^[250]

Me guardé mi dolor y esperé que se le asignara un buen cargo a mi esposo. En otoño obtuvo uno,^[251] pero no tan bueno como hubiésemos esperado, y nos sentimos muy desilusionados. No quedaba muy lejos del lugar del que acabábamos de regresar, de manera que decidió partir y nos pusimos a hacer los preparativos. Empezó el viaje desde la casa en que acababa de ir a vivir su hija.^[252] Fue después del día diez del mes sin dioses. Todo parecía ir bien, y le acompañaba nuestro hijo. Mi esposo iba vestido de púrpura con arreglo a su rango, y llevaba una larga espada. El muchacho llevaba calzas rojas y una chaqueta azul estampada. Montaron a caballo junto a la galería.

En cuanto hubieron partido (¡con cuánto ruido!), me sentí muy sola. De todos modos, como había oído decir queda provincia no estaba muy lejos, me sentí menos abandonada que en otras ocasiones. Los que le acompañaron en la primera etapa de su viaje regresaron al día siguiente y me contaron que la comitiva había sido espléndida pero que, al observarlos desde lejos por la mañana, habían creído ver un «fuego humano»^[253] que se desprendía del cortejo y volaba en dirección a la capital. Quise pensar que se trataba de alguno de los acompañantes. ¿Cómo iba a imaginar lo peor? Sólo pensaba en cómo educar a nuestra prole.

Regresó el cuarto mes del año siguiente^[254] y pasó el verano y el otoño en casa. El día veinticinco del mes noveno se puso enfermo.

Falleció el día cinco del mes décimo,^[255] y mi dolor fue indescriptible.

Ahora sé que mis circunstancias actuales se habían reflejado veinticinco años atrás en uno de los dos espejos que mi madre llevó al templo de Hatsuse. *Yo era aquella imagen que lloraba desconsoladamente.* La felicidad anunciada en el otro espejo ya no se realizaría nunca.

El día veintitrés quemamos sus restos con el corazón dolorido, y mi hijo, que le había acompañado el otoño anterior a su provincia exquisitamente ataviado, siguió la caja cubierta de las insignias de luto llorando y vestido de negro. Mis sentimientos al verlo salir no pueden expresarse con palabras. Me sentía como si anduviera en sueños y pensaba que mi vida tocaba a su fin.

(Remordimientos)

Si en vez de refugiarme en la composición de novelas y poesía me hubiera dedicado a practicar las austeridades que la religión prescribe, no habría experimentado un dolor tan terrible. En el templo de Hase, el dios Inari me ofreció una rama de cedro, y no me cabe duda de que no hubiese perdido a mi esposo de haber visitado su santuario en mi viaje de regreso a casa. Los sueños que había tenido en el pasado y que me aconsejaban que rezara a la diosa que ilumina el cielo significaban que hubiera debido permanecer en la corte como nodriza, protegida por el favor del

emperador y la emperatriz... Eso me dio a entender en su día el intérprete de sueños, pero yo no me supe dar cuenta. Sólo la imagen reflejada en el espejo se hizo realidad... ¡Desgraciada de mí! Nada ocurrió, pues, con arreglo a mis deseos, y deambulé por el mundo sin hacer acción virtuosa alguna para mi vida futura.

Mis penas, sin embargo, no parecían acortarme la vida, pero yo me sentía muy inquieta al pensar que todo sucedería en contra de mis deseos, incluso en mi vida futura. Sólo eso me daba algún consuelo:

Lágrimas sin fin...

Pensamientos borrosos...

Escena brillante...

A la sombra de la luna.

El día trece del tercer mes^[256] tuve uno de esos sueños:

En el extremo del jardín de mi casa estaba Buda Amida. No se le veía bien, pues lo envolvía una nube. Sólo de vez en cuando distinguía algo de él cuando la nube se alzaba. La flor de loto que le servía de pedestal estaba a ocho o diez palmos del suelo y el Buda tenía unos catorce palmos de altura.

Le iluminaba un resplandor dorado. Tenía una mano extendida y los dedos de la otra formaban el *mudra* de la bendición. Aunque apenas le distinguía, sentí tal respeto que no osaba acercarme para verlo mejor. Parecía estar diciendo sólo para mis oídos:

—Ahora debo irme, pero luego regresaré a recibirte.

Desperté abruptamente. Sólo este sueño me infundía esperanza para mi vida futura.

Había estado viviendo con los sobrinos de mi marido, pero después de su muerte nos separamos y nunca más volvimos a juntarnos.

Una noche muy oscura me visitó el sobrino que vivía en Rokuhara, al que recibí con enorme alegría. Compuse este poema:

No hay luna,

y la oscuridad se hace más negra

en los alrededores de Obasuté.

¿Por qué has venido?

No puede ser por ver la luna...^[257]

Después de la muerte de mi marido una amiga dejó de escribirme.

Tal vez piensa

que ya no pertenezco a este mundo, pero mis días

pasan entre lágrimas.

¡Lágrimas, ay!

En el décimo mes dirigí mis ojos, anegados en llanto, a la luna radiante. Improvisé:

Incluso en el pensamiento
nublado por el dolor
se refleja
la luna resplandeciente.

(Soledad)

Pasaron los meses y los años, y siempre que evocaba la pesadilla de su muerte, mi mente se turbaba de modo que no puedo recordar claramente estos días. Los míos fueron a vivir a otra

parte y quedé sola en mi casa solitaria: estaba cansada de tanto meditar y envié este poema a alguien que llevaba mucho tiempo sin escribirme:

Crecen los hierbajos delante de mi puerta,
y el rocío humedece mis mangas.

Nadie me visita...

Lloro sola... ¡ay!

Se trataba de una monja y me contestó:

Al ver los hierbajos que crecen delante de tu casa

¡acuérdate de mí!

Los arbustos ocultan la cabaña

donde vive la que ha renunciado al mundo...

APÉNDICES

EL GÉNERO DE LOS NIKKI EN LA LITERATURA HEIAN

Si el siglo VIII se caracteriza en la historia de la literatura japonesa por el progreso que experimentaron los géneros poéticos, abriendo paso a los grandes poetas del IX que, como la famosa Ono no Komachi, habrían de nutrir la primera antología imperial de poesía (el *Kokinshu*, aparecido en 901), el siglo X vivió la evolución de la prosa nipona hasta unas cotas jamás imaginadas. Uno de los principales artífices de este fenómeno fue Ki no Tsurayuki (muerto en 946), autor del prólogo del citado *Kokinshu*, que curiosamente aún escribe en chino, y del *Diario de Tosa*, obra seminal de la prosa japonesa y primer ejemplo del género *nikki* (o «diario»), que tanta importancia habría de adquirir en el siglo siguiente. Aunque se notan aún influencias chinas, el idioma de Tsurayuki responde ya al estilo japonés tanto por su vocabulario como por la construcción.^[258]

Las obras en prosa del siglo X suelen dividirse en dos grupos: los cuentos de hadas, derivados en última instancia de viejas leyendas indias, chinas y japonesas, y la prosa más realista de los relatos poemáticos. La unión de ambas tendencias posibilitó la aparición de la novela japonesa, cuya obra maestra es indudablemente *La novela de Genji*, de Murasaki Shikibu. El camino recorrido desde lo que se considera la «primera novela» —*La historia del cortador de bambú*— es inmenso.^[259] El citado *Tosa Nikki* se escribió básicamente en prosa, y, como los algo anteriores *Ise Monogatari*, obra del poeta Ariwara no Narihira (823-880), con los cuales comparte robustez y sensibilidad, refleja la vida de provincias y las experiencias de un aristócrata Heian fuera de la capital. El relato de Tsurayuki concluye precisamente cuando el narrador llega a Heian Kyo (la actual Kioto). Ello lo diferencia de los diarios posteriores, esencialmente urbanos.

Vale la pena subrayar un aspecto muy importante del *Tosa Nikki*: aunque no existe duda alguna de que es obra del poeta y gobernador de Tosa Tsurayuki, el autor «finge» que lo ha escrito una de las damas de su cortejo. Así, empieza con estas palabras: «Tengo entendido que los diarios los escriben los hombres. Y, sin embargo, me dispongo a escribir uno para ver qué es capaz de hacer una mujer». Obsérvese, pues, que desde su origen el diario se mueve entre la realidad y la ficción, mezcla que hallaremos en obras posteriores del mismo género.

Pero ¿existieron realmente los *nikki* como un auténtico género literario independiente? Los

especialistas han agrupado bajo el nombre de *nikki* («diarios de viaje» o simplemente «diarios») o *uta-nikki* («diarios poéticos») siete textos pertenecientes a los siglos IX a XII (es decir, de la última parte del período Heian), que, con la salvedad del primero o de Tosa, fueron escritos por mujeres. Divergen en extensión y contenido, pero todos coinciden en estar escritos en japonés (y no en chino, idioma que las mujeres no utilizaban), incorporar un número variable de poemas breves del tipo *tanka* y relatar experiencias vividas por la autora, por regla general una dama perteneciente a la aristocracia de la época. Como es natural, su valor literario varía mucho de uno a otro.

Contrastando con el de Tosa, los diarios femeninos son «de corte» y se concentran en la vida recluida de las mujeres de la capital. Aunque se les llama diarios, sus autoras no narran sus experiencias día a día al modo de un diario de a bordo o del famoso de Samuel Pepys, sino que se concentran en lo que podríamos describir como sus experiencias más notables. Estas experiencias generaban sentimientos que sus protagonistas, personas por regla general muy leídas y con mucho tiempo libre por delante, «necesitaban» poner por escrito. De ahí el carácter íntimo y casi confesional de la mayoría de *nikki*. De todos modos, parece evidente que no aspiraban a ser sólo algo privado o secreto de sus autoras, sino que iban destinados a circular en un ámbito más o menos amplio de personas interesadas. Por ello, además de su indudable tono personal o íntimo, que varía en cada uno de ellos, deben ser también considerados de algún modo «literatura de salón».^[260]

Veamos, siguiendo a Sieffert,^[261] cuáles son estos seis diarios femeninos de que hemos hablado por orden de antigüedad:

a) 954-974: *Kagero no nikki*, o *Diario de la efímera*, por el insecto de este nombre (*Gossamer Fly* en inglés). Su autora fue «la madre de Michitsuna», es decir, del hermano mayor de Fujiwara no Michinaga, protagonista del diario de Murasaki, y, por tanto, consorte del padre de ambos, Fujiwara no Kaneie. Es el más largo y explícito de todos los *nikki* conservados, pues cubre veinte años de la vida de la autora, una dama con méritos más que suficientes para ser un personaje de *La novela de Genji*. Su marido tuvo muchas mujeres, y nunca le hizo demasiado caso. En su diario nos cuenta el cortejo de que fue objeto antes de su matrimonio y su infeliz vida conyugal. El tono general de la obra es de autocompasión, salpimentado con comentarios llenos de rencor, fruto de unos celos casi enfermizos.

No hay que pensar, sin embargo, que la posición de la autora fuera mucho peor que la de la mayoría de las consortes Heian, y en un momento dado llega incluso a reconocerlo: «Mi vida no era en general desagradable, pero la conducta del príncipe (su esposo) me dejaba perpetuamente insatisfecha». En el lado positivo, conviene subrayar la presencia constante de referencias a su apasionado amor por su hijo Michitsuna y a su sincera fe budista, únicas fuentes de consuelo con que parece contar la amargada autora. Da la impresión de que se mantuvo siempre alejada de la corte y vivió en casa de los suyos (costumbre no infrecuente en la época), desde la cual emprendía largos peregrinajes a templos y santuarios.

b) 1003-1004: *Izumi-Shikibu nikki*, o *Diario de Izumi Shikibu*, poeta contemporánea de Murasaki, que se refiere a ella en el suyo. Los estudiosos (Waley, Bowring) tienden a considerarlo apócrifo y más cercano a una novelita erótica que a un diario propiamente dicho, idea reforzada por

el hecho de estar escrito en tercera persona. Sea como fuere, se escribió dentro del siglo XI, seguramente en su primera mitad, y los numerosos poemas que recoge sí parecen deberse a la protagonista de la narración.

c) 1008-1010: *Murasaki-Shikibu nikki*, o *Diario de Murasaki Shikibu*. También se ha conservado en un estado muy fragmentario,^[262] y algunos críticos han sostenido que sólo es un conjunto de notas tomadas a vuelapluma para escribir *La novela de Genji*, opinión que no compartimos en absoluto, pues parece evidente que existe una fuerte voluntad literaria detrás, y su contenido puede definirse, siguiendo a Bowring, como «*a highly idiosyncratic mixture of detailed description and penetrating self-analysis* s».^[263] Nos referiremos a él —el más importante de todos— más adelante.

b) 1009-1059: *Sarashina nikki*, o *Diario de Sarashina*, que cubre la vida de su autora desde los trece años, edad en la que regresa a la capital con su padre, Sugawara Takasue, un gobernador de provincias de familia venida a menos y mediocre fortuna. Aunque carece de la categoría literaria de otros *nikki*, ninguno refleja mejor la situación de una «hija de familia» de la pequeña aristocracia de la época. El tono general es de modestia y resignación, y aunque la prosa de la autora no puede compararse con la de Murasaki, resulta tan sincera y vivida que el lector acaba por simpatizar con la protagonista compartiendo, de algún modo, sus penas y sus alegrías. En él se alternan fragmentos puramente narrativos con otros que recuerdan el tono íntimo de una carta. Si realmente son fragmentos epistolares, ¿a quién iban dirigidos? Se ha sugerido que a Kenshi, hija de la autora.

c) 1067-1073: *Jojin-ajari no haha no nikki*, o *Diario de la madre del bonzo Jojin*, cuya ancianísima autora nos cuenta cómo su hijo sexagenario la deja para marchar a China.

d) 1107-1108: *Sanuki no Suké no nikki*, o *Diario de la dama Sanuki*, gobernanta del servicio interior, que relata la enfermedad y la muerte del emperador Horikawa y el comienzo del reinado siguiente.

En cuanto a los títulos con que hoy conocemos estos diarios, debe tenerse en cuenta que son notablemente posteriores a su redacción, y que, según parece, la mayoría se deben a los filólogos y poetas Shunzei y Teika, que los «bautizaron» casi dos siglos después, cuando la distinción entre los géneros *monogatari*, *nikki* y *kashu* ya no estaba muy clara. El *Kagero nikki* y el de Sarashina son auténticas memorias, mientras que el de Izumi Shikibu es claramente ficción y la mayor parte de los manuscritos conservados lo titulan *monogatari* (historia, relato).

En cambio, el de Murasaki es —lo hemos apuntado ya— una combinación de diario de corte tradicional y carta particular. A pesar de que su autora lo sea también del *Genji*, el diario se sostiene por sí mismo como una simbiosis única de lo que Bowring denomina *realism* y *confessionalism*.^[264] Paradójicamente, en sus partes puramente narrativas conforme más detalles nos da, más vago resulta el significado de lo que nos relata, como si la autora se hubiera propuesto desmenuzar la realidad cortesana convirtiéndola en una suma de trivialidades que a nada conducen ni quieren decir nada. Con todo, Murasaki no parece cuestionarse «su pequeño mundo» y en sus páginas no asoma nada desagradable (nos consta que, mientras lo escribía, hubo en Japón trágicas

inundaciones y hambrunas). Dejando aparte la melancolía derivada de su propio temperamento, se diría que da por sentado que se está refiriendo al mejor de los mundos posibles. Y, sin embargo, tras un maduro análisis, hay mucho de crítica subrepticia de su «mundillo» en lo que escribe.

Dejando de lado su mala opinión de algunas damas, a veces claramente atribuible al resentimiento personal, el lector llega a la conclusión de que la corte que rodeaba a la joven emperatriz Akiko, la hija de Fujiwara no Michinaga, era el más soso y aburrido de los «paraísos» de la historia. Cuando la autora lo compara con el círculo que se movía en torno a la gran vestal de Ise, no deja ninguna duda sobre de qué parte están sus preferencias. Algunos han llegado a ver en esas páginas un auténtico acto de venganza de una fuerte personalidad que, sabiéndose genial, no se siente lo bastante admirada. Parece fuera de duda que las críticas que vierte sobre sus colegas Sei Shonagon e Izumi Shikibu, las dos autoras de más fuste de la época (después de ella, claro está), son muy poco objetivas, aunque es lo suficientemente hábil para atacar a las personas y «olvidarse» de su producción.

Como ha señalado Bowring, el conflicto vital básico de Murasaki reside en cómo compaginar su anhelo irreprimible de que se le reconozcan sus éxitos y recibir por ellos honores mundanos y la conciencia de que, en el fondo, todo ello no es sino vana ilusión, tal como le dicta su budismo.^[265] Y ello nos lleva a plantearnos el sentido de esos *nikki* dentro del contexto budista del Japón tardo Heian que los vio nacer.

Se ha dicho que el género autobiográfico aparece en la literatura occidental sólo con san Agustín y como producto tardío de una civilización, la helenística, que en un momento dado descubre la singularidad de toda vida individual. Como ha escrito G. Gusdorf, «a lo largo de la mayor parte de la historia del hombre, el individuo no se opone a los demás; no se siente viviendo al margen de los otros, y mucho menos contra los otros, sino, muy al contrario, con los otros en una existencia interdependiente subordinada en todo a los ritmos de la comunidad. Nadie es dueño de su propia vida y muerte. Las vidas de todos están tan imbricadas que cada una de ellas tiene su centro en cualquier parte y su circunferencia en ninguna»^[266]. Para que nazca el género autobiográfico hace falta que se haya desarrollado previamente un sentido de la historia, que permita al autor «enfrentarse» a su entorno como algo distinto y en alguna medida valioso en su individualidad. Por ello no imaginamos la autobiografía de una hormiga o la de una abeja, pues todas serían exactamente iguales.

El budismo como negación de uno mismo, combinado con el sustrato sinto preexistente en el archipiélago nipón, tendió a dar lugar a una civilización en la que el mundo no se veía en términos de contraposición entre sujeto y objeto. En este contexto —y para nuestra sorpresa— resulta que una parte importante de la prosa Heian es eminentemente subjetiva. Y el mejor ejemplo de lo que estamos diciendo son esos *nikki* aquí analizados.

Suele darse por sentado que, por el hecho de que las enseñanzas del budismo tildan el «yo» de ilusión perniciosa (la vida no es, para los budistas, más que un sueño dentro de un sueño con la particularidad de que el «soñador» no existe), las civilizaciones que en él se inspiraron nunca desarrollaron una conciencia de individuo. Y, sin embargo, también cabe darle la vuelta a la

afirmación. Tanto énfasis puso el budismo en los males que derivan de la oposición del individuo y los demás, que despertó, sin quererlo, un enorme interés por la cuestión. Las civilizaciones del globo son muy dispares, pero el espíritu de transgresión es una constante en todas ellas. Murasaki y, en menor medida, las autoras de los demás nikki supieron sentirse a la vez partícipes y observadoras del mundo que las envolvía, lo cual les permitió verse a ellas mismas «desde fuera». Y ahí están esos espléndidos diarios para corroborarlo.

CRONOLOGÍA GENERAL DE LOS DIARIOS

974 Nace Izumi Shikibu, hija de Masamune, gobernador de la provincia de Echizen.

977 Nace el príncipe Tametaka, futuro amante de Izumi Shikibu.

978 Nace el príncipe Atsumichi, futuro amante de Izumi Shikibu.

980 Nace el príncipe Yasuhito, futuro emperador Ichijo.

988 Nace Akiko (o Shoshi), primogénita de Fujiwara no Michinaga.

990 Entra en la corte Sadako (o Teishi), hija de Fujiwara no Michitaka, hermano mayor de Michinaga, que se casará con el emperador Ichijo.

991 Sei Shonagon se integra en el círculo de damas de honor de la emperatriz Sadako.

994 El príncipe Atsumichi deviene mayor de edad y se casa con otra hija de Fujiwara no Michitaka.

995 Izumi Shikibu se casa con Tachibana Michisada.

El príncipe Atsumichi se divorcia de su primera esposa.

996 El príncipe Atsumichi vuelve a casarse.

997 Murasaki Shikibu acompaña a su padre a la provincia de Echizen, de la cual ha sido nombrado gobernador.

Nace la primera hija de Izumi Shikibu.

998 Murasaki Shikibu regresa a la capital.

999 Murasaki Shikibu se casa con su pariente Fujiwara Nobutaka.

1000 Akiko deviene consorte imperial a los once años.

Nace la hija de Murasaki Shikibu.

1001 Gran peste.

Muere el esposo de Murasaki Shikibu.

Arde el palacio imperial.

1002 Probablemente Murasaki Shikibu empieza a escribir su *Genji Monogatari* o *La novela de Genji*.

Es posible que Sei Shonagon empezara a redactar su *Makura no Soshi* o *El libro de la almohada*.

Muere el príncipe Tametaka, amante de Izumi Shikibu. Izumi Shikibu empieza una nueva relación con el príncipe Atsumichi.

1003 Izumi Shikibu se va a vivir al palacio del sur.

1004 Izumi Shikibu abandona el palacio del príncipe y se casa con Fujiwara Yasumasa.

1005 Murasaki Shikibu entra en la corte.

Nuevo incendio en palacio.

Izumi Shikibu sigue a su esposo a la provincia de Tango, de la que ha sido nombrado gobernador.

1007 La emperatriz Akiko da a luz al príncipe Atsusada. Murasaki Shikibu empieza su diario.

1008 Izumi Shikibu regresa a la corte como dama de honor.

1009 Nace la hija de Fujiwara Takasué, futura autora del Diario de Sarashina.

1017 Takasué se traslada a su provincia acompañado de su hija.

1021 La hija de Takasué regresa a la capital. Comienza su diario.

AMY LOWELL: TRIBUTO A UNA OLVIDADA

Cuando en 1919 la prestigiosa editorial Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, decidió publicar la primera traducción inglesa de *Diarios de damas de la Heian* (Murasaki Shikibu,

Izumi Shikibu y la hija de Takasué)^[267], confiada a Annie Shepley Omori y Kochi Doi, encargó la redacción de la introducción a Amy Lowell, una gran personalidad literaria de la época muy interesada, además, en la cultura oriental. Lowell es hoy casi una olvidada, al menos fuera de Estados Unidos. Razón de más, pues, para incorporar su delicioso prólogo a nuestra versión, modelo de claridad, rigor y amenidad, como comprobará quien lo leyere.

Sorprende que en un momento en que la cultura Heian era aún una gran desconocida en Occidente —piénsese que Arthur Waley no había empezado a publicar todavía su magna versión del *Genji Monogatari* (1921-1933), y sólo existía el «intento» de traducción debido al barón Suematsu Kencho (1855-1920)—, Lowell supiera darnos un cuadro tan lúcido y completo de ella, al mismo tiempo que presentaba magistralmente los tres diarios y a sus respectivas autoras. Vale la pena añadir que, tras casi noventa años de estudios sobre la literatura Heian, los datos objetivos que Amy Lowell nos ofrece no han sido prácticamente enmendados por investigaciones ulteriores, de modo que siguen siendo tan válidos como punto de referencia como lo eran entonces. No vamos a extendernos más sobre las virtudes de la introducción, que se aprecian por ellas mismas, pero queremos trazar una breve semblanza de su autora, pues, dadas sus características, merece la pena. Sirvan estas líneas de homenaje a alguien injustamente olvidado.

Nació Amy Lowell en Brookline, Massachusetts, en el seno de una familia aristocrática y muy rica de Nueva Inglaterra, y fue educada en su propia casa por una institutriz inglesa, que resultó decisiva en su formación. Escribió su primer poema en 1883, a los nueve años de edad. Luego asistió intermitentemente a escuelas superiores de Brookline y Boston, donde fue el terror de sus compañeros y profesores por su carácter alborotador, testarudo y audaz. En las vacaciones acompañaba a su familia a «tierras lejanas» como Europa, Nuevo México o California. Aprendió bien el francés y algo de italiano hasta que en 1891 dejó definitivamente los estudios, aunque siguió «educándose» por su cuenta. Sólo en la biblioteca paterna tenía siete mil libros a su disposición, un número que ella aumentó considerablemente desde muy joven con su propio peculio. Muy interesada en la poesía de Keats, logró reunir una de las colecciones de lo que los anglosajones llaman *keatsiana* más importantes del mundo.

Disfrutó de una gran vida social, y entre 1897 y 1898 recorrió Egipto para «reponerse» de un desengaño amoroso y adelgazarse, pues, desde muy joven, sufrió una marcada predisposición a la obesidad. A la muerte de su padre asumió con naturalidad sus funciones de «gran patricio» en la «alta sociedad» de su Brookline natal. Descubrió los secretos de la poesía «adulta» a través de las antologías comentadas del crítico Leigh Hunt, y debutó con un largo poema dedicado a Eleanora Duse, compuesto tras presenciar una actuación de la gran diva italiana. En 1912 salió a la luz su primer libro de poesía (*A Dome of Many-Colored Glas*), muy influido por los románticos ingleses (en especial por su adorado Keats y P. B. Shelley), bastante mal recibido por la crítica.

Insensible al desaliento y con el empeño de los fanáticos que se saben elegidos para transmitir a la humanidad un determinado mensaje, se entregó de lleno a la poesía publicando un libro por año entre 1914 y 1924. Publicó no sólo en calidad de poeta más o menos inspirada, sino también como crítica, divulgadora y «amiga» de poetas. Provista de cartas de recomendación, llegó a viajar a

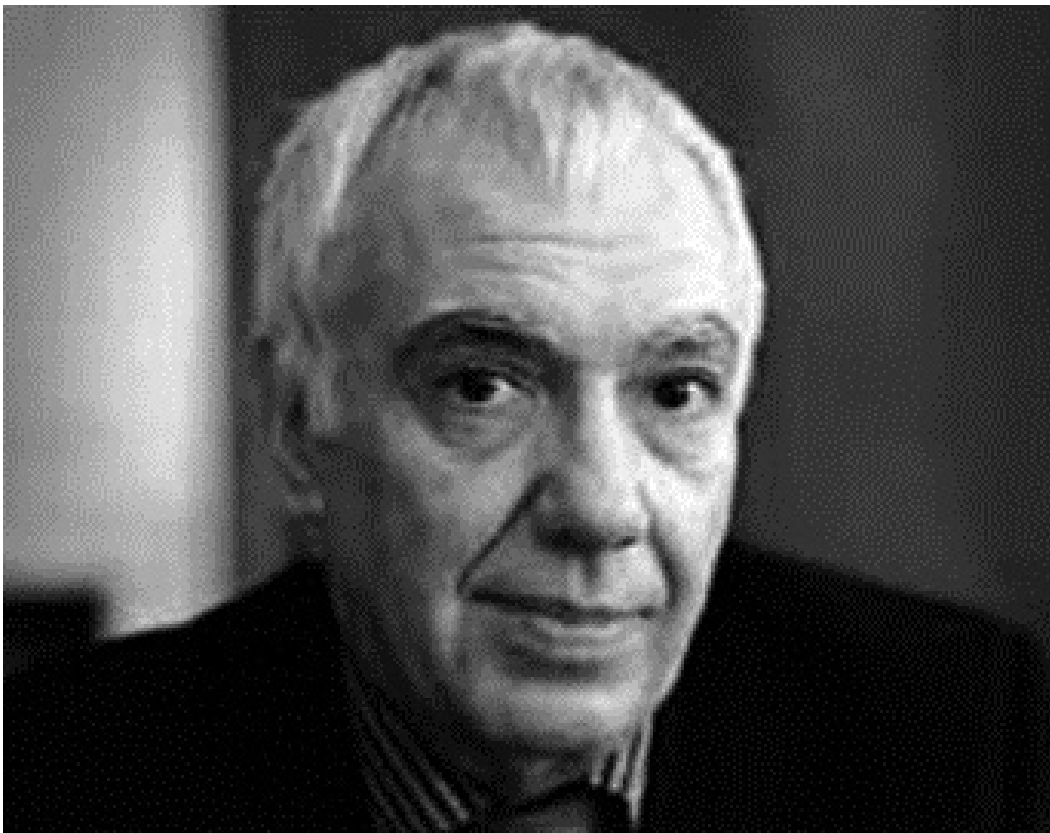
Londres para conocer a Ezra Pound y a su círculo de amigos «imagistas», cuyos hallazgos dio a conocer a los jóvenes poetas de su país. Dotada de una avasalladora personalidad, se afanaba por tutelarlos, *orientarlos* y animarlos, aunque no siempre le hicieran el caso que ella esperaba.

Además de Pound, tuvo mucho trato con otros poetas de relieve como Robert Frost y John Gould Fletcher, a los que ayudó en lo que pudo. Su última contribución a la literatura fue una monumental biografía de Keats, aparecida en 1925, el mismo año de su temprana muerte, muy bien acogida en Estados Unidos pero muy criticada en Inglaterra, donde se la llegó a calificar de «thriller psicológico». Sea como fuere, Amy Lowell fue la primera biógrafa del gran romántico que dio una visión positiva del gran amor de su vida, Fanny Brawne, tan denostada por los *keatsianos* anteriores a ella.

Su vida sentimental quedó truncada después del fracaso que determinó su viaje a Egipto, y se consoló a partir de 1912 con una relación de las llamadas por aquel entonces «bostonianas» con una actriz, Ada Dwyer Russell, que fue a vivir con ella y que, con su devoción y sentido de lo práctico, hizo posible la infatigable actividad literaria de su riquísima compañera y (quizás) amante. Esta curiosa pareja nos recuerda, de algún modo, la formada por Gertrude Stein y su inseparable Alice, pero en versión presbiteriana.

Toda la vida se sintió fascinada por Oriente, y en 1919 publicó *Pictures of a Floating World*, un libro integrado por ciento setenta y cuatro poemas muy breves inspirados en las famosas xilografías japonesas de los siglos XVIII y XIX (los llamados *uki-yo-é*), de contenido decididamente erótico. Nada tiene de extraño, pues, que en el mismo año le fuera encomendada la introducción del libro de los tres diarios, y debe reconocerse que supo desempeñar el encargo con singular acierto.

Sirvan, pues, estas líneas de tributo a una gran mujer americana que consagró una parte importante de su vida (y de su nada despreciable fortuna) a la divulgación de las letras europeas y niponas. En cuanto a la poesía que ella misma compuso, parece que hoy tampoco está de moda en el país que la vio nacer, aunque incluso los autores más críticos le reconocen el mérito indudable de haber sido una gran campeona del verso libre y de la experimentación poética. Después de todo, Amy Lowell nació inmensamente rica. De haber nacido, además, con el talento de Emily Dickinson, tal vez los dioses la hubiesen fulminado en la cuna.



NOTA SOBRE EL AUTOR DE LA VERSIÓN

Xavier Roca-Ferrer (Barcelona, 1949) es doctor en Filología Clásica y licenciado en Derecho. En el campo de la literatura ha simultaneado la creación con la traducción. Galardonado en 1993 con el prestigioso premio Josep Pía de prosa catalana, es autor de varias novelas y colecciones de relatos. En el campo de la traducción, ha vertido al castellano y al catalán numerosas obras del latín, el alemán, el francés y el inglés. Su versión del clásico *levgueni Onegin*, de Pushkin (Columna, 2001), ha sido reconocida por el prestigioso eslavista Sergio Viaggio en un reciente estudio (P. U. Alicante, 2004) como la mejor de cuantas se han publicado hasta hoy en un país hispánico.

Gran conocedor y admirador de la literatura japonesa del período Heian, es autor de la primera versión íntegra en lengua castellana de su obra maestra, *La novela de Genji*, ya publicada también en versión catalana.



Murasaki Shikibu(978—1016). Escritora japonesa del período Heian. Hija de Fujiwara-no-Tametoki y miembro de una familia de funcionarios letrados, formó parte de la corte de la emperatriz Akiko hasta 1013. Es autora de un diario (*Murasaki Shikibu Nikki*) y de la monumental *Genji monogatari (Historia de Genji)*, extensa y compleja obra episódica que se considera una de las primeras novelas de la historia de la literatura universal.

Murasaki Shikibu pertenecía, por parte de padre y de madre, a una rama de los Fujiwara, la más ilustre familia de la nobleza de la época, familia en la que, por noble tradición, era vivo el culto a las letras y que dio al Japón una gran cantidad de hombres eminentes en todos los campos. Su bisabuelo, Fujiwara-no-Kanesuke (877-933), había sido un famoso poeta, y su padre, Fujiwara-no-Tametoki, era un buen literato. Heredó ella su talento de escritor y recibió, cual convenía a las jóvenes de su familia, cuidadosa educación; y como tenía además por naturaleza una memoria prodigiosa, pronto adquirió una vasta cultura que abarcaba desde la literatura china y japonesa hasta la búdica.

En 996 acompañó a su padre a la provincia de Echizen, de la que había sido nombrado gobernador, y en 998 conoció a Fujiwara-no-Nobutaka, con quien había de contraer matrimonio al año siguiente. De este matrimonio nacieron dos hijas: Katako, conocida en literatura con el nombre de Daini-no-sammi, y Benno-tsubone. En 1001, a los tres años solamente de casado, murió el marido, al parecer de una epidemia, y ella, profundamente conmovida, se retiró a la vida privada, entregándose totalmente al estudio. Durante este período nació su inmortal obra maestra. Una tradición pretende que la escribió en el templo de Ishiyama, junto al lago Biwa y bajo la luz de la luna que se reflejaba en las aguas, escena que ha inspirado infinitas veces a los pintores; a los peregrinos que visitan hoy el templo se les muestra el tintero del que se habría servido la escritora.

Parece ser que Murasaki Shikibu entró primero al servicio del omnipotente ministro Michinaga

(966-1027) y después, a partir de 1008, fue dama de compañía de Fujiwara Akiko (988-1011), hija de Michinaga y esposa del emperador Ichijo (986-1011). Bajo el reinado de este soberano, la corte fue un verdadero centro de ingenios femeninos. Ichijo había contraído matrimonio con dos primas (hijas de dos hermanos de su madre): Sadako (977-1000), emperatriz titular, y Akiko, segunda esposa («chugu»), cada una de las cuales tenía su propia corte de damas de honor, elegidas para este cargo por sus dotes espirituales. Sadako contaba entre sus damas a Sei Shonagon, en tanto que al círculo de Akiko pertenecían Murasaki Shikibu e Izumi Shikibu. Estas tres mujeres figuran entre los más deslumbrantes astros del firmamento literario de la época y entre los nombres más descollantes de la literatura de su país.

En aquella época en que toda la producción literaria tenía carácter aristocrático y surgía de la corte, único gran hogar cultural del Japón, la mujer ocupaba en la sociedad un lugar diametralmente opuesto al que tendría en el futuro. Recibía la misma educación e instrucción que los hombres, los cuales, lejos de considerarla inferior, la respetaban y competían con ella en las actividades espirituales. Alrededor del año 1000, las mujeres tuvieron entre sus manos la suerte de la literatura japonesa. Ello puede explicarse bien porque los hombres de ese tiempo vivían en el ocio y la molición o porque estaban absorbidos por los estudios chinos, tradicionalmente considerados como la única ocupación seria reservada a ellos. Las mujeres, por el contrario, habían hecho objeto de sus preferencias la lengua nacional y su mentalidad no se mostraba esclava de influencias extrañas a su temperamento, por lo que podían dar libre expresión a su propia fantasía en la lengua que habían aprendido en su infancia.

En el ambiente cortesano, intelectualmente refinado, pero frívolo, placentero y de costumbres libres, siempre a la busca de placeres estéticos delicados, pero lleno también de intrigas y aventuras amorosas, Murasaki Shikibu constituyó una noble excepción. Su nombre, al que no le rozó escándalo alguno, fue sinónimo de las mejores virtudes femeninas. Su unión matrimonial, aunque breve, había sido feliz, y vivió una vida casta y pura, totalmente dedicada a la memoria de quien había sido para ella perfecto compañero. Duramente probada por el destino, la vida y sus alegrías no tenían ya sentido para ella, y pasaba los días en la mayor soledad. Todo hace suponer que, después de la muerte de su marido, madurara en su ánimo el propósito de abrazar la vida religiosa, pero que después, por algún motivo, hubo de abandonar esta idea.

Tras la muerte de Ichijo en 1011, Murasaki Shikibu continuó durante algún tiempo sirviendo a la viuda. En 1014, sin embargo, habiendo muerto su hermano en la provincia de Eehizen, de la que su padre era gobernador, marchó ella a ocupar su puesto y volvió a Kyoto con su padre, que había presentado la dimisión de su cargo. Pero un nuevo golpe del destino la abrumó. Su dolor fue tan vivo que su salud quedó gravemente afectada, y murió al poco tiempo. Una rica e intensa vida interior, con una relevante tendencia a la introspección, fue sin duda el aspecto más sobresaliente de su carácter, al que debe sumarse un sentimiento siempre noble y un trato exquisitamente elevado, incluso en la crítica, como se trasparenta sobre todo en su diario, precioso documento de su psicología.



Izumi Shikibu es considerada la mayor poetisa de la historia de Japón. Otros la consideran la mayor poetisa de la historia en general. Nacida alrededor de 974, hija del lord de la Provincia de Izumi (de ahí su nombre) vivió en la Corte Imperial, en Kyoto, que en aquellos tiempos, constituía probablemente el centro cultural más importante del mundo.

Casada con un oficial provincial, Izumi no dudó en dar el gran paso —escándalo mediante— de vivir un apasionado romance con el hijastro de la Emperatriz. Divorciada y deshonrada por su familia, Izumi es, mientras tanto, una consumada poetisa, escribiendo cientos de tankas (forma tradicional de la poesía japonesa que reinó durante mil años, compuesta de 31 sílabas distribuidas en 5 versos [5-7-5-7-7]). A la muerte de su amante, el hermano de éste, el Príncipe Atsumichi e Izumi inician una correspondencia poética-amorosa memorable, parte de la cual constituye los famosos Diarios de la poetisa. El Príncipe muere en una epidemia en 1007 (los tiempos no ahorran tragedias) e Izumi escribe para él 240 poemas de duelo por su amor.

Se cuenta poco después este incidente: el protector de Izumi Shikibu en la Corte Imperial era Fujiwara no Michinaga, padre de la emperatriz y el hombre más poderoso de Japón. En una ocasión Michinaga ve un abanico de Izumi en manos de uno de sus numerosos amantes. Entonces escribió sobre él: «El Abanico de la Mujer Flotante» y se lo entregó a la dueña. Izumi no tardó en responder con un poema, aún cuando Lord Michinaga era un impredecible destructor potencial de carreras:

Algunos cruzan el Paso del Amor,

algunos no lo hacen.

A menos que tú seas su guardián

no tienes derecho a lanzar culpas.

La Corte del siglo XI en Kyoto, precedida por la Emperatriz Akiko, ha constituido el siglo de oro de la poesía japonesa femenina, ya que tanto Murasaki Shikibu (que no era pariente de Izumi, ya que en

su caso el «Shikibu» es un título y no un apellido), la inventora de la novela, con su *Novela de Genji* y Sei Shonagon, la autora del *Libro de la Almohada* formaban parte de ese grupo, así como Ise no Tayu, y Akazome Emon, todas ellas como Damas de la Corte en Espera. Poco después la hija de Izumi, Naishi, también lo haría.

(Es necesario decir que estas mujeres escribían en japonés, en una época en la que el idioma poético 'oficial' o culto era el chino. Si bien el japonés deriva del coreano y no del chino, la poesía japonesa es una derivación de la riquísima tradición poética china. La primera gran colección de textos poéticos del Imperio es el *Manyoshu*, de la última mitad del siglo VIII, que contiene más de 4000 poemas. La segunda Gran Colección de Poesía Japonesa es el *Kokinshu* o *Kokinwakashu*, correspondiente a la Era Heiana, desde el siglo VIII al XII. Este libro contiene 1111 poemas, sólo 9 de los cuales no son tankas.)

A los 36 años, Izumi se casó por segunda vez y partió con su marido a un puesto en las provincias, no regresando jamás a las cortes imperiales. Se supone que murió a los 60 años de edad.



Dama Sarashina (1008-1057) vivió su primera infancia en Kioto, y al cumplir 9 años se trasladó a Takasue, después de que su padre fuera nombrado gobernador. Al cabo de unos años regresó a Kioto, donde permaneció el resto de su vida. Con 31 años se convirtió en dama de compañía de la princesa imperial, aunque, debido a su carácter reservado y ensoñador, no tuvo mucho éxito en la corte. Se casó dos años después y tuvo tres hijos. Murió a los 49 años.

Notas

[¹] Téngase en cuenta que este texto fue escrito en 1919. Esta y todas las notas que seguirán son del traductor. El texto original carece de ellas. <<

[2] Los famosos *ukiyo-é* (las llamadas «estampas del mundo flotante» de los Utamaro, Hokusai, Hiroshige, Keisei, Eisen, Kunisada *et alii*) se hicieron muy populares en Estados Unidos desde finales del siglo XIX. El gran arquitecto Frank Lloyd Wright fue un gran coleccionista de ellos. <<

[3] Con anterioridad, la xilografía *en un solo color* se utilizaba para imprimir textos. El primer paso fue la xilografía «coloreada» a mano, que aparece en el siglo XVII. <<

[4] Es decir, después del desembarco del comodoro Perry y los norteamericanos en Japón (1853), episodio que genera una revolución que concluye con el fin de la dictadura militar y la «devolución» del poder al emperador. <<

[5] Autora del famosísimo *Makura no Soshi* o *El libro de la almohada*, y rival de Murasaki Shikibu.

<<

[6] En realidad el traslado tuvo lugar en dos fases, pues en 784 se empezó a construir una nueva capital que en seguida se abandonó por la definitiva, algo más al norte. <<

[7] O Heian kyo. <<

[8] Añadamos que sólo entre los miembros de la corte y aristocracia en general. El pueblo llano la tenía prohibida, aunque podía divorciarse. <<

[9] No pocos autores lo han comparado con el *Grand Siècle* de Luis XIV, un *Grand Siècle* que duró cuatro siglos. <<

[10] El emperador Ichijo muere prematuramente en 1011, y le sucede Sanjo-tenno, un sobrino de Michinaga, a la sazón ya jefe del clan de los Fujiwara y tío del nuevo emperador. Michinaga hubo de esperar a la abdicación de Sanjo-tenno, que tuvo lugar en, 1016, para ver en el trono a un nieto suyo, el príncipe Atsuhira. <<

[11] Piénsese que los viajes por tierra se hacían mediante vehículos tirados por bueyes, pues el caballo no se utilizaba como animal de tiro en aquellos tiempos. <<

[12] Este templo contenía el panteón de la familia. <<

[13] ¡Y se restableció *tanto* que vivió hasta los noventa años! <<

[14] El atuendo de ceremonia de una dama Heian podía llegar a estar compuesto de «doce capas» (*junihitoe*). Debajo llevaban: una camisa blanca de mangas estrechas (*kosode*), sujeta a la cintura por un pantalón ancho (*hakama*) destinado a ocultar las piernas, y luego una túnica (*hitoe*). Encima, el conjunto (*kasane*) de *uchikis* (de tres a siete), prendas parecidas al futuro kimono, pero más anchas y acampanadas, formando «cascada». Seguía un último *uchiki* de seda (*uchi-ginu*), más suntuoso que los demás, y un sobretodo (*uwagi*), a veces reemplazado por un abrigo corto (*ko-uchiki*). Completaba el efecto una chaqueta «a la china» (*kara-ginu*), de brocado o de damasco bordados. En las grandes solemnidades se ataban a la cintura una larga cola plisada (*mo*) que se arrastraba por el suelo al andar. El atuendo masculino era parecido, pero encima de los *uchikis* los hombres llevaban el *ho*, prenda a modo de dalmática del color correspondiente al rango ceñida al cuerpo mediante un cinturón de piedras preciosas del que colgaba la espada. Completaba el conjunto un alto sombrero negro. <<

[15] O haikú. <<

[16] *Lavandula angustifolia* en botánica. <<

[17] A lo que parece como tercera esposa. Murasaki conocía, pues, por experiencia propia, qué significaba la poligamia para una mujer. <<

[18] O *Shoshi*, hija de Fujiwara Michinaga. En 1005 la emperatriz Sadako ya había fallecido. <<

[19] A pesar de que ha transcurrido casi un siglo desde que esta sucinta biografía de la gran autora fue redactada, poco más han añadido o precisado los estudios posteriores. En la más reciente traducción de su obra magna, *La novela de Genji*, llevada a cabo por el australiano Royall Tyler y publicada en 2001 (Penguin Books), no se facilitan muchos más datos aunque se la hace nacer en 973 y a su hija en 999. Tyler sugiere 1014 como fecha probable de su muerte. *Chi lo sa.* <<

[²⁰] Piénsese que cuando Amy Lowell escribe este texto en Estados Unidos (1919-1920), Arthur Waley aún no ha empezado a publicar su espléndida traducción al inglés en seis volúmenes (*The Tale of Genji*, 1921 - 1933). <<

[21] Lo cual sería una auténtica hazaña para una obra de sus extraordinarias dimensiones y complejidad. La crítica actual discrepa mucho de esta cronología, más mítica que plausible. <<

[22] Ignoramos dónde y cuándo murió, habiéndose sugerido fechas que van de 1014 a 1031. Parece que tenía más de cuarenta años. Cerca de Kioto se enseña todavía «su tumba». <<

[23] Otros dirán que la corona corresponde a Ono no Komachi, que escribió siglo y medio antes. <<

[24] Se han conservado unos 1.400 poemas. <<

[25] Suponiendo que sea auténtico, cosa más que dudosa. <<

[26] Los nobles Heian eran polígamos *de facto*, y tenían en casa o fuera de ella, además de a su primera esposa, con la que se solían casar muy jóvenes obedeciendo las órdenes de la familia (esta primera esposa se instalaba en el pabellón norte de la mansión, desde el cual gobernaba la casa, y de ahí que se la conociera como «la persona del norte»), segundas, terceras y aun cuartas consortes, además de un sinnúmero de concubinas y sirvientas que funcionaban como amantes ocasionales. <<

[27] Algunos críticos dudan de la autenticidad del diario de Izumi Shikibu, que consideran una novela romántica escrita en la época sobre un conocido episodio de su vida amorosa y adornada con poemas de la protagonista. Vendría a ser, pues, una antología de su obra «romanceada». El hecho de que, a diferencia de los demás *nikki* que nos han llegado, aparezca escrito en tercera persona podría abonar este punto de vista, que defienden, entre otros, Arthur Waley y Richard Bowring. <<

[28] Es, pues, notablemente más joven que Murasaki Shikibu e Izumi Shikibu. <<

IZUMI

[29] A partir de la traducción de Annie Shepley Orfiori y Kochi Doi (*Diaries of Court Ladies of Old Japan*, Boston-NuevaYork, Houghton Mifflin, 1920). Hemos ordenado los diarios partiendo de los años en que ocurren los hechos narrados. De haberlo hecho por el orden de su composición, éste sería seguramente el último de los tres. <<

[30] En el lenguaje de la autoras de la época, la palabra ‘mundo’ (*yononaka*) suele usarse como sinónimo de relación amorosa con un hombre. Así se refiere a su marido la autora del *Diario de Sarashina*. <<

[31] Se refiere seguramente a la ribera del riachuelo artificial que discurre por el jardín de palacio.

<<

[32] Este diario, a diferencia de los otros dos contenidos en este mismo volumen y de lo que era práctica habitual en la época, está escrito en tercera persona. Ello ha llevado a hacer pensar a algunos especialistas, entre los que se encuentran Waley y Bowring, que en realidad se trata de una novelita romántica (*monogatari*) sobre un episodio real de la vida de la protagonista «adornado» con sus propios poemas. Algo así como una antología «dramatizada» en la línea de los *Cuentos de Ise*. Sea como fuere, no se conocen paralelos de la misma época. <<

[³³] El príncipe Tametaka, tercer hijo del emperador Reizei, fallecido en el mes de junio de 1002. También fue amante de Izumi Shikibu. <<

[34] También conocido como Sochi no Miya. Es el hermano menor del difunto. <<

[35] Arbol de la familia del naranjo. <<

[36] El cuco (el hototogisu) canta cuando florecen los tachibana. En el poema, el 'cuco' es el joven príncipe. <<

[37] El príncipe difunto. <<

[38] Hay que imaginar al príncipe y a la dama separados por una persiana o por la cortina de un *kichó* (estructura de madera lacada desplazable que permitía colgar una cortina para separar a hombres y mujeres en visitas de este tipo). <<

[³⁹] Entiéndase aquí «conversar» en un sentido muy amplio que engloba otras actividades no menos placenteras. <<

[40] También aquí debe entenderse «hablar» de manera amplia. <<

[41] Que duraba un año. <<

[42] Parece que el canto del cuco (hototogisu), pájaro muy querido en Japón y muy presente en su poesía, cambia a partir del mes de abril, ganando en brillantez y estridencia. <<

[43] Se trata del Iris sibirica, en japonés ayame. El quinto día del quinto mes se celebraba una fiesta en la que los nipones adornaban su casa con esta flor. <<

[⁴⁴] Heian Kyo (Kioto) formaba un rectángulo cuyos lados derecho e izquierdo venían más o menos delimitados por los ríos Kamo (a la derecha) y Katsura (a la izquierda). <<

[45] Parece que había servido al difunto príncipe Tametaka, que también fue amante de Izumi Shikibu.

<<

[46] Se trata de Fujiwara no Michinaga, también protagonista del diario de Murasaki Shikibu. <<

[47] Fujiwara no Michitaka, hermano mayor de Michinaga. <<

[48] Entiéndase «hasta que hayas afianzado tu posición». <<

[49] De ello se deduce que la entrevista nocturna ha tenido lugar dentro del palacio que habita el príncipe. Debe recordarse que las casas y los palacios del tipo llamado shinden estaban formados por numerosos pabellones unidos (y separados) por corredores y cammitos, y rodeados de jardines que imitaban falsos paisajes (el río, el arroyo, la colina, el puente...). En estos microcosmos urbano-rústicos no era difícil elegir un lugar recóndito para un encuentro romántico. <<

[50] El príncipe cree que el palanquín ha transportado a otro amante de su dama, cuando, en realidad, se trata de un amante de la vecina de enfrente. <<

[51] El príncipe «sabía» que tenía rivales en el amor de su dama, pero no imaginaba que ella los aceptara en su casa. <<

[52] Referencia al palanquín que descubriera en su visita nocturna. <<

[53] «Tanabata-himé» y el boyero. Tanabata-tsume era hija del dios del cielo. Pasaba la vida tejiendo vestidos para su padre (de ahí que se la conociera como «laTejedora») hasta que un día conoció a un boyero joven y hermoso, Hikiboshi, del cual se enamoró. Al enterarse, el padre de Tanabata consintió en que se casaran. La pareja fue muy feliz hasta que ella, demasiado pendiente de su marido, empezó a negligir su trabajo. El dios del cielo, enfurecido, les condenó a vivir separados con el Río Celestial (nuestra Vía Láctea) entre ambos. Al fin, se compadeció un tanto de ellos y les permitió que se encontraran un solo día al año, el séptimo del mes siete, única noche en que ambas estrellas (Altair y Vega) coinciden en el firmamento. Es una fiesta muy amada por los japoneses desde el siglo IX, y la celebran con danzas, canciones y poemas. <<

[54] El festival de las estrellas marca el inicio del otoño (meses séptimo, octavo y noveno), siempre con arreglo al calendario lunar, que era el que usaban los japoneses. <<

[55] A unos ocho kilómetros al este de Kioto. Desde allí se puede contemplar a lo lejos el lago Biwa.

<<

[56] Recuérdese que primero fue amante del hermano mayor, el príncipe fallecido, y sólo después del menor. <<

[57] Se trata de la barrera del puerto fronterizo de Seki, al pie del monte Seki, en el camino de la capital al templo. Allí los viajeros eran detenidos e «investigados» por los consumidores. <<

[58] Los patos silvestres llegan a Japón en otoño y emigran hacia el norte cuando empieza la primavera. Nunca vuelan solos, y los chillidos que emiten llamándose los unos a los otros hacen que las mujeres solitarias se sientan más solas aún. <<

[⁵⁹] Se trata del mes noveno, llamado también «del crisantemo», con el que concluye el otoño. <<

[60] El crisantemo es la flor asociada al mes noveno. <<

[61] Con el que empieza el invierno. <<

[62] Mueble bajo (o un cojín grande y duro) en el que apoyaban la espalda o el brazo los caballeros y las damas Heian cuando estaban arrodillados o sentados en el suelo y que les ayudaba a mantenerse erguidos sin esfuerzo. <<

[63] Su esposa. <<

[64] En el interior de sus casas, las mujeres vivían en una discreta penumbra, como peces exóticos en un acuario de aguas levemente turbias, penumbra reforzada por las ventanas de seda blanca (que hacía las veces de nuestro cristal), las persianas de bambú y las cortinas del *kichó* portátil, una penumbra que favorecía a las poco agraciadas, pero que indudablemente «deslucía» a las auténticas bellezas. <<

[65] Se trata del *Evonymoeus europus*. En otoño, sus hojas se tiñen de púrpura, y resultan tan hermosas que los japoneses las llaman «el brocado de las montañas». <<

[66] Hasta alcanzar las treinta y una preceptivas de un *tanka*. <<

[67] Es una experiencia común que todo tejido mojado parece más oscuro. <<

[68] Al dejarse «cautivar» por el atuendo de un hombre, prescindiendo de sus cualidades morales.

<<

[69] Referencia a una antigua leyenda: un mago muy poderoso mandó a los dioses de varias montañas que construyeran un puente de piedra en Kumé, sobre el monte Katuragi, en la provincia de Yamato. La diosa de dicho monte, que era muy tímida, sólo colaboraba en la construcción de noche para que los demás no la vieran. El mago, molesto por la lentitud con que avanzaban las obras, la expuso a la vista de los demás, y el puente no se concluyó. El sentido del poema es el siguiente: los sentimientos auténticos tienden a ocultarse y actuar en la oscuridad. Si se sacan a la luz, el resultado será probablemente un fracaso. <<

[70] Se trata del décimo mes (primero del invierno), en el cual todos los dioses abandonan sus residencias habituales para reunirse en asamblea en el palacio del cielo. <<

[71] Como el abeto. <<

[72] En aquel tiempo, los japoneses creían en direcciones (u orientaciones) fastas (buenas) y nefastas (malas, peligrosas). Aquellos que iban en una dirección nefasta podían sufrir un accidente o encontrarse con un mal espíritu. Las direcciones nefastas venían determinadas, entre otras cosas, por la posición de los astros, y eran «diagnosticadas» por los adivinos. Los afectados procuraban evitarlas dando larguísimos rodeos o marchando a un lugar seguro. A veces, obedeciendo a este tabú, las familias se veían obligadas a abandonar su casa durante días y a refugiarse en casa de algún pariente. Los ladrones, menos escrupulosos con estas supersticiones, solían aprovecharlas para vaciar las mansiones temporalmente abandonadas. <<

[73] Habida de su esposo, Tachibana Michisada, en el año 997, antes de convertirse en amante del príncipe Tametaka. Andando el tiempo, esta niña, Koshikibu no Naishi, llegó a ser también una poeta notable. <<

[74] Entiéndase: «desde siempre». <<

[75] Los pinos de Suminoye pasaban por ser los más viejos de Japón. <<

[76] De tomar el hábito. <<

[77] El príncipe quiere decir que, aunque el hábito sigue tentándolo vagamente, todavía le atraen las cosas de este mundo. <<

[78] La ley de Buda. Este sitial suele representarse como un trono en forma de loto. <<

[79] El padre del príncipe. <<

[80] Probablemente una hija de su hermana mayor. <<

MURASAKI

[81] A partir de las traducciones de Annie Shepley Omori y Kochi Doi (*Diaries of Court Ladies of Old Japan*, Boston-NuevaYork, Houghton Mifflin, 1920), René Sieffert (*Journal de Murasaki-Shikibu*, Paris, Publications Orientalistes de France, 1978, reed. 2000) y Richard Bowring (*Murasaki Shikibu. Her Diary and Poetic Memoirs*, Princeton, Princeton University Press, 1982, reed. 1985). <<

[82] El diario de Murasaki está formado por una serie de párrafos más o menos conexos. Para orientar al lector hemos añadido unos títulos que de algún modo lo sitúen ante lo que le espera, atendiendo a los diferentes acontecimientos relatados. El mismo criterio se ha seguido en el *Diario de Sarashina*. <<

[83] Se trata de la residencia de Michinaga, a la sazón jefe del clan Fujiwara, «hombre fuerte» de Japón y padre de la emperatriz Akiko (o Fujiwara no Shoshi). Era muy frecuente que las consortes imperiales (y las mujeres nobles en general) fueran a dar a luz a casa de sus padres. <<

[84] Para asegurar un feliz parto a su majestad imperial. <<

[85] Fujiwara no Shoshi (988-1074), hija mayor de Michinaga, y consorte del emperador Ichijo. <<

[86] ¿Está siendo irónica Murasaki? Nada es imposible viniendo de esta mujer excepcional. De hecho, más adelante ironizará no poco sobre el aburrimiento y mediocridad que caracterizaba el entorno de la emperatriz Shoshi. <<

[87] Se trata de los cinco dioses «sinto» Fudo, Gozanzei, GundariYasha, Daiitoku y KongoYasha. <<

[88] Se trata de Fujiwara no Michinaga (966-1027), a la sazón el hombre más poderoso de Japón. Por debajo del emperador o tenno, cuyo poder efectivo se hallaba muy limitado en la época Fujiwara, estaban los ministros de la derecha (udaijin) y de la izquierda (sadaijin), los dos cargos más importantes dentro del organigrama «oficial» del Estado. Por encima de ellos sólo estaban el gran canciller (daijodaijin) y el emperador. A veces, entre ellos y el canciller se intercalaba una especie de «superministro», llamado ministro «de palacio» o «del centro» (naidaijin), cargo que tenía, como el de canciller, carácter extraoficial o supernumerario, de modo que estaban vacantes cuando convenía. A la muerte del regente y canciller Fujiwara no Michitaka (995), su hijo Korechika se vio implicado en una conspiración que lo apartó del poder, el cual pasó a manos de su tío Michinaga, hermano menor del difunto Michitaka (996). En consecuencia, su hermana, la emperatriz Sadako (o Teishi) perdió a su principal valedor en la corte. Michinaga, dueño absoluto de la situación, casó al emperador Ichijo con su hija Akiko (o Shoshi) de once años. Nueve años después Shoshi dio a luz un príncipe, Atsuhira (1008—1036), y luego otro, Atsunaga (1009-1045). Ambos fueron emperadores. Curiosamente, Michinaga, jefe indiscutido del clan Fujiwara desde finales del siglo x, no se hizo nombrar regente y canciller hasta 1016, año en que su nieto fue proclamado heredero aparente, ejerciendo hasta entonces su inmenso poder desde cargos menos importantes. <<

[89] Ominaeshi, ‘flor virginal’. <<

[⁹⁰] Madame Saisho, dame Saisho, lady Saisho en otras versiones. Hemos preferido mantener el tratamiento japonés, que se pospone. A ello nos atendremos a lo largo de esta versión. <<

[91] Literalmente, ‘el señor del tercer rango’. A la sazón, el joven tenía dieciséis años. <<

[92] Recuérdese el significado de la flor: ‘flor virginal’, es decir, ‘doncellas’. <<

[93] Personaje no identificado. <<

[94] Por lo que se dice a continuación, parece que no se trata del go propiamente dicho (que se jugaba con unas piezas especiales), sino del rango, juego en el que las piezas o fichas eran piedras cuidadosamente seleccionadas. <<

[95] Frase inconexa que la tradición textual ha conservado en este lugar. <<

[96] Medios de otoño. <<

[97] Para estar presentes cuando llegase el parto. <<

[99] Se confeccionaban mezclando diversos tipos de sustancias olorosas (alcanfor, áloe, incienso, etc.) y el resultado se enterraba en cajas bajo el suelo en lugares soleados y cerca del agua durante doce días. Al quemarse en los pebeteros, el humo que despedían servía para perfumar ropas, etc. <<

[100] Otra dama de la corte. <<

[101] Para proteger de las heladas las flores de los crisantemos se utilizaba una especie de algodón en rama hecho de hilos de seda. Se atribuía a esta flor la virtud de alargar la vida. <<

[102] El ceremonial exigía que fuesen blancas durante el alumbramiento. <<

[103] Estructuras de madera desplazables de cuyo listón transversal superior se colgaba una cortina para ocultar a la persona que estaba detrás. <<

[104] Se echaban arroz encima de las cabezas para conjurar el mal. <<

[105] Por si, ante una muerte segura, había que hacerle tomar el hábito a toda prisa. <<

[106] Mezcla de «clases» contraria a la etiqueta. <<

[107] Por no poder ayudar a la parturienta «absorbiendo» los demonios que le causaban dolores. Estas médiums venían a funcionar como un papel secante o una aspiradora de malos espíritus, actuando como «sustituías» accidentales de su majestad imperial. <<

[109] Los jardines de todos los palacios y las mansiones Heian tenían un arroyo, una colina artificial y un puente. El tamaño variaba con la categoría del palacio o de la mansión. <<

[110] Los cargos «supernumerarios» eran los que, no existiendo en el organigrama de la administración (calcada en líneas generales de la china), iban siendo creados para «colocar» a nuevos Fujiwara a la caza de empleo y sueldo. Es decir, sinecuras. Takaie era hermano de la emperatriz. <<

[111] Sobre las seis de la tarde. <<

[112] El *saishi* era un adorno de oro en forma de estrella de cinco puntas que las damas llevaban sujeto sobre la frente con una cinta. <<

[113] Para que no se mojava. <<

[114] Para asustar a los malos espíritus. <<

[115] También para alejar el mal. <<

[116] De hecho, el emperador Ichijo tenía ya un hijo varón de su primera consorte Teishi, sobrina de Fujiwara no Michinaga. <<

[117] También el pino es símbolo de longevidad. <<

[118] Utilizados como premios. <<

[119] Colegio o academia fundada en 821 por el ministro Fujiwara Fuyutsugu para que se educasen los jóvenes del clan Fujiwara. <<

[120] «Su excelencia» quería casar a su hijo mayor Yorimichi con una hija del príncipe Nakatsukasa (o Tomohira), que tenía a la sazón cuarenta y cinco años. <<

[121] Los poemas solían escribirse sobre hojas de papel rectangulares de color carmesí, amarillo, dorado, etc., según el «sentimiento» del autor. <<

[122] Las mujeres estaban obligadas a ocultar sus rostros detrás de los abanicos. <<

[123] Los japoneses Heian se desplazaban por tierra de cuatro modos: a pie, en coches o carruajes tirados por bueyes, montados a caballo o en palanquines o sillas de mano llevados por portadores, la forma más noble de viajar de todas. <<

[124] El lado izquierdo se consideraba superior en importancia (así, el ministro de la izquierda tenía más poder que el de la derecha), pero parece que en esta ocasión el lado derecho se hallaba ya ocupado por el lecho de la consorte imperial. <<

[125] Dentro del clan Fujiwara había cuatro subclanes, siempre en guerra entre sí por el favor imperial. <<

[126] Akiko (Shoshi) entró en la corte imperial en 997 y se convirtió en segunda consorte del emperador en 1000, pero no dio a luz hasta 1007. <<

[127] Los llamados *mochi*. <<

[128] Se trata, obviamente, de *La novela de Genji*. <<

[129] Es evidente que siempre se consideró muy importante. La humildad nunca se contó entre sus muchas virtudes. <<

[130] Las damas de la corte se desplazaban con la consorte regia a la que servían, y así, tan pronto estaban en el palacio imperial como en casa de los padres de su señora o de peregrinación a un templo famoso. <<

[131] Es obvio que Murasaki era una personalidad en su mundo y «se dejaba querer». <<

[132] Las ocho de la tarde. <<

[133] Las cinco muchachas que tomaban parte en estas danzas ancestrales que conmemoraban un episodio de la vida del emperador Tenmu —se contaba que en tiempos fue visitado por unas jóvenes celestiales que danzaron ante él— eran elegidas por su belleza, si bien todas solían ser hijas de personajes principales (por regla general, tres de cortesanos y dos de gobernadores de provincias). <<

[134] El monte Horai era un símbolo de longevidad. Con él se pretende recordar a Sakyo no Muma que ya ha dejado atrás la juventud. <<

[135] Los peines muy curvados se consideraban propios de las jovencitas. <<

[136] Una de las consortes o concubinas de Michinaga. <<

[137] Las dos de la tarde. <<

[138] Se ha sugerido que esta Chujo era amante del hermano de Murasaki, Nobunori. Tal vez fue él quien le mostró las cartas. <<

[139] La emperatriz Akiko tenía por entonces alrededor de veinte años. Entró en la corte y se casó con el emperador a los once. <<

[140] Se trata de la supuesta autora del primer diario contenido en este volumen y una de las poetas más ilustres de Japón. <<

[141] Es más que posible que Izumi Shikibu emitiera algún juicio negativo sobre algún poema de Murasaki Shikibu, la cual, puntillosísima, no le perdonó. <<

[142] Se trata de la autora del maravilloso *El libro de la almohada*, la única obra en prosa de la época capaz de rivalizar con *La novela de Genji*. Pertenecía al círculo literario que giraba en torno a la primera consorte del emperador, Teishi, hija de Fujiwara no Michitaka, y, por tanto, prima de la emperatriz Akiko o Shoshi, que la desplazó en el favor imperial. <<

[¹⁴³] Referencia a un poema del *Kokinshu*, obra de Yoshimine no Munesada (985). <<

[144] El *koto* chino y el japonés o *wagon*. <<

[145] Seguramente el difunto marido de la autora. En principio, sólo los hombres leían en chino. <<

[146] El gran poeta chino de la época T'ang (772-846), tantas veces citado en *La novela de Genji*, muy popular en Japón. Algunos traductores lo confunden con su contemporáneo Li (T'ai) Po. <<

[147] Quizás se refiere al hecho de ser mujer, porque en aquella época los «doctores» discutían mucho sobre si las mujeres podrían alcanzar la liberación final: mientras la secta Tendai entendía que no, el amidismo era mucho más abierto en esta cuestión. Seguramente la expresión debe entenderse en sentido irónico. <<

[148] La salvación entendida como liberación de la rueda implacable de las reencarnaciones (*samsara*) y la entrada en el nirvana. <<

[149] Parece que aquí se produce una transición abrupta, y que lo que sigue podría ser parte de una carta. <<

[150] Del año 1009. <<

[151] Se trata del lago del jardín de palacio. <<

[152] Poema chino sobre dos hombres que se embarcaron para buscar la hierba de la inmortalidad y regresaron muy viejos. <<

[153] A lo largo de todo el *Diario* se observa una especie de «flirteo jocoso» —lo que los franceses llaman *badinage*— entre Murasaki y el poderoso Fujiwara no Michinaga, que, en el fondo, seguramente no disgustaba a la dama. Aunque los autores discrepan mucho a la hora de juzgar a Fujiwara no Michinaga desde el punto de vista ético, todos le reconocen una extraordinaria capacidad de seducción. <<

[154] Se trata de 1010. Entre la última entrada y ésta ocurrieron algunos acontecimientos importantes: ardió el palacio de la Primera Avenida; su majestad se trasladó al palacio del ministro de la izquierda; y la emperatriz dio a luz a la Tercera Princesa y luego regresó junto al emperador. <<

[155] Sake especiada que se repartía el día de la fiesta de año nuevo, y que se suponía que alargaba la vida. <<

[156] Se trata de tres canciones populares o *saibara* que habían sido incorporadas al repertorio musical de la corte. La tonalidad de *sojo* (basada en la escala sol-la-si-re-mi) era una de las seis tonalidades básicas de la música cortesana o *gagaku*. <<

[157] Parece que este instrumento famoso había sido regalado a Fujiwara no Michinaga por el emperador retirado Kazan. <<

[¹⁵⁸] A partir de la traducción de Annie Shepley Omori y Kochi Doi (*Diaries of Court Ladies of Old Japan*, Boston-Nueva York, Houghton Mifflin, 1920). <<

[159] Su padre, Takasué, fue nombrado gobernador de la provincia de Kazusa en 1017, y la autora; que tenía a la sazón nueve años, abandonó la capital para acompañar a su padre. Como sea que el hombre estuvo cuatro años en el cargo, ella contaba trece cuando empieza la narración. <<

[160] Más adelante la autora se refiere a su madre como viva. Por «madrstra» debemos entender otra consorte de su padre. Parece que la madre de la escritora no la acompañó en su viaje a provincias, pues sólo aparece cuando llega a la capital. <<

[161] Se trata, huelga decirlo, de *La novela de Genji*, de Murasaki Shikibu. <<

[162] Ello demuestra la popularidad alcanzada por el *Genji* en su época. Hay que pensar que las damas no lo repetían de memoria, sino que lo contaban parafraseándolo, como ocurre con los cuentos infantiles. No se «recita» la *Cenicienta*, sino que se «cuenta». <<

[163] Se trata del Buda «de la medicina» o «de las curaciones», conocido en sánscrito como Bhaisajyaguru-Vaiduryaprabhah, muy adorado en Japón. <<

[164] Se trata del noveno mes, último del otoño. <<

[165] Las casas japonesas, construidas básicamente de madera y papel, se destruían con suma facilidad debido a los terremotos y a los incendios. A lo largo de cincuenta años, el palacio imperial de Heian llegó a ser reconstruido once veces. <<

[166] La autora del diario usa los tiempos verbales de un modo bastante inconsecuente y salta del presente al pasado y viceversa sin un criterio definido. No hemos pretendido «corregirla». <<

[167] Los gobernadores de provincias viajaban con una gran comitiva de soldados de a caballo, infantes, y criados de todas clases, sin contar los carruajes, siempre tirados por bueyes, atestados de equipaje. <<

[168] Luego llamado Edo. <<

[169] En aquellos tiempos, los vestidos de los caballeros y las damas de la corte estaban muy perfumados. <<

[170] Para evitar que se dejen seducir por las mujeres «de la casa». <<

[171] Se trata de los famosos *Cuentos de Ise*, si bien allí se dice que el río discurre a lo largo de la frontera de las provincias de Musashi y de Shimofusa (y no de Sagami). Consiguientemente, lo manifestado por la autora parece deberse a un fallo de su memoria o a un error en la tradición del texto. El poema aludido se dirige a una gaviota llamada *Miyakodori*, que, literalmente traducido, significa ave de la capital. Dice así:

¡*Miyakodori*! ¡Ay, ese nombre

llena mi corazón de añoranza!

Deja que te pregunte,

oh, ave, ¿vive todavía mi adorada? <<

[172] Literalmente, 'prados chinos'. Parece que en tiempos aquel distrito estuvo habitado por gentes que procedían de Corea. En la época Heian, los nativos no distinguían entre chinos y coreanos, y de ahí el nombre del lugar. <<

[173] Naniwa es el nombre «Heian» de la actual Osaka. Tal vez el sentido de la frase es el siguiente: «Somos superiores a las cantantes de las provincias occidentales, pero no nos podemos comparar con las de la capital. Por lo tanto comparadnos con las de Osaka». <<

[174] El acebo (*aoi*) y el laurel son plantas ligadas al famoso festival (*matsuri*) del Kamo. A pesar de habernos inclinado por esta traducción del término japonés (al igual que en nuestra versión de *La novela de Genji*), la identificación del *aoi* con el acebo resulta dudosa, aunque es la preferida por el gran conocedor de la época, Ivan Morris. Otros traductores nos hablan de ‘malva’, ‘vid silvestre’ o *Asarum caulescens*. <<

[175] La provincia de Kazusa, de la que fue gobernador el padre de la autora y donde empieza su viaje de regreso. <<

[176] En aquel tiempo, el famoso Fuji era un volcán activo. <<

[177] El monte Fuji. <<

[178] El primero del invierno. <<

[179] No confundir con la ciudad moderna del mismo nombre, entonces llamada Naniwa. La barrera de *Osaka* (en japonés, ‘la colina de los encuentros’) se hallaba muy cerca de Heian y debían pasarla los que iban al santuario de Ise. <<

[¹⁸⁰] Hija del emperador Sanjo y futura esposa del emperador Goshujaku (1037-1045). <<

[181] Con el padre de la autora. <<

[182] Se refiere a la epidemia de peste que asoló Japón en 1022, su único «mundo». <<

[183] Han pasado cuatro semanas. <<

[184] Lugar en las afueras de Heian donde tenían lugar las cremaciones de los cadáveres. <<

[185] Los budistas se retiraban de vez en cuando a un templo para practicar algo parecido a los «ejercicios espirituales» de los devotos contemporáneos. <<

[186] La buena mujer se refiere sin duda a los libros de tipo religioso o histórico. <<

[187] La mayor parte de estas últimas nos son desconocidas. <<

[188] ‘El Sutra del Loto’ en japonés (*Sadharmapundarika Sutra*, en sánscrito), el texto más importante del budismo nipón que, con algunas variaciones, aplican prácticamente todas sus sectas o escuelas. <<

[189] Personajes todos de la novela de Murasaki. <<

[¹⁹⁰] *Kaoru*, fragancia. Falso hijo de Genji y de su última esposa, la Tercera Princesa, en realidad engendrado por su amigo y sobrino Kashiwagi, primogénito de su cuñado To no Chujo. <<

[191] Protagonista femenina de los últimos capítulos de *La novela de Genji*. <<

[192] Arboles parecidos a nuestro naranjo. <<

[193] El décimo (primero del invierno), durante el cual todos los dioses se reúnen en asamblea en el palacio del más antiguo para conferenciar y preparan el año que se avecina. <<

[194] Se trata de *Amaterasu*, diosa solar, pues en la mitología japonesa el sol es femenino. De ella descienden los emperadores sin interrupción, y ésta fue la verdad oficial hasta la constitución impuesta por los americanos tras la derrota del país en la segunda guerra mundial. <<

[195] El planeta Saturno. Se trata de un tabú astral que impide permanecer en un determinado lugar o tomar una dirección concreta. <<

[196] Zona destinada a la servidumbre. <<

[197] Se trata del famoso relato sobre los amores de las estrellas conocidas en Japón como la princesa Tanabata —o la Tejedora— y el Boyero, al cual se alude también en el diario de Izumi Shikibu. <<

[198] La ya citada Fiesta de las Estrellas. <<

[199] ‘Hoja de caña’, un nombre de mujer. <<

[200] Que el músico insufla en la flauta. <<

[201] Pena por la muerte y compasión por sus dos hijos. <<

[202] Este dialogo contiene numerosos juegos de palabras intraducibles. <<

[203] Porque el invierno empieza con el mes siguiente. <<

[204] Parece que en estos años la familia de la autora, al no haber obtenido su padre el cargo que esperaba, pasó estrecheces económicas que la obligaron a cambiar de residencia varias veces, buscando refugio, cuando no había otro remedio, en casa de parientes. <<

[205] El décimo, primero del invierno. <<

[206] ¿1026? La autora tendría unos dieciocho o diecinueve años. <<

[208] La protagonista tuvo, seguramente, lo que suele llamarse una «crisis religiosa». <<

[209] Parece que ello ocurrió en el segundo mes de 1032. <<

[210] La autora tiene a la sazón unos veinticinco años. <<

[211] Del año 1032. <<

[212] Era de mala educación llorar en público. Hay que imaginar al «flamante» gobernador preparándose para partir delante de su casa rodeado por un numeroso séquito de arqueros, asistentes y criados de todo tipo. <<

[213] Así se denominaba un monte en el Japón oriental. <<

[214] En la parte oriental de la ciudad. <<

[215] El santuario de Ise es uno de los más antiguos de Japón, remontándose sus orígenes, a juicio de algunos, al siglo v a. C. La diosa en cuestión es Amaterasu, divinidad solar sintoísta, y origen del linaje imperial. Parece que la autora, educada básicamente en el budismo, no la conocía antes. <<

[216] Es decir, en 1036. <<

[218] La princesa Yuko, hija del emperador Toshiyaku. <<

[219] Las hijas de su hermana difunta. <<

[220] Nombre de la provincia en que ejerciera su cargo el padre de la autora. <<

[221] Topónimo correspondiente a un lugar de la isla de Kiushu. <<

[222] La diosa solar Amaterasu. <<

[223] A diferencia de los santuarios budistas, los sinto no solían tener imágenes. Era frecuente hallar en ellos un espejo y una luz como símbolos únicos de la divinidad a la que estaban dedicados. <<

[224] Ocupado por la esposa favorita del emperador. <<

[225] Madre de la princesa a la que la autora sirve. Falleció en 1039, y Umetsubo se ganó el favor del emperador, convirtiéndose en su esposa predilecta. <<

[226] El famoso *mono no aware* tan apreciado por la civilización japonesa casi desde los tiempos de Nara, aunque el término que lo define fue acuñado mucho más tarde, ya entrado el siglo XVIII. Podría definirse como ese sentimiento especial que desprenden las cosas (el mundo inanimado: un estanque, unas rocas, un ciruelo en flor) y que les otorga una especial belleza a los ojos de los que saben apreciarla (algo parecido al famoso *sunt lacrimae rerum* virgiliano). Parte importante de este atractivo deriva de la conciencia de la impermanencia de todo. <<

[227] Se trata de un instrumento construido con siete cañas parecido a nuestra flauta de Pan. <<

[228] China. La época T'ang se caracteriza por haber dado a las letras chinas poetas excepcionales como Po Chu-I o Li Tai Po, que fueron auténticos modelos para sus discípulos «insulares». <<

[229] La controversia sobre los pros y los contras de las estaciones del año es un tópico muy socorrido en la literatura china, y, por descontado, en la japonesa del período Heian, tan influida por aquélla. <<

[231] Esta curiosa historia de lo que tal vez pudo ser y no fue recuerda la patética ternura de los mejores cuentos de Chéjov. <<

[232] No queda claro de qué. Tal vez de que había contraído matrimonio con alguien de rango inferior. <<

[233] Según una vieja fábula, cierto rústico vivía del perejil que recogía en los campos, y le parecía un manjar exquisito. Tan exquisito que llenó un cesto y se lo llevó al emperador, esperando ser regiamente recompensado, pero el soberano no participó de su entusiasmo. <<

[235] Tal como se ha dicho ya, se trata de uno de los accesos de Heian Kyo. Osaka significa la colina de los encuentros', y no debe confundirse con la ciudad que hoy se llama así y entonces Naniwa. <<

[237] Fecha de la entronización del emperador Goreizai, que reinó de 1046 a 1068. <<

[238] Porque se dirigían a un templo. <<

[239] Se trata de dos hermanas, Oigimi y Naka no Kimi, hijas del desterrado príncipe Hachi, y que aparecen en los diez últimos capítulos de la gran novela de Murasaki Shikibu. <<

[²⁴⁰] Ukiune es hermanastra de las dos princesas citadas en la nota anterior y, para los budistas, la última reencarnación del protagonista de la obra, Genji, el cual, gracias a ella, entrará en el nirvana. Parece que esta «mansión de Uji» era, en realidad, el llamado Byodoin, una espléndida residencia campestre de cierto primer ministro que en 1051 fue transformada en templo. Es posible que los contemporáneos de la autora del diario la asimilaran a la residencia «inventada» de la novela de Murasaki. <<

[241] El templo de Nara, donde se hallaba el famoso Buda de sesenta metros de altura. <<

[242] Divinidad sintoísta que suele representarse en forma de zorro. <<

[243] Una raíz comestible. <<

[244] De obtener una «buena» reencarnación o, en el mejor de los casos, de deshacerse en el nirvana al morir. <<

[245] Seguramente tomando otra esposa o concubina. <<

[246] Este «aventurarse a surcar un mar de lágrimas» debe entenderse seguramente como «atreverse a contraer matrimonio». Sólo así adquieren pleno sentido los tres poemas. <<

[247] De 1056. El hermano de la autora, Sadayoshi, era gobernador de la provincia de Izumi. <<

[248] Se trata de la divinidad sinto conocida como *Kaminari sama*. <<

[249] Entiéndase: «dejar que los celos me amargaran la vida». <<

[250] Ello debe entenderse en el marco de una sociedad polígama, en la que un hombre podía tener fácilmente veinte hijos de seis mujeres distintas. <<

[251] En 1057 fue nombrado gobernador de la provincia de Shinano. <<

[252] Cuando la autora se casó con su esposo, tenían, al parecer, treinta y cinco y cuarenta y un años respectivamente. Todo conduce a pensar que había ya, por lo menos, una primera esposa, que sena la madre de esta hija a la que aquí se alude. Los comentaristas atribuyen el hecho de que el viaje se iniciara desde su casa a alguna superstición poco clara. No debe olvidarse hasta qué punto las supersticiones más increíbles gobernaban los actos de los japoneses de aquel tiempo. <<

[253] Los japoneses creían que, cuando alguien moría, podía verse su espíritu —este «fuego humano»— abandonando el cuerpo. <<

[254] Seguramente fue removido antes de tiempo ante algún amago de su futura enfermedad. <<

[256] Del año 1055. <<

[257] El nombre del lugar (*Obasuté*) puede entenderse también como ‘la tía abandonada’. <<

[258] Aunque éste es el diario más antiguo que se ha conservado, no es el más antiguo que se escribió, pues nos han llegado algunos fragmentos del llamado *Okisai Nikki*, o *Diario de la emperatriz*, obra, según parece, de una consorte del emperador Daigo (885-930). <<

[259] Keene, D., *Anthology of Japanese Literature to the Nineteenth Century, introduced and compiled by...*, Penguin Books, 1955, reedición 1978, pp. 21-22. <<

[²⁶⁰] Mason, R. H.P., y Caiger, J. G., *A History of Japan*, Tokyo, Rutland, Vermont, Singapore, Tuttle Publishing, 1973,1997 (ed. revisada), p. 88. <<

[261] Sieffert, R./Murasaki Shikibu, *op. cit*, pp. 8-10. <<

[262] En cuanto a la historia de su texto, parece que la mayoría de las versiones que nos han llegado son reconducibles a una única fuente, el *Kunitakabon*, llamada así por el príncipe Kunitaka (1456-1532), presumiblemente de principios del siglo XVI. Ulteriores descubrimientos producidos en 1961 permitieron llenar algunas lagunas importantes de los textos recibidos. La versión hoy establecida parte fundamentalmente de la llamada *Kurokawabon*, la mejor de todas, hallada en 1967 en los Archivos Imperiales, en la que han basado sus ediciones Hagitani (1971) y Nakano (1971).

<<

[263] Bowring, R./Murasaki Shikibu, *op. cit.*, p. 19. <<

[264] Bowring, R./Murasaki Shikibu, *op. cit.*, p. 32. <<

[265] Bowring, R./Murasaki Shikibu, *op. cit.*, p. 39. <<

[266] Citado en Bowring, R./Murasaki Shikibu, *op. cit.*, p. 35. <<

[267] El libro apareció en 1920. <<